

NO CALLARÉ PARA
Siempre

Vega Manhattan

NO CALLARÉ PARA
Siempre

Vega Manhattan

No callaré para siempre.

© Vega Manhattan.

1º Edición: Julio, 2020

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro sin el previo permiso del autor de esta obra. Los derechos son exclusivamente del autor, revenderlo, compartirlo o mostrarlo parcialmente o en su totalidad sin previa aceptación por parte de él es una infracción al código penal, piratería y siendo causa de un delito grave contra la propiedad intelectual.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personaje y, sucesos son producto de la imaginación del autor.

Como cualquier obra de ficción, cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia y el uso de marcas/productos o nombres comercializados, no es para beneficio de estos ni del autor de la obra de ficción.

Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Epílogo

Prólogo

—Si alguien se opone a este matrimonio, que hable ahora o que calle para siempre.

Jacob fue a saltar al escuchar al párroco, él tenía que impedir esa boda. Pero gimió, fue lo único que pudo hacer cuando notó su miembro dentro de la cálida humedad de la boca de...

¿De quién?

Joder, que hasta él había lugares que respetaba y las Iglesias...

Vale, tampoco es que se pudiese decir que las respetara, pero aquello estaba lleno de gente y ¡en plena boda!

Hasta él tenía sus límites.

Para algunas cosas...

Aquello era un poco extraño, ya que estamos. Porque no lograba ver bien ningún rostro. Solo veía al cura.

¿Ya no hay hombres de Dios jóvenes?, se preguntó a sí mismo.

Porque ese enclenque señor no debía de medir más de metro y medio y, aunque no lo viera bien por más que intentase enfocarlo, se notaba que estaba raquítrico perdido.

Jacob podía entender que la religión no pasaba por su mejor momento, pero joder, ¿no podían haber elegido a otro sacerdote que diera menos grima?

Intentó enfocar un poco más a ver si era capaz de vislumbrar el rostro de la novia, la razón principal de la locura que iba a cometer.

Cerró los ojos un poco, frunciendo el ceño, intentando verle la cara...

Pero nada, todo era muy extraño. Como suele pasar en un sueño.

—Hmmm...

Y ese sonido venía de fuera del sueño.

Fue entonces cuando abrió los ojos rápidamente. Su cerebro, menos mal, también activo. Miró hacia sus zonas bajas y vio la melena rubia de la mujer que lo estaba despertando de la mejor manera posible.

Al menos había sido así hasta que esas llamadas de teléfono, el día anterior, le jodieron la mente. Y otras zonas bajas más físicas también, al parecer.

Porque la erección se le iba a ir por donde vino y no, precisamente, porque se hubiera desahogado ya.

La rubia platino levantó la cabeza y lo miró a los ojos. Movía la mano arriba y abajo, acariciando el miembro de Jacob.

Jacob resopló mentalmente. ¡No era esa la mujer que quería ver!

—¿No te gusta despertar así? —ronroneó ella, intentando sonar pícaro al notar cómo él comenzaba a desinflarse.

Nunca mejor dicho.

Pero es que ya nada, ni nadie (vale, esto no era cierto, pero el dicho es así) lograría que a él se le pusiera dura otra vez porque...

—¡Tengo que impedir esa boda! —exclamó.

La mano de la chica se quedó parada inmediatamente. Lo miró unos segundos y notó cómo Jacob tenía la mirada perdida.

—Entiendo... —dijo ella, que creía comprender lo que ocurría. Soltó la erección de Jacob y subió, tumbándose sobre el cuerpo de él. Le dio un beso en los labios y él parpadeó varias veces.

—¿Qué haces? —no quiso sonar desagradable, pero le salió así.
Porque ¿no le estaba quedando claro que no quería nada más con ella?
¿Que su pene estuviera flácido no era señal suficiente?

—Despertarte —la voz de ella sensual—, estás soñando tonterías.

Tonterías, lo que se dice tonterías... A ver, joder una boda podía ser todo menos una tontería.

Una locura. Una gilipollez incluso. ¿Algo horrible? Pues también.

Pero tontería... No, eso no.

—¿Qué te hace pensar que no estoy despierto? —la intentó quitar de encima de su cuerpo, pero la tía se pegó a él como una lapa.

—Bueno, cariño, tu...

Jacob había cogido el móvil y había marcado el teléfono de su amigo y socio.

—Tenemos que hablar —dijo cuando Josh cogió la llamada.

—Joder, me divorcié, precisamente, porque escuchaba esa frase mucho y me da miedo ¡y lo sabes!

Jacob puso los ojos en blanco.

—Te divorciaste porque te pilló acostándote con media ciudad.

—De ahí sus tantos “Tenemos que hablar”.

¿Pero se podía tener más morro?

Lo peor de todo es que la exmujer no solo odiaba a Josh, también a Jacob porque pensaba que era una mala influencia para quien ya era su exmarido. A ver qué culpa podía tener él de que su amigo tuviera la picha suelta y complejo de albañil porque agujero que veía, agujero que quería tapar.

Jacob podía hacerlo porque era libre, pero lo de Josh era problema de él y de que no mantenía a buen recaudo su entrepierna.

—Hmmm... —la rubia de bote, que seguía a lo suyo y no se daba por vencida, lamió el cuello de Jacob— Ese olor a hombre sudoroso me pone como una moto.

Vale, esto era lo máximo que él podía aguantar.

—Dame un segundo —suspiró Jacob a Josh, quien ni siquiera se había enterado porque estaba soltando una sonora carcajada al oír semejante frase.

Frase que en otra ocasión, quizás viniendo de otra mujer, de otra manera dicha... Eso habría encendido a cualquiera. Mucho.

Pero no era el caso.

—¿Puedes dejar de lamerme y mirarme? —la rubia levantó la cabeza rápidamente al escuchar su tono de voz— Gracias —Jacob usando la ironía—. Y ahora, si no te importa, ¿te puedes quitar de encima?

—¿Por qué? Con lo bonito que es despertarse así...

Nada, que la pobre era cortita y no daba para más. O eso o se hacía la tonta e insistía a ver si Jacob caía.

—¿Que la tenga flácida y que se me haya puesto así al despertarme y verte y que después de tus intentos de seducción no se me ponga dura no es, ya, suficiente evidencia de que no me pones?

Y no le ponía ni en ese momento ni sabía cómo había terminado en esa cama porque la chica, la verdad, no era su estilo.

No es que él tuviera un estilo en sí, pero esta... Como que no.

Sin embargo había terminado en su cama. ¡Joder!

La rubia abrió la boca de par en par y Jacob sabía que estaba comportándose como un

auténtico hijo de puta, pero es que ya ¡no sabía cómo quitársela de encima!

Indignada, con toda la razón del mundo, se levantó de un salto y comenzó a buscar su ropa por el suelo.

—Cabrón. ¡No decías lo mismo anoche! —a saber qué era lo que decía, miedo le daba saberlo, mejor seguir ignorándolo— Bien que insististe para meterme en tu cama —Jacob puso una mueca de disgusto, si él tuvo que insistir para alguien así... Joder, pues sí que debía de haber acabado muy mal— ¡¿Y para qué?! —exclamó ella— ¡Eres un desgraciado! ¡Hijo de perra! —gritó de nuevo, haciendo que sintiera estallar su cabeza con ese grito tan agudo.

Pero él no podía negarlo, en ese momento se estaba comportando como el peor hombre del mundo.

Y le sabía mal, porque él no se comportaba así con nadie.

Y la verdad es que no tenía excusa, tenía que disculparse.

—A ver... —fue a decirle su nombre, pero no lo recordaba— Lo siento, no es por ti, es por mí.

—Que es por ti es evidente —ella terminaba de ponerse la ropa—. Pero arregla tus jodidos problemas dónde y con quién debes.

—¿Problemas? ¿Qué problemas?

Y que conste que le daba miedo preguntar, a saber qué había soltado él por la boquita si no recordaba nada de lo que ocurrió.

—Viagra —ella lo miró de mala manera—. La disfunción eréctil se arregla con Viagra.

¿Pero qué...?

—No, perdona, no es que yo...

—¡Que te folle un pez sierra! —exclamó la rubia mientras salía del dormitorio.

Insultándolo, o eso imaginaba él porque hablaba en un idioma que Jacob no había escuchado jamás.

Tras escuchar cómo la puerta de la calle se cerraba de un portazo, cerró los ojos con fuerza. Suspiró pesadamente.

—¿Sigues ahí? —preguntó Jacob, con el móvil en la oreja de nuevo.

—Pues claro —Josh no dejaba de reír—. No iba a perderme algo así. La verdad es que eres un capullo.

—Ya —Jacob suspiró, lo sabía—. Solo quería que se fuera, no hacerle daño. Fue una noche... Esto... La verdad es que la chica...

Se calló cuando Josh carraspeó.

—No te acuerdas ni de cómo se llama, ¿verdad?

—No —reconoció.

—Y con lo de la disfunción eréctil ha quedado claro que tampoco hay mucho que debas recordar.

Josh soltó una sonora carcajada. Jacob puso los ojos en blanco. Iba a tener cachondeo con ese tema hasta en la sopa.

Jacob esperó a que se le pasara el ataque de risa, lo cual tardó más de lo que esperaba.

—¿Ya? —preguntó cuando creyó que volvía a ser “normal”. Dentro de lo “normal” que podía considerarse a Josh.

—Sí —pero aún reía un poco—. Venga, dime, ¿qué es lo que ha pasado? Porque pensé que ayer volvías a casa. Y joder, si no era así, ¡haberme avisado y me voy contigo! Que estoy muy necesitado.

Jacob puso los ojos en blanco.

—Volví a casa, solo que tuve que salir y... No recuerdo mucho más—dijo pensando en la rubia que se había ido, sin entender el trasfondo de la pregunta de su amigo.

Era así, no podía recordar cómo terminó esa mujer en su cama. Él solo recordaba una copa en un pub.

Josh enarcó las cejas. Que no se acordaba de mucho ya lo había deducido. Al igual que sabía que si Jacob no recordaba nada era porque había bebido. Algo raro en él si llegaba a ese extremo de no controlar. Y si eso era cierto, era porque no había tenido buenas noticias.

—¿Qué ocurrió? ¿Y por qué no me avisaste para contarme antes de hacer el imbécil? O lo que es más fácil, ¿por qué no me lo contaste cuando te pregunté?

Jacob salió a dar un paseo después de recibir esas llamadas de teléfono y terminó en un pub. Y se tomó una...

Y mierda para él cómo había amanecido.

—Es algo complicado de contar. Pero tienes que ayudarme. ¿Dónde estás? —Jacob se levantó de la cama y fue a preparar la ducha.

—En la oficina, donde deberías de estar tú también desde hace dos horas.

—Vale —ignoró ese comentario—. Nos vemos en una hora en la cafetería.

—Está bien. Pero, al menos, adelántame algo. No me vas a dejar en ascuas una hora que sabes que padezco de crisis nerviosas.

Por eso mismo se atiborraba a café... La taza que tenía en las manos era la tercera de esa mañana.

—No es nada grave, solo tengo algo muy importante que hacer. Y tú tienes que ayudarme.

—Vale —era su amigo, lo ayudaría siempre, en todo lo que hiciera falta—. ¿Y se puede saber qué es eso tan importante que te tiene así? Digo, para irme haciendo una idea hasta que nos veamos. Que ya sabes que mis nervios...

Los nervios eran la excusa para Josh en todo y Jacob lo sabía. Y normalmente no solía funcionar que usara eso con él. Más que nada porque sabía que no sufría de una mierda.

Pero ya que insistía tanto en su problema nervioso, iba a darle razones de verdad para que supiera qué era sentirse de esa manera.

—Tengo una boda que impedir.

Josh se quedó en silencio unas milésimas de segundo, analizando el tono de voz de su amigo y esperando a que su cerebro entendiese lo que acababa de decir. La voz de Jacob sonaba a “no estoy de coña, hablo bastante en serio”.

Y es que lo hacía.

Tanto que Josh se atragantó, no pudo evitarlo. El café salió disparado de su boca, manchando todo el escritorio.

—Que ¡¿qué?! —exclamó con la voz aguda porque ni respirar podía en ese momento.

Su amigo, además de beber la noche anterior, ¿se había drogado?

—Eso —dijo el otro tan tranquilo.

—A ver que yo me entere, Jacob. ¿De qué boda me estás hablando?

Pero Jacob, que esa mañana iba a llevarse la medalla al más capullo de los hombres, ya había colgado y había dejado a Josh completamente estupefacto.

Este separó el móvil de su oreja y miró la pantalla.

Hasta que suspiró, ya respirando mejor.

—Se está quedando conmigo, seguro.

Y por un momento, al escuchar la seguridad en la voz de su amigo y socio, hasta se lo había creído. Y con lo raro que había estado las últimas semanas...

Pero no, aquello era imposible, no había por dónde cogerlo. Tenía que haber otro motivo. Era otra cosa la que lo reconcomía y para la que necesitaba ayuda.

Esto que le decía... Bah. Era evidente que se estaba riendo de él. Y el muy idiota había caído en la trampa.

Como si no conociera a Jacob...

¿Qué motivo iba a tener su amigo para hacer semejante locura?

Ninguno.

Además, ¿de qué boda hablaba?!

Que Josh supiera (y os puedo asegurar que Josh sabía de todo y siempre lo sabía antes que nadie), no tenían ninguna boda a la vista.

Así que aquello no tenía sentido, Jacob se la quería meter doblaba. Y no, él no iba a creerse semejante gilipollez.

Ya con todo cobrando sentido (por decirlo de alguna manera) en su cabeza, miró y maldijo por cómo había puesto todo de café, su ropa incluida.

Dejó la taza en el escritorio y se levantó, preparado para marcharse ya y esperar en la cafetería a que apareciera el loco de Jacob y le dijese que no se preocupase, que se metía con él.

Que todo era una broma para ponerlo nervioso. Y casi lo consigue, la verdad. Menos mal que Josh lo conocía bien y se había dado cuenta de la jugada rápidamente.

Y por eso no iba a estresarse.

¿Para qué?

Si aquel disparate que había dicho no podía ser cierto, ¿verdad que no?

Capítulo 1

Un mes atrás...

Pues claro que no, aquello no podía ser cierto.

Samantha se quedó mirando el edificio que tenía frente a ella. Si es que a aquello todavía se le podía seguir llamando así, porque no dudaba que en su día fuese hasta innovador. Pero en aquel momento eso no era más que un conjunto de ladrillos que seguían pegados... Ella no sabía bien cómo.

Así que era más que evidente que tenía que ser un error.

Garrafal.

—Aquí tiene, son setenta y ocho dólares.

Samantha miró a su derecha, hacia el dueño de la impaciente voz que estaba dejando medio tirada su maleta en el suelo después de haberla sacado del maletero del coche y que se notaba que quería cobrar la carrera, ¿no era así cómo se le decía?, y salir de allí a toda prisa.

Y eso le olía a Samantha a que el error no iba a ser tal.

Porque ella, si algo tenía, es que era bastante inteligente. Y entendía todo antes que cualquiera.

Así que setenta y ocho leches le iba a dar.

Ella no sabía dónde estaba, pero sí tenía claro que no era donde debía estar.

—Verá...

No, él no iba a ver nada. Solo quería ver lo que le interesaba.

—No me irá a decir que no tiene dinero, ¿verdad?

La voz del hombre de dos metros cuadrados (dos metros de alto por dos de ancho) dio entender a Samantha que se lo cobraría como fuera.

Con su vida de ser necesario.

Vale, esto era exagerar un poco, pero aquello, al fin y al cabo, eran los Estados Unidos. Es decir, que en el mundo, su país podía venderse como el más seguro (al menos es lo que se decía de Nueva York, aunque no os lo creáis), pero que ella era de allí, estadounidense quiero decir y seguridad no había de volver viva a casa si te metías en un barrio como en el que estaba ella en ese momento.

Y eso lo sabía cualquiera que tuviera a un hombre de esas características mirándolo de esa manera, acojonándolo vivo.

Pero Samantha no era cualquiera.

Ni le daban miedo las mismas cosas que a cualquiera.

Ni se comportaba como cualquiera.

Y ella podía ver y entender que estaba en un barrio chungo, hasta ahí había llegado. Y que no debería de sentirse segura, pero había cosas que le podían más.

Y que intentasen engañarla era una de ellas.

Así que más que miedo, lo que estaba empezando a crecer en ella era una mala leche impresionante.

—No, no es eso, claro que tengo para pagarle.

—Entonces págueme, no tengo todo el día.

—Claro, tiene que trabajar.

El hombre con la cabeza rapada la miró con las cejas enarcadas. ¿No era obvio?

Sí, sí lo era. Como también era evidente el tono sarcástico en la voz de ella que él no

entendió.

—Como yo, ¿sabe? Yo también trabajo.

—Me alegro —dijo él en tono de “me importa una mierda, la verdad”.

—Y he tenido que venir aquí por trabajo. Soy científica y doy clases en la universidad. Y han contactado conmigo para dar una conferencia aquí. Y sí, lo sé. Sé que se estará preguntando por qué llamar a alguien de tan lejos —en realidad, el hombre solo se estaba preguntando por qué le tocaba la loca del día a él—, porque seguro que ya se ha dado cuenta —continuó ella—, por mi acento, que soy de la otra parte del país. Y yo tampoco lo entiendo, sé que soy buena en lo mío, pero... No sé qué hago en esta ciudad, por si le interesa saberlo.

Menos aún sé qué hago en esta parte de la ciudad, pero menos mal que lo he entendido rápidamente, pensó Samantha.

Y menos mal que jugaba con bastante tiempo para poder arreglar la situación antes de que tuviese que ponerse frente a un número importante de personas a hablar de su trabajo.

—¿Cree que me interesa algo que no sea el dinero? —preguntó el hombre con brusquedad.

—Pues debería —dijo ella, sin temor alguno al ver la cara de mala hostia de semejante ropero empotrado.

Y es que cuando estaba nerviosa o enfadada, y cuando no también, a Samantha le costaba mantener la boca cerrada.

Porque Samantha era... ¿Cómo decirlo? Bastante temeraria. A veces no veía el peligro que corría. Y esa era una de esas ocasiones.

Estaba en un barrio de lo peor, con un tipo que daba miedo frente a ella pidiéndole el dinero que le debía del viaje en taxi y ella tocándole un poco las narices porque no iba a permitir que la engañara.

Porque era eso, precisamente, lo que estaba haciendo el papanatas ese.

Porque ese edificio en ruinas en ese barrio no podía ser su destino, estaba muy segura de eso.

—Deme el dinero —dijo de malos modos.

Claro que se lo daría...

—Cuando haga su trabajo.

El taxista estaba a punto de perder la paciencia. Dejó salir un sonido de su garganta que hizo que Samantha...

Samantha ni se inmutó, esa era la verdad. Aunque por dentro temblara porque joder, ella era pequeñita a su lado, no llegaba al metro setenta y ese hombre enfadado la miraba con ganas de ahorcarla.

Y es que no le faltaban. Él solo quería cobrar y largarse de allí para poder seguir trabajando.

Lo que tenía que aguantar cada día para llevarse dinero a casa no lo sabía nadie...

Si es que había trabajos que no estaban pagados.

—Que no quiero decir que no lo haya hecho —explicó ella al ver cómo el hombre comenzaba a ponerse morado—. Pero no lo hizo bien —iba a empezar a echar humo por las orejas—. Verá, señor. Lo que quiero decir es que se ha equivocado.

—¿En qué demonios me he equivocado?! —exclamó.

En aceptar a esta loca como cliente, se respondió a sí mismo.

—En la dirección, aquí no es...

Verde, el hombre ya se iba a poner verde.

—Créame, señorita —escupió la palabra. ¿Por qué? Pues tampoco hace falta explicarlo, lo entendemos todos de más—. Soy neoyorquino de nacimiento. Cosa que usted no. Y le aseguro que

es aquí donde usted me mandó. Así que deje de hacerme perder el tiempo ¡y deme mi jodido dinero!

Al taxista, cuando la recogió en el aeropuerto y le dijo dónde la tenía que dejar, estuvo tentado de preguntarle si se había equivocado de dirección.

Porque gente así, como ella, que parecía tan inocente, no se acercarían por esos lares. Pero claro, ¿qué le importaba a él? Él solo iba a cumplir con su obligación.

Y era lo que había hecho. Ya solo le quedaba cobrar y que ella se las arreglase con sus errores. Si es que eran tales.

Además, que de inocente, por lo que estaba viendo, tenía poco la majarona esa.

—Pero...

—Pero nada, joder. ¡Deme los cien dólares ya!

Samantha fue a soltarle una fresca porque a ella no le gritaba nadie. Mucho menos iba a engañarla nadie. Pero pestañeó.

—Espere un momento... —el insulto podía esperar— ¿No eran setenta y ocho?

—Eran —repitió él—. Y seguiré subiendo el precio si no se calla la jodida boca y ¡me paga de una puta vez! ¿O es que quiere tener problemas?

No, Sammy no quería problemas de ese estilo.

—Claro que no. Por eso mismo nos vamos.

—¿Cómo que nos vamos?

—Que me voy con usted. No sé, déjeme en cualquier hotel o motel que no sea esto —señaló al conjunto de ladrillos—. O déjeme, mejor, ¡donde debo estar! —seguía convencida de que ese hombre se había equivocado queriendo.

A ver qué excusa le ponía ahora...

El hombre resopló. Y una mierda se iba a ir con él a ningún lado. Más que nada porque le estaba dando la impresión de que lo estaba haciendo todo porque no quería pagarle. Y él no trabajaba de gratis.

—A ver cómo se lo explico, señorita —la miró fijamente—. Que la lleve otro.

¿Veis? Sabía ella que iba por buen camino, sus sospechas eran ciertas. Si es que de algo le servía ver tantos episodios de Crimen & Investigación.

Solo que la gente normal se lo pensaría dos veces antes de enfrentarse a nadie en un barrio como aquel para no acabar como la víctima de cualquiera de ellos, tirada en una cuneta.

Y Samantha...

Ella no era muy normal que digamos.

—No veo a ningún otro por aquí. ¿Ve usted a alguno? No, ¿verdad? Pues listo, me voy con usted.

Verde, estaba más que verde el ropero empotrado.

—Que no voy a llevarla a ningún lado. ¡Págume de una vez! —exclamó desesperado.

—¡Cuando haga su maldito trabajo y me lleve a mi destino! —gritó ella, ya con la paciencia también perdida.

—¡Que está en él!

—Sí, ¿verdad?

—¡Si se lo llevo diciendo todo el tiempo!

—Pero lo que no me ha dicho es que me ha traído al lugar equivocado a posta, ¡para sangrarme un pastizal!

El hombre la miró como si le hubieran salido siete cabezas.

—¿Pero qué dice?

Pero para Samantha, desde que puso un pie fuera del taxi, vio el lugar y escuchó lo que quería clavarle por el viaje de cinco minutos en taxi...

Era evidente que todo se resumía a eso. Seguro que tenía un trato con los dueños de ese... ¿Motel de quinta? Y por cada cliente que les llevase, comisión que se metía en el bolsillo.

¡Pues una mierda se iba a ganar con ella!

—¿Que qué digo? Que le va a pagar su madre, ¡eso digo!

Y es que Samantha podía con todo en la vida y miedo tenía poco. Pero que le mintieran era algo que no soportaba.

El taxista no se lo podía creer, levantó la mano y ni tiempo le dio a lo que fuera que tuviese pensado hacer con ella que Samantha se movió con rapidez. Levantó la rodilla y le atizó con tanta fuerza que el aullido del hombre se escuchó en todo el barrio.

—Hija de...

En ese momento, un grupo de mujeres negras llegaron hasta ellos, alarmadas, desde hacía un rato, por los gritos.

Se congregaron alrededor de Samantha, quien dio un pequeño bote al verlas, asustada por la impresión.

Y cómo no hacerlo si las tres mosqueteras acojonaban más que el taxista cachas.

Y es que os voy a poner en situación. Cinco mujeres. Con una mirada de mala hostia... De esas que hacen que las parejas quieran esconderse debajo de la cama, ya me entendéis.

La mujer número uno, la ropero empotrado. Le sacaba una cabeza al taxista.

Sí, os prometo que es posible.

La mujer número dos. La típica negra de las películas americanas que hace esos movimientos chulescos tan guays con la cabeza mientras chasquean los dedos. Vamos, la que no se deja venir a ninguno.

Por último, la número tres. La que parecía más normal. Muy delgadita ella, parecía hasta enclenque. Muy calladita también. Que parecía, digo. Pero nada que ver.

—¿Estás bien? —preguntó la número dos. La chulesca. Preparándose por si la respuesta era negativa.

—¿Qué te ha hecho? ¿Te ha tocado? —preguntó la ropero empotrado.

—Hijo de perra, ¡¿tocando a una mujer?! —exclamó la número tres, la que parecía una santa.

Y santa no era ninguna porque a Samantha no le dio tiempo a reaccionar cuando en milésimas de segundos, todas se abalanzaron contra el hombre, dispuestas a darle la paliza de su vida al grito de ¡Mujeres siempre unidas!

Como pudo, el taxista consiguió montarse en su coche antes de que ellas lo alcanzasen y salió derrapando de allí.

—¡Locas! ¡Que estáis todas locas! —gritaba por la ventanilla.

Y mejor no os cuento los insultos que soltaban esas mujeres, más las que aparecieron de repente de Samantha no sabía dónde para defender a una de las suyas.

Samantha suspiró cuando vio que el taxista desaparecía de su vista.

—¿Estás bien? —le preguntó, de nuevo, la número dos.

—Sí, gracias —sonrió—. No sé cómo agradeceros.

—Nada que agradecer —dijo la ropero empotrado.

—Para eso estamos —dijo la número dos.

—Para terminar con todos esos desgraciados poco hombres —la número tres, la calladita, era

la más radical de todas.

—Pero dinos —interrumpió la chulesca, nuestra número dos—, ¿qué hace alguien como tú en un lugar como este?

—Eso mismo quiero saber yo.

Si la tensión no había abandonado el cuerpo de Samantha desde que se bajó de ese taxi, menos iba a hacerlo tras escuchar esa voz.

Que le resultaba muy familiar.

Notó cómo las mujeres enarcaban las cejas mientras miraban a quien había hablado. Ella tenía miedo de mirar. Porque esa voz parecía ser la de él.

Y era imposible.

Tan imposible como que era más posible que en ese momento la secuestrase un OVNI e hiciesen experimentos con ella.

—Sam... —la llamó él, insistiendo un poco al ver que no reaccionaba.

Oh, Dios mío, gimió ella mentalmente al escuchar cómo la llamaba. Porque solo él la llamaba así.

Samantha se giró, lentamente, para contestarle a...

Joder, no me juegues malas pasadas ahora, le suplicó a su mente. Porque seguramente estaba delirando, imaginando cosas por los nervios o algo así.

No podía ser él, ¿verdad que no?

Pues sí, allí estaba ella, frente a él. Mirándolo primero con sorpresa y es que no era para menos. Para mirarlo, después, con curiosidad.

Jacob estaba delante de su coche, observándola a conciencia. Hacía mucho tiempo que no la veía, hasta él había perdido la cuenta de cuánto. Y joder, cuando pensaba que era imposible mejorar más, ella volvía a quitarle la razón.

Como siempre.

Y es que aunque no había cambiado demasiado, sí había algo diferente en ella.

Y que la hacía verse más bella que nunca.

Siempre había sido hermosa. Con ese largo y ondulado pelo negro, tan negro como sus enormes ojos. Con su piel tan blanca. Esa pequeña y delgada nariz algo respingona. Esos labios que joder, para su desgracia y aunque nunca se lo reconociera a ella (y se lo reconocía a él mismo porque no tenía más remedio) lo habían acompañado en muchas fantasías.

Jacob, intentando que no se le notara, le dio un rápido repaso.

Error.

—Jacob-dijo su nombre en un susurro, no ayudándolo mucho a salir de esos pensamientos impuros que tenía con ella.

—¿Esa forma de nombrarlo es a bien o a mal? —preguntó una de las mujeres que no tenía número, a la que no le había quedado claro si eran amigos o no.

—¿Sam? —la llamó la número tres, sacando a Samantha de su ensoñación. Dejó de mirar al guaperas que tenía frente a ella y pestañeó, mirando a la chica, que ya la llamaba hasta por su nombre— ¿Tenemos que darle una paliza o...?

Entre el cochazo que tenía y las pintas que traía, ese era un “pijo” de primera. Todas se habían dado cuenta de ello. Pero había algo en él que no las repelía.

—¿A quién? —es que aún no podía centrarse.

—A Jacob. Porque eres Jacob, ¿verdad? —preguntó mirándolo a él.

—Sí —sonrió él.

Y esa sonrisa hizo que a Samantha se le atascase el aire en los pulmones. Como le había pasado siempre con él.

Estaba guapo, muy guapo. ¿Cuándo no había sido así? Era el ligón de la ciudad por algo, ¿no?

Un castaño de pelo rebelde que ahora llevaba más o menos controlado con la gomina, con unos preciosos ojos verdes y un rostro siempre algo duro.

Serio, pero con una sonrisa burlona que usaba solo cuando se metía con ella y la sacaba de sus casillas.

Y una mirada intensa, tan dura, que muchas veces había hecho que Samantha se preguntase si la odiaba.

La respuesta, suponía, era simple. No la trataría de ese modo si no lo hiciera, ¿no?

—Pues eso —la que se alteraba rápido miró de nuevo a Sam—. ¿Es amigo?

Samantha volvió a la realidad.

Bueno, lo que se dice amigo..., pensó.

Ella ya no sabría decir ni qué era ese hombre para ella. ¿Ex amigo? ¿Conocido? ¿Un auténtico desconocido a esas alturas de su vida?

Un bombón, eso es, pensó ella al mirar ese cuerpo tan... Tan...

Joder.

Las miradas de ambos se encontraron. Samantha no pudo evitar que sus mejillas se tiñeran de color por culpa de esos pensamientos.

Jacob esperaba, estaba bastante interesado en conocer la respuesta a esa pregunta.

Porque él tampoco sabría definir qué eran.

Ni qué habían sido.

—La pobre se ha puesto blanca —dijo la ropero empotrado, la número uno.

—Porque lo es —dijo la número dos—. Lo raro sería que una de nosotras nos pusiéramos así, de ese color.

—Más aún —resopló la número tres—. Así que... Creo que le vamos a tener que dar una paliza a este guaperas.

—¡No! —exclamó Samantha, saliendo de su estupor— Jacob es... —él enarcó las cejas, no dejó de mirarla a los ojos en ningún momento. Samantha tragó saliva y dijo lo que sentía— Con él siempre estaré segura.

Ahora era él quien tragaba saliva, sintiendo que le habían golpeado con fuerza y le habían dejado sin aliento.

Y es que aunque él y Sam se llevasen a matar, porque casi siempre había sido así, él nunca permitiría que nada ni nadie le hiciese daño.

Pero nunca imaginó que ella lo supiese.

—Entiendo —dijeron las chicas a la vez.

¿Qué entendían? Samantha no lo sabía con exactitud y tampoco es que le interesara.

Tenía en ese momento a Jacob frente a ella. Era bastante para sentirse descolocada.

—¿Qué haces aquí, Sam? —preguntó él, tras carraspear después del silencio que se formó y al notar la mirada de todas esas mujeres sobre él.

—Vine a una conferencia, trabajo. Pero el taxista me quiso engañar y me trajo donde no era y...

—Desgraciado, teníamos que haberle dado la paliza de su vida —gruñó la ropero empotrado.

—¿Te hizo algo? —la preocupación en la voz de Jacob.

—No —dijeron todas a la vez, sin dejarla hablar a ella. Como si ellas fuesen a permitirlo.

¡Já!

—No —corroboró ella.

Él asintió con la cabeza.

—Entonces coge tus cosas, nos vamos.

—¿Adónde? —preguntó ella, desubicada.

—A mi casa, Sam. Vamos a mi casa.

—No, espera un momento —lo interrumpió la número tres—. ¿Cómo que a tu casa? Irá si ella quiere, ¡no porque tú lo ordenes!

—Yo no soy su enemigo —dijo Jacob con tranquilidad, sin dejarse amilanar.

—No, no lo es —aseguró Samantha tras mirarlo a él unos segundos. Miró a las chicas y sonrió—. No sé cómo daros las gracias...

—No hay que darlas —dijo la número dos. Al final, la que parecía más chulesca, era la más calmada. Si es que las apariencias engañan—. Somos mujeres, estamos para eso.

Sin pensárselo, abrazó a cada una de ellas y sonrió.

Jacob se agachó a recoger la que suponía era la maleta de Sam y la metió en su coche.

Se acercó a la puerta del copiloto y la abrió para que ella entrase.

Sam entró en el coche y abrió la ventanilla cuando Jacob cerró la puerta y dio la vuelta hasta sentarse en su asiento.

—Gracias —dijo emocionada—. No sé qué hubiera sido de mí sin vosotras.

—No hicimos nada, blanquita, con la patada que le diste en las pelotas ya lo dejaste bien servido —rio la ropero empotrado.

—¿Le diste una patada en...? — Jacob no terminó la pregunta, arrancó el coche e inició la marcha mientras Sam se despedía con la mano de sus nuevas amigas—. ¿En serio le diste una patada?

—En todas las pelotas, sí.

Jacob puso los ojos en blanco.

—No sé ni para qué me sorprende —terminó riendo—. Siempre serás una salvaje.

—Sí, siempre lo seré —dijo ella, molesta por el comentario. Siempre terminaban igual, siempre tirándose puyas—. Por eso puedes dejarme en el motel...

—No vas a ir a ningún motel —la interrumpió él, serio. Se quedaría con él y no había nada más que hablar—. Te quedas en mi casa.

—No hace falta, Jacob. Te lo agradezco, pero no. Tengo un alojamiento esperándome — porque ella seguía insistiendo con su visión del taxista y del hotel.

—¿Pagaste?

—¿El motel dices?

—Sí.

—No, nunca pago por adelantado.

—Mejor, así no pierdes el dinero.

—Claro. Te doy la dirección.

—No me des nada, vienes a mi casa.

—Ni de coña, Jacob. Tengo dinero para pagar.

—Pesadita con eso. Imagino que sí. Pero mira, así ahorras.

—Jacob... —dijo en tono advertencia.

—¿Cuánto tiempo estarás aquí? —preguntó, cambiando el tema.

—Solo hoy, tengo la conferencia esta tarde y el vuelo de vuelta mañana por la mañana. Menos

mal que tengo tiempo...

—¿Cómo se te ocurre hacer algo así? —la interrumpió él, como indignado.

—¿Así cómo?

—¡Semejante locura! ¿Estás tonta?

—¿Perdona? —ya iba a ponerse del color de la grana y no por la vergüenza precisamente.

—Joder, Sam. No puedes viajar de una punta a la otra del país para solo un día. Y ni eso en realidad viendo la hora que es.

—No podía permitirme estar más tiempo, no me dieron más días libres. Además, ¿desde cuándo tengo que darte yo explicaciones a ti?

—Desde hoy —dijo él de mala gana—. ¿A qué hora tienes la conferencia?

—Aún queda.

—¿A qué hora? —repitió, temiendo perder la paciencia.

—A las tres —suspiró ella.

—¿Dónde?

—En la Universidad de Columbia.

—En pleno Manhattan —resopló él—. Llegaremos bien de tiempo, vivo cerca.

—¿Llegaremos?

—No pensarás que me lo voy a perder.

—No me jodas, Jacob. No hace falta...

Oh y tanto que la hacía, él no iba a perderselo. Iba a ir con ella quisiera o no.

Y no, Samantha no quería. Porque terminaría poniéndola nerviosa y a ver si la exposición no terminaba siendo un desastre.

Como aquella vez que la miró mientras tenía que dar el discurso de fin de curso y ella tartamudeó un par de veces, incapaz de pronunciar palabra.

Todo el mundo se rio y ella no pasó más vergüenza en su vida.

Claro que después de que Jacob le propinase un par de hostias a unos pocos de los graciosillos, nadie más se atrevió a reírse de ella nunca más.

Pero bueno, él lo había provocado, qué menos que lo arreglase, ¿no?

—Iré sola —él la miró rápidamente, con las cejas enarcadas. Ella resopló—. ¿Por qué tuviste que ponerlo en mi camino? —preguntó mirando al cielo, al ser supremo, Dios o quien fuese que existiese allí.

Jacob rio de nuevo. La verdad es que siempre lo hacía reír, aunque lo volviese loco.

—¿Viniste sola?

—Sí.

Él esperó alguna explicación más de por qué, pero ella no dijo nada más.

—¿Y Brent?

—Tenía mucho trabajo.

—Ya... —a Jacob comenzó a subirle una mala leche por el estómago...

A Samantha no le gustó el tono de esa palabra.

—Sabes que nunca me deja sola.

—Ya veo, sí.

—Jacob...

—Podías haberme avisado de que venías —le reprochó él.

—¿Para qué? —preguntó ella, sorprendida.

—No sé, ¿para haberlo organizado mejor? ¿Para no estar sola en una ciudad extraña y

peligrosa? Joder, Sam, ¿no se hace eso con los amigos?

—¿Y desde cuándo lo somos tú y yo?

La pregunta dejó a Jacob en silencio, sin saber qué responder.

—Sam, yo...

—Alguna vez lo fuimos —dijo ella, recordando viejos tiempos.

Y sí, había sido así una vez muy lejana. Cuando eran niños, muy niños. Y los tres, ellos dos y Brent, eran una piña.

Pero duró poco. Crecieron y la relación de Jacob y Samantha se convirtió en una auténtica tortura.

—No voy a obligarte, Sam. Pero viendo dónde acabaste y a Dios gracias de que hubo gente que te ayudó, porque lo normal es que no salieras viva de allí...

—¿Y tú qué hacías allí? —lo interrumpió ella.

—Negocios.

—Joder, pues así serán los negocios.

—¿Malpensando?

—Bastante.

Jacob rio, no pudo evitarlo.

—Te encanta ser una bruja conmigo.

—Como a ti te encanta comportarte como un gilipollas cuando de mí se trata.

—¿Eso crees?

—Eso es, Jacob. Siempre fue así.

Ahí también tenía razón. Era un auténtico subnormal cuando estaba con ella.

—No voy a obligarte —repitió él—. Pero estarás más segura en mi casa.

—Y estarás en tu hábitat perfecto para poder insultarme.

—Joder, lo dices como si solo supiera hacer eso —la miró de reojo, ella lo miraba con las cejas enarcadas—. Vale, pero porque me sacas de quicio —resopló.

—Es mutuo —sonrió ella, sin poder evitarlo.

Jacob la vio y una sonrisa se formó también en su rostro.

—Conmigo estarás segura, Sam —dijo un rato después, cuando el silencio se había instalado entre ellos.

Sí, ambos sabían que era así. Que por muy mala relación que tuvieran siempre y de que lo que mejor supiesen hacer era insultar al otro, eso era algo entre ellos. Jamás permitirían, de estar en sus manos, ver sufrir al otro.

Jamás dejarían que otra persona hiciese daño al otro.

Era una relación rara, con un código algo extraño que ni ellos mismos entendían.

Siempre había sido así.

Y seguiría siéndolo toda la vida.

—No quiero molestar ni interferir en tu vida, en tu casa...

—Deja de decir estupideces —ya iba a ponerlo de mal humor—. Si esa es tu excusa, no hay nada más que hablar.

—Jacob...

—Te quedas en mi casa —dijo en un tono que no daba lugar a discusión.

Y la verdad es que Samantha no iba a buscar ninguna excusa más. Al menos no se sentiría sola en esa desconocida ciudad. Para una tarde y una noche que iba a estar ahí...

¿Pero hasta qué punto era seguro que ellos dos estuviesen cerca el uno del otro aunque fuese

por tan corto espacio de tiempo?

Capítulo 2

—Wow...

Samantha se quedó sin palabras cuando entró en casa de Jacob. No sabía qué esperar, pero definitivamente no era eso.

Todos en la ciudad sabían que las cosas le iban bien. La madre de Jacob, además, seguía viviendo allí y si ocurría cualquier cosa o él enfermaba de una simple gripe, todos se enteraban.

Además, Jacob había estado volviendo a casa para estar con su madre frecuentemente, excepto los últimos tres años, que había sido ella la que se había desplazado en fechas especiales porque la empresa que había montado su hijo lo tenía demasiado absorbido.

Y para bien, al parecer. Porque la casa era impresionante.

Jacob era bróker y había trabajado siempre solo. Hasta que se asoció con un amigo y ahora le iba mucho mejor.

Dejó el bolso encima de la isla que separaba la cocina del salón y comenzó a mirar cada detalle del lugar.

—Ahora entiendo por qué no vuelves a Oregón —bromeó Samantha, observando cada detalle de ese impresionante apartamento.

No era demasiado grande, pero tenía algo...

¿La decoración, quizás? Había algo ahí que lo hacía especial.

—¿Crees que esto me impediría volver si quisiera estar allí?

Pero no había nada, además de su madre, que lo retuviese. Y tenía que hacer su vida.

—Estaba bromeando, Jacob. No hace falta que te pongas a la defensiva —resopló ella al escuchar su tono de voz. Observó un par de cuadros y miró a Jacob—. Has elegido cada detalle, ¿verdad?

—¿Cómo lo sabes? —preguntó él, curioso.

—Es muy tú —dijo ella simple y llanamente.

Jacob se sentía extraño viendo cómo ella caminaba por esa casa. Se acercaba a todo y lo observaba con curiosidad.

—¿Puedo? —preguntó ella señalando a las demás zonas de la casa.

—Como si fuera tu casa, pero compórtate —bromeó él.

—Vaya por Dios, con las ganas que tenía de sacar mi lado salvaje en este momento —dijo para picarlo. Pero lo consiguió de la manera que no deseaba hacer.

Jacob enarcó las cejas y una sonrisa pícaro se instaló en sus labios.

—¿Y qué lado es ese, exactamente? —preguntó en un tono que a Samantha iba a hacerla gemir.

Si no supiera que se estaba metiendo con ella, claro. A ver qué era lo que decía para dejarla KO con algún comentario de esos horribles suyos.

—El que nunca conocerás —dijo con seguridad, sin mostrar la turbación que había sentido.

—Lástima —susurró él al verla desaparecer por el pasillo.

Suspiró pesadamente y fue hasta la cocina. Prepararía algo rápido de comer, tampoco es que les sobrase demasiado tiempo.

Y así se lo encontró Samantha cuando llegó allí, con una pizza dentro del horno.

—¿Miraste en los cajones?

—En alguno —dijo ella. Porque lo había hecho, además. Y más le valía haberse quedado quieta.

—No me jodas —rio él al verle la cara—. Hay que tener puntería.

—Y muy buena circulación. ¿O es que los coleccionas? ¿Están caducados?

—Puedes salir de dudas por ti misma.

—No, gracias. Prefiero pensar que...

—¿Qué? —él le sirvió una copa de vino y se la ofreció.

Sam la cogió, le dio un sorbo y se sentó en la silla de la isla central.

—Es asqueroso, Jacob. Siempre se decía de ti que estabas todo el día mete y saca, pero joder, has superado los rumores. Normal que no te quede sangre en el cerebro. Así estás...

Jacob soltó una carcajada.

Era un poco exagerada, solo tenía un par de cajas o tres de preservativos. Nada extraordinario.

—¿Eso se decía de mí?

—Eso y más.

—¿Qué más? —preguntó él, bebiendo de su copa.

—No quieras saberlo. En la vida, a veces, es mejor ser ignorante.

—¿Tan mala fama tenía?

Ella se encogió de hombros.

—No más que la que te buscaste con tanta chica por aquí y por allá.

—Chicas que no me interesaban nada —dijo él, serio.

—No te interesaba quien había sido tu amiga, imagina las demás.

No fue intención de Samantha hacerle daño con ese comentario, más bien lo dijo en voz alta sin darse cuenta de que ponía voz a sus pensamientos. Lo dijo desde el dolor y eso fue lo que sintió Jacob cuando la puya se le clavó en mitad del pecho.

Porque eso no había sido así.

Pero eso fue lo que le demostró.

—Sam, yo...

Pero en ese momento, el móvil de ella sonó. Lo sacó del bolso que había dejado antes allí y carraspeó antes de coger la llamada.

—Brent —sonrió.

Jacob apretó la mandíbula, se giró y fue a mirar la pizza. Mejor se entretenía en sacarla del horno antes de que se quemase y en comer.

—Hola, mi amor, ¿todo bien?

—Sí, amor. Todo bien.

Jacob puso la pizza frente a ella.

—¿Qué tal fue el viaje? ¿Muy cansado?

—No, la verdad es que dormí casi todo el tiempo, pero también pude repasar la presentación.

—Por eso te noto segura.

—Voy segura.

Jacob comenzó a cortar la pizza.

—Saldrás pronto, ¿no?

—Sí, en un rato. El tiempo de comer algo, darme una ducha e ir para allá.

—Está algo lejos, creo recordar.

—No tanto —carraspeó ella, llamando la atención de Jacob sin querer—. En taxi llegaré pronto.

—¿Pero el hotel está bien? ¿A tu gusto?

—Sí —ella desvió la mirada al encontrarse con la de Jacob—. Todo perfecto.

—Bien —la sonrisa en la voz de Brent—. Pues no te hago perder más tiempo. Te llamo esta noche y ya me cuentas. Mucha suerte, mi amor, lo harás bien.

—Gracias.

—Te quiero.

—Y yo —respondió ella, colgó la llamada fingiendo normalidad.

Jacob la observó unos instantes y sin decir nada, cogió una porción de pizza y la mordió. Le señaló el plato a Sam para que comiese.

Ella lo hizo, en silencio, como él.

—Tu dormitorio, como habrás visto ya, tiene ducha propia —dijo Jacob al terminar de comer. Se levantó, cogió la maleta que había dejado en el salón y fue hasta allí, dejándosela a un lado. Se giró y ahí estaba Sam, tras él—. Salimos en media hora.

—Jacob, de verdad que no...

—Irás conmigo, en mi coche. No en un taxi como le dijiste a Brent.

La actitud de Jacob había cambiado por completo tras la llamada de Brent. Era el mismo Jacob desagradable de siempre. Ese con el que discutía minuto sí, minuto siguiente también.

Pero había algo más que Samantha no lograba comprender del todo y que la ponía nerviosa.

—No es lo que crees —dijo ella, a la defensiva.

No le había contado dónde y con quién estaba porque no era momento, lo haría después de la conferencia.

Jacob la miró intensamente. Aún se le retorcían las tripas y quería ahorcar a su amigo por haberla dejado ir sola a ningún sitio. Tan lejos.

Una mierda lo permitiría él, no habría negocio que le impidiese ir con la persona que quería. Porque no podría vivir sin saber si estaba bien o no.

Pero así era Brent. Así había sido siempre con Samantha.

Y tampoco es que Sam necesitase niñera, pero...

—Media hora.

Jacob salió de allí, cerrando la puerta tras él. Dejando a Samantha sola en ese lugar. Ella se sentó en la cama y suspiró.

Tal vez no había sido muy buena idea aceptar la ayuda de Jacob.

Quizás aquello solo iba a ser un problema.

Porque quisieran o no, el resquemor entre los dos seguía ahí, por muy adultos que fueran, por muchos años que pasasen.

Parecía ser que siempre se llevarían a matar y que eso no iba a cambiar.

Otro largo suspiro y Samantha se levantó. Ahora era momento de pensar en su presentación.

La universidad neoyorquina había contactado con ella debido a su buen nombre en la comunidad científica y le había ofrecido la posibilidad de dar una charla en la ciudad.

Para una científica química como ella, era un gran reconocimiento hacia su trabajo y aunque estaba bastante estresada con todo, no pudo decir que no.

Y era por eso por lo que estaba allí. Era en eso en lo que tenía que centrarse y no en si Jacob, que había aparecido de la nada, la desquiciaba más o menos.

Él ya no tenía lugar en su vida. Le estaría agradecida por el favor que le estaba haciendo, pero nada más.

Tenía que centrarse en ella, en su trabajo y en que todo saliese bien.

Justo antes de la presentación, Samantha sabía que todo iba a salir mal, muy mal.

Todos los nervios que no había sentido antes, se adueñaron de su cuerpo en ese momento. Y, lo que era peor, tomaron el control de su mente.

Así que cuando estaban a punto de nombrarla y ella tendría que aparecer en una sala enorme que ya había visto que estaba llena de gente...

A ver, que ella daba clases en la universidad de su ciudad, ¡pero no era lo mismo!

¿Ahí había cuánto? ¿El triple de personas?

Ni de coña hablaba ella delante de tantísima gente. Así que pilló a Jacob desprevenido y salió corriendo por detrás del telón donde estaban esperando y corrió, pensando en llegar a las escaleras que había en la esquina para saltarlas y salir de allí.

—¿Adónde vas?

Jacob la cogió en volandas cuando no había recorrido ni la cuarta del camino. Menos mal que era de reflejos rápidos y de piernas largas. En dos zancadas llegó hasta ella.

Jacob no se había separado de ella en ningún momento y notó exactamente cuándo su actitud cambió. Pero no pensó en que iba a huir así, lo pilló de sorpresa.

—Al baño —dijo ella—. A por un poco de agua.

—¿Vas a beber del váter?

Jacob la colocó en el suelo, cara a cara con él, dejándola apoyada sobre una pared y aprisionándola con su cuerpo cuando ella intentó agacharse y escaparse mientras él solo tenía sus manos colocadas al lado de su cara, manteniendo la distancia entre los dos.

—No, por Dios —dijo más alterada de lo que estaba antes, turbada por tenerlo tan cerca. Sin entender la ironía del comentario de Jacob—. Solo para mojarme un poco.

—Ya... —Jacob la miró a los ojos unos segundos y se separó de ella al ver cómo su cuerpo empezaba a reaccionar a su cercanía. Estaba allí para tranquilizarla, no para ponerla más nerviosa — Va a salir bien, Sam —le dijo con seguridad.

Porque eres la mejor, simple y llanamente por eso, pensó él.

—Lo sé —dijo ella, haciéndose la dura. Y la tonta por su huida frustrada—. Es solo que...

Que estaba nerviosa porque tenía miedo de hacerlo mal. Porque no iba a hablar de lo que decían los libros, iba a hablar de su último descubrimiento. De sus logros. Y eso la ponía nerviosa.

Como Jacob.

—Mírame —dijo él, en una orden.

—Qué te gusta mandar —resopló ella, haciéndolo sonreír de esa manera tan característica.

—No sabes lo que me gustaría mandarte en otros lugares, con otros temas.

Ahí estaba queriendo reírse de ella otra vez, como siempre. Pero no iba a caer.

—Mandarme a la mierda, supongo que te refieres a eso. Hazlo, no te cortes. Si hasta me vendría bien en este momento.

Jacob soltó una carcajada, estaba como una cabra. Y cada día peor al parecer.

Negó con la cabeza.

—Además de bruja, loca.

—¿Algún calificativo más?

—El de cobarde te lo pondrás tú sola si no sales ahí fuera ahora mismo.

En ese momento Samantha iba a echar humor. ¿La estaba llamando cobarde?

—Pero serás... —iba a gritar cuando él hizo algo que la descolocó.

Se acercó a ella y le dio un beso en la frente. Después cogió su mano, entrelazó sus dedos con los de ella y le dio un apretón.

Sam se quedó rígida unos segundos, después su cuerpo comenzó a destensarse.

¿Cómo lo había logrado?

—¿Preparada? —preguntó él, su voz ronca.

Ella asintió con la cabeza. Estaba algo turbada, pero sí, más tranquila y segura para salir ahí.

—Demuéstrales quién eres, bruja.

Jacob tiró de ella un poco para volver hasta donde habían estado esperando. Fue entonces cuando la nombraron, era el momento de salir a escena.

Miró a Jacob y él le guiñó un ojo. No hacían falta palabras en ese momento, ya le había dado cuanto necesitaba. Aunque ella no supiese qué era exactamente eso.

Y la presentación fue, como no podía ser menos, todo un éxito.

Capítulo 3

Todos habían quedado prendados de ella. Profesores, alumnos, científicos...

Quien fuera que estuviera allí, se había enamorado de Samantha.

Y no era para menos, era una de las mejores en lo suyo.

Después de la conferencia, estuvo un rato charlando con la gente que se acercaba a ella, pero sin tener a Jacob cerca. Él estaba en una esquina del salón de actos, mirándola.

En silencio.

Como lo había estado cuando se acercó a ella una vez que el cóctel comenzó.

Como lo había estado todo el camino de vuelta a su casa.

Y Sam estaba comenzando a ponerse nerviosa. Sobre todo después de cómo se había comportado con ella tras el telón.

Ella prefería que, en ese momento, Jacob dejara fluir su lengua viperina a ese silencio sepulcral.

Pero Jacob tenía otras cosas más importantes en las que pensar y a las que enfrentarse.

Después del cóctel que más bien terminó convirtiéndose en una cena, marcharon hacia casa cuando ya era de noche. Sam estaba agotada y al día siguiente le quedaban muchas horas de viaje.

Pero no era eso lo que le preocupaba, si no el extraño silencio de Jacob.

—¿No vas a decir nada? —preguntó ella mientras entraban en el apartamento.

—¿Sobre qué? —preguntó él.

Fue hasta la cocina, sirvió una copa de vino para cada uno y le ofreció una a ella, que la cogió.

—Criticarme. ¿No es eso lo que haces siempre?

—No sé, ¿es eso lo que hago siempre? —Jacob se bebió la copa de vino de una sentada y meditó unos segundos antes de responder— Sí, supongo que sí. Es exactamente eso lo que hago siempre. Criticarte.

Samantha enarcó las cejas.

Estaba raro. Él lo sabía. Ella también.

Él conocía las razones. Ella creía conocerlas, pero ¿había acertado?

—Sí, es eso lo que haces siempre. Es lo único que hacemos —le recordó ella—. Así que venga, empieza.

Jacob la miró unos segundos y negó con la cabeza.

No era precisamente eso lo que deseaba hacer.

—Eres la mejor, Sam. Coincido con cada uno de los que te han felicitado hoy.

Samantha se quedó sin saber qué decir.

—Oh...

—¿Por qué tan sorprendida? ¿Crees que no puedo ser objetivo cuando se trata de ti?

—Yo solo pensé...

Esa maldita frase... O acción.

—No pienses tanto —dijo él muy serio—. Porque ese ha sido siempre nuestro jodido problema.

—¿De qué hablas?

—Voy a darme una ducha —dijo cambiando el tema, sin responderle—, deberías hacer lo mismo. Hueles a... —se acercó a ella y la olió— Humanidad —puso una mueca de disgusto en su

rostro.

Tardó muy poco en encenderla de nuevo.

—Pero serás... ¡Capullo! —exclamó ella cuando él salió de la cocina.

Jacob sonrió. Le encantaba verla enfadada.

—¡Dúchate! ¡No discutiré con nadie mientras huelas a rancio!

En ese momento, los insultos que Sam le regaló se escucharon en todo el edificio.

Tras una ducha y después de relajarse por lo enfadada que la había puesto Jacob, Sam salió del dormitorio.

Al llegar al salón, no pudo más que acercarse al ventanal de cristal que mostraba la famosa zona neoyorquina iluminada porque ya caía la noche.

Se quedó allí, embobada con esa imagen.

Como embobado estaba Jacob mientras la miraba. Y es que sentía algo extraño...

Desde que la había escuchado hablar en esa conferencia, no había podido quitarle los ojos de encima y un sentimiento de orgullo lo invadió.

De orgullo, sí. Increíble pero cierto.

Y no es que él no valorase quién era Sam y lo que había logrado en su vida. Sino que lo sentía, también y en parte, como un triunfo personal.

Y eso era lo que no entendía. Eso era lo increíble.

Como increíble era que esa mujer siguiese produciendo otro tipo de necesidades en él.

Como la que tenía en ese momento de sentirla. De tocarla.

Se acercó lentamente y se paró tras ella en el mismo momento en que escuchó vibrar el móvil que tenía en la manos.

Y perdió la cabeza.

Sam miró la pantalla y vio el nombre de Brent en ella a la misma vez que notaba la presencia de Jacob a su espalda.

Samantha se tensó al notarlo tan cerca, el cálido aliento de Jacob en su oído.

—Recházalo —dijo casi en una orden.

—¿Qué? —Sam no entendía qué era lo que le estaba pidiendo exactamente.

Como tampoco entendía por qué él estaba tan cerca de ella.

—Cuelga la llamada, Sam. Apaga el maldito móvil.

Jacob no quiso sonar tan brusco, pero le salió así. Y es que, en ese momento, algo le reconcomía por dentro.

Estaba con él, no con Brent.

—¿Por qué? —susurró ella, sintiendo escalofríos por su cercanía.

¿Acaso no es evidente?, se preguntó a sí mismo.

Y es que no era momento para andarse por las ramas. No después de lo que él estaba sintiendo.

Jacob la necesitaba en ese momento, como la había necesitado muchas veces. Solo que esta no iba a perder la oportunidad de hacérselo saber.

—Porque soy yo quien te está haciendo temblar.

Era así y lo dijo con toda la seguridad de la que solía presumir, pero con miedo en el fondo. Con temor a que ella lo rechazase.

Y él la necesitaba tanto... Que no la dejaría pensar.

A Sam le tembló la mano cuando Jacob agarró su muñeca. Ella movió el dedo y terminó colgando la llamada de su novio. Jacob le quitó el móvil y lo dejó sobre un mueble cercano.

Las manos de Jacob se posaron a ambos lados de las caderas de Sam.

—Mírame —ordenó él mientras le daba un ligero apretón, instándola a girarse.

Ella lo hizo lentamente, las manos de Jacob acariciaron su vientre y su espalda hasta volver a posarse en sus caderas de nuevo. Solo que, esa vez, ella lo miraba a los ojos.

Samantha tragó saliva al encontrarse con esa mirada. Ahí no había ningún juego. Ahí había...

Tenía que separarse de él. No tenía que haberle permitido que le quitase el móvil ni hacerle caso.

Pero...

—Jacob —el susurro de su nombre salió de entre los labios de Sam sin que ella pudiese evitarlo.

Jacob levantó una mano y la puso sobre el rostro de ella, rozando su labio inferior con el pulgar.

—Una bruja preciosa —dijo él, mirando embobado ese pedazo de carne que quería probar. Levantó los ojos hasta ella, los suyos demostrándole, de nuevo y sin ocultarlo, el deseo que sentía por ella en ese momento—. ¿Seguirás sabiendo igual?

—Jacob, no... —negó ella rápidamente, intentando olvidar aquello.

Era pasado y era allí donde tenía que quedarse.

Fue un error. Como lo estaba siendo en ese momento.

Ella fue a separarse de él. No quería que aquello ocurriese, ya había terminado mal una vez, no podría soportarlo otra.

Pero Jacob fue rápido en su movimiento. La aplastó contra la cristalera, cogió sus manos y las levantó por encima de su cabeza, sujetándola con una de las suyas.

La otra mano en la cadera de Sam, apretándola mientras le clavaba su erección en el bajo vientre.

Erección con la que venía luchando desde el jodido momento en que la vio horas antes.

Con la que había luchado en la ducha y con la que no había servido de nada intentar desahogarse solo sabiendo que ella estaba allí, tan cerca.

Ella gimió al sentirlo y una sonrisa de victoria se formó en el rostro de Jacob.

—No seas engreído —resopló ella al verlo, en un intento de mantener la cordura y de no perder la cabeza al sentirlo. Y, por qué no decirlo, por miedo a lo que estaba ocurriendo. Intentó quitárselo de encima, pero él parecía no querer moverse—. Jacob, por favor.

—Quiero escuchar eso pero mientras me suplicas que te folle —lo dijo con tanta naturalidad y con la voz tan tomada por el deseo que a Sam se le atascó el aire en la garganta.

No podía respirar.

—No puedes.

—¿Qué no puedo, Sam?

—No puedes... —pero ella no era capaz de terminar la frase.

Y odiaba eso. Odiaba quedarse así, como estaba en ese momento. Tan perturbada por él.

Porque era por él. Y sí, sentía que estaba excitado. No se lo estaba inventando.

Joder, no se lo podía creer.

Además, ¡ella estaba con otro!

—No puedo tocarte —adivinó él al ver cómo ella se removía, provocando que se rozasen aún más, avivando más el deseo—. No puedo follarte —dijo serio—. Pero quieres que lo haga.

—Yo no...

—No lo niegues —le pidió él, interrumpiéndola—. Respetaré tu decisión, siempre. No haría

nada que no quieras —y ella sabía que era así—. Pero no lo niegues —le pidió de nuevo—. Nunca me mientas en eso. Porque yo no lo hago cuando te digo que te deseo.

Sam apoyó la cabeza en el cristal y cerró los ojos con fuerza. Estuvo así unos segundos mientras Jacob acariciaba su mejilla con los nudillos, con su otra mano acariciando su cuello. Lentamente.

Cuando los abrió, se encontró con esos cristalinos ojos verdes.

Jacob suspiró pesadamente y apoyó su frente sobre la de Sam unos segundos. Se separó de ella y dejó caer las manos, como derrotado.

No tenía que haberla tocado. Ella no era suya. No lo sería nunca.

Él siempre lo había sabido.

Se giró para marcharse, necesitaba un poco de espacio.

—Será un error.

La voz de Sam lo interrumpió.

Jacob se quedó quieto, con su cuerpo en tensión. Entendiendo lo que estaba diciendo.

Samantha tenía que haberlo dejado marchar, había conseguido quitárselo de encima y tenía que dejar que se fuera.

Pero no pudo.

Aun sabiendo que todo aquello no debería de ocurrir, quería hacerlo. Podía mentirle a él diciéndole que no sentía nada, pero no podía mentirse a sí misma.

Jacob se giró lentamente. Ella estaba frente a él, nerviosa. Lo sabía por cómo retorcía las manos. Pero lo miraba a los ojos, sin nada que ocultar.

—Será solo otro error —repitió ella, era casi lo mismo que había dicho pero con un significado muy diferente.

Y le dejaba claro, además, que solo sería eso. Solo eso. Solo esa vez.

Porque Samantha tenía una vida, tenía cosas y planes que Jacob no conocía y que, en realidad, él debería de saber en ese momento, pero...

En un par de pasos, Jacob se colocó frente a ella, sus cuerpos muy cerca. Tenía la mandíbula apretada por la tensión. Y por el deseo.

Y fue eso lo que le hizo perder el control. El ver el deseo en esos ojos negros.

Gruñó y se abalanzó sobre Sam. Cogió su cara entre sus manos, dispuesto a todo.

—Como si me importara errar —dijo antes de besarla.

Y le importaba una mierda, así de simple. Sobre todo cuando estaba devorando esos labios con los que tantas veces había soñado.

Sabían tan dulces.

Firme. Duro. Así definiría Samantha el beso de Jacob. Un beso que, en pocos segundos, la dejó sin poder pensar en nada más que no fuera él.

Jacob terminó cogiendo el labio inferior de Sam con sus dientes, tirando de él hasta que lo soltó. Esperó a que ella abriera los ojos, nublados por el deseo.

A Jacob no le fallaron las piernas en ese momento de milagro. Era jodidamente hermosa cuando estaba así. Con los labios mojados, algo abiertos, su respiración acelerada.

Era la viva encarnación del deseo en ese momento.

E iba a ser suya.

La agarró por la cintura, con uno de sus brazos alrededor de ella y volvió a besarla con fuerza. Con todo el deseo que sentía por esa mujer.

Terminaron donde estaban antes, la espalda de Samantha apoyada sobre el cristal. Los dedos

de Jacob fueron rápidos, desabrochando cada botón de la camisa de ella.

La abrió y se quedó contemplando el conjunto de ropa interior negro que llevaba. Con esa piel tan blanca, el negro le sentaba de maravilla.

Con sus dedos, marcó una línea desde el cuello hasta el ombligo, pasando entre sus pechos, haciéndola temblar.

Haciéndola gemir cuando bajó la tela, dejando todo a la vista.

—Perfecta —susurró él mientras acariciaba sus pechos, sus pezones.

Jacob bajó la cabeza y los lamió. Primero uno, luego el otro.

—Jacob —gimió ella, poniendo sus manos en la cabeza de él, apretándolo.

Necesitándolo.

Pero Jacob iba a lo suyo, a su ritmo y ya tenía una de sus manos metida por dentro de su falda y de su ropa interior.

—Joder —dijeron los dos a la vez cuando él tocó su sexo.

Samantha echó la cabeza para atrás y se dejó hacer. Jacob jugaba con su clítoris. Metía y sacaba sus dedos. Ella estaba completamente empapada.

Todo por él.

Para él.

Y él sentía que iba a reventar. Así que con rapidez y sin poder esperar un segundo más, cogió un preservativo de su cartera, se desabrochó el pantalón, dejándolo caer y se lo colocó. Sentía la mirada de Sam sobre él.

Cuando terminó, la miró a los ojos. Y sin esperar más, levantó su falda, bajó su ropa interior, agarró una de sus rodillas, la levantó y se colocó para entrar, con fuerza y desesperación, en ella.

Fue desesperado. Los movimientos eran rápidos, fuertes, descontrolados.

Jacob ahuecó las manos en su trasero y la levantó en peso. Sam se agarró con rapidez a su cuello y entrelazó las piernas alrededor de su cintura.

Y la hizo suya sin piedad. La espalda y el trasero desnudo de Sam golpeando el frío cristal. Los gemidos de los dos rompiendo el silencio del apartamento.

Hasta que ella estalló, arrastrándolo consigo.

Jacob se apoyaba en el cristal con una mano, esperando a que la respiración se le normalizara. Samantha se había aferrado a él con fuerza y por cómo había apoyado la cabeza en su hombro, parecía que no quería soltarlo.

—Sam.

—Hmmm... —ella movió un poco la cabeza, escondiéndola más entre el hueco de su hombro y su cuello.

Jacob sonrió, se estaba quedando dormida.

Como pudo, terminó de deshacerse de sus pantalones que aún tenía en los tobillos y sin soltarla, caminó con ella hasta su cama. La dejó sobre ella, la desnudó y cuando él estuvo igual, se tumbó a su lado, dispuesto a dormir.

No sin antes llevarla consigo, sobre su pecho, abrazándola con fuerza.

Amanecía cuando Samantha abrió los ojos. Le costó poner su mente en orden, centrarse y darse cuenta de que estaba en el dormitorio de Jacob, con él pegado a su espalda, agarrándola por la cintura.

Los dos desnudos.

Joder...

Se giró y se encontró con los ojos de él.

Y se quedó sin saber qué decir.

Y casi sin poder respirar.

Él tampoco tenía palabras en ese momento y menos aún quería darle tiempo a ella para pensar en lo que había ocurrido entre los dos. Así que acercó su rostro al de ella y le dio un dulce beso en los labios.

Cuando se separó de ella, con su mano en la mejilla, acariciando su suave piel, suspiró.

—Tu vuelo sale temprano.

—Sí.

Él asintió con la cabeza, lo sabía, conocía la hora exacta de salida, ella se lo había dicho el día anterior.

Agarró el trasero de Sam y lo pegó a su erección.

—Entonces no tenemos mucho tiempo.

Y sin dejarle tiempo para procesar que iba a volver a ocurrir lo que se suponía no debía, la besó de nuevo.

Pero esa vez fue diferente. Esa vez las defensas de Sam cayeron por la dulzura con la que la estaba tratando.

Era un beso dulce, calmado, de esos en los que uno se toma su tiempo para disfrutarlo, de esos que se dan sin prisa y que pueden llevar a una persona al límite.

Un beso de esos que llegan al alma si te lo da la persona correcta.

Y ellos no eran los correctos, pero ese beso sí fue especial.

Como lo fueron las caricias que ambos se regalaron. Como lo fue cada uno de los movimientos mientras él entraba en ella.

Calmados.

Profundos.

Delicados.

Haciéndolos terminar de una manera agónica, sus cuerpos empapados en sudor por no haberse separado ni un segundo el uno del otro.

Se miraron a los ojos cuando terminaron, sabiendo que aquella era su forma de decirse adiós después de haber añadido a la lista otro nuevo error.

Capítulo 4

Dos semanas después de que Samantha volviera a casa.

—Sammy, tenemos que hablar.

Samantha miró a Brent cuando le dijo esas palabras. A nadie le gustaba escuchar eso, sonaba a “Tenemos problemas”.

Y que ella supiera, ellos no tenían ninguno.

El restaurante donde se iba a celebrar el convite de la boda sí, porque había habido un par de imprevistos con los que no contaban, pero eso no era problema de los novios. Así que...

A ellos le dieron seguridad de que tendrían todo preparado para el día del enlace, como habían contratado.

Si era así, ¿para qué demonios le contaban nada? Que lo resolvieran y listo, no tenían que poner más nerviosa a la novia, ¿no? Pues, al parecer, ella había elegido al único restaurante que sí, que le gustaba añadirle un poco de emoción al asunto.

Y a Samantha la emoción no es que le fuese demasiado. Ella estaba bien con su vida monótona, con su trabajo, con su futuro esposo y sin sorpresas.

Que las pocas que había tenido en la vida, le habían quitado el sueño por mucho tiempo.

Volviendo al momento y prestando atención a la realidad, levantó la cabeza del plato de espaguetis que tenía delante de ella y miró a Brent.

Brent era guapo. Mucho. Un rubio muy atractivo de cara aniñada, de rostro afable y de sonrisa dulce que siempre había estado ahí, con ella.

—Eso suena mal.

—Tampoco es nada malo, solo que me preocupas.

—¿Yo? ¿Por qué?

—Porque estás extraña.

—Estoy bien, Brent. Solo estresada por la boda.

—No tienes por qué. Ya está todo organizado. Solo es esperar a que llegue el día y ya.

—Día que tenemos aquí ya, nos vamos a casar, ¿pretendes que estés tranquila?

—¿Por qué no? —él se encogió de hombros— Te vas a casar conmigo, no soy un desconocido. En realidad nuestras vidas no van a cambiar demasiado —Brent, quien aún iba en traje y chaqueta porque había salido del trabajo con el tiempo justo para ir a recoger a Sammy y llevarla a cenar, sonrió—. Lo único es que viviremos juntos todos los días. Será igual que cuando lo hacemos los fines de semana.

Sí, en eso tenía razón. No había motivos para que Samantha se estresase más de la cuenta. Su relación con Brent venía desde años atrás. Casi podía decirse que estaban juntos de toda la vida.

Ellos dos, junto a Jacob, eran inseparables. Hasta que Jacob... Bueno, ya sabéis, siguió por su camino y la relación entre ellos dos cambió.

Pero la amistad que Brent y Jacob mantenían no había cambiado en absoluto con el paso de los años.

Quitándose a Jacob de la cabeza y dejándolo a un lado como lo que era, un error, volvió a mirar a Brent.

—Sé que tienes razón, pero ya me conoces, pienso demasiado.

—Cariño —él cogió la mano de Samantha por encima de la mesa del restaurante italiano donde estaban cenando esa noche—. Entiendo que han sido semanas de estrés y que yo tampoco he

podido estar al cien por cien contigo —en realidad no había podido estar en casi nada, el trabajo en la gestoría lo tenía absorbido y necesitaba dejar todo atado antes de irse de luna de miel, así que Samantha se había encargado de casi todo con la ayuda de su madre, de su hermana y de su futura suegra—. Pero deberías bajar un poco el ritmo. Ya está todo listo, solo es descansar hasta el día de la boda.

—¿Descansar? —ella enarcó las cejas— Aún quedan cosas por hacer.

—¿Cómo qué? —preguntó él y seguidamente se llevó un pedazo de lasaña a la boca, tan tranquilo.

Y es que Brent era así, puro relax. Tanto que, a veces, sacaba a Samantha de sus casillas porque parecía que en vez de sangre, le corría horchata por las venas.

—Tengo que recoger el vestido —comenzó a enumerar con los dedos—. Tengo que limpiar la que será nuestra casa, porque el servicio de limpieza que contratamos después de la obra... —habían comprado una casa porque donde solían pasar los fines de semana era en un pequeño apartamento que Brent tenía en la ciudad, pero que les quedaba pequeño. Entre semana cada uno vivía con sus padres y esos dos días los pasaban juntos. Era mejor así por temas de trabajo y porque era el ritmo que habían marcado los dos— No me gustó, no dejaron las cosas como me gustan. Le diré a Jess que me ayude a limpiarla. También tengo que...

—Amor, para —le riñó él—. Porque no puedo, pero te juro que si tuviera tiempo libre, pasábamos unos días fuera y volvías el día antes del enlace.

—Sí, claro —rio ella, negando con la cabeza.

—¿Por qué no? —él volvió a encogerse de hombros— Necesitas despejar la mente.

—Ya la despejaré en la luna de miel —con todo ese estrés fuera de su vida. Cuando ya se hubiese casado y pudiese relajarse.

—Y dormir —le señaló los ojos, hablando como si no la hubiese escuchado. O lo hubiese hecho y la ignorase.

—¿Estás criticando algo?

—No, pero deberías descansar y no solo por las ojeras, sino por tu salud física y mental.

Descansar. Como si fuera fácil. Ella no podía descansar, más que nada porque tenía pesadillas, claro que él no lo sabía.

Ni lo iba a saber.

Samantha estaba segura de que esos sueños eran por culpa del estrés. Por nada más.

Y por los remordimientos, dijo una voz en su cabeza que más le valía que se quedase callada. Pero no, tenía que estar ahí, tocándole las trompas de Falopio siempre.

—Me gustaría saber cómo lo haces.

—¿El qué? —preguntó Brent cuando terminó de masticar y no sin antes limpiarse la boca con la servilleta.

Él y sus pijas manías, era así de mijita.

—El llevar las cosas con calma.

Porque hasta con el trabajo lo hacía. Nunca se le veía estresado y a veces a Samantha la ayudaba, pero otras...

No sé, altérate un poco, pensó ella, como pensaba cuando discutían. Pero no, la verdad es que él ni siquiera entraba en la discusión.

Así que como él decía: Dos no pelean si uno no quiere.

Pues esa era la relación de ellos. Estabilidad. Tranquilidad. La vida relajada, sosegada y segura que cualquiera desearía tener.

Esa sería su vida desde que pronunciase el “Sí, quiero”.

—No sé, siempre he sido así.

Pues sí, siempre había sido así.

Samantha no, pero por su salud mental lo intentaba. Porque si ella se dejaba ir... No había quién la soportara.

Y eso, de cría, aún podía entenderse. Pero a esa edad ya, siendo una adulta a punto de casarse, tenía que controlarlo.

Y sabía hacerlo bien.

Menos con cierta persona, claro. Con él era imposible simplemente el mantener la lengua quieta.

Para insultarlo, quiero decir.

—Tranquila —sonrió él, afable—. Va a salir bien, Sammy.

Samantha tragó saliva al escucharle decir eso. Era lo mismo que le había dicho Jacob unas semanas atrás, al saber que estaba nerviosa antes de la presentación en la Universidad.

La frase había sido la misma, pero la manera de decirla o de relajarla no.

Cuán diferentes eran uno del otro...

—Lo sé —sonrió ella.

Todo tenía que salir bien.

Porque mal solo salía en sus pesadillas.

Y ella estaba segura que no se desharía de ellas hasta que el sacerdote los declarase marido y mujer.

Capítulo 5

Dos semanas después para Jacob. La noche antes en la que despertó con la rubia de bote en su cama.

—¿Estás bien?

Jacob levantó la mirada de la cerveza y la posó sobre su amigo y socio.

—Sí.

—Ya...

—¿Ya qué?

—Hace semanas que no lo estás.

—¿Y cómo estoy, según tú?

—Callado.

Jacob rio.

—Tampoco es que generalmente me pase el día charlando —le recordó.

—Ya, lo sé. Pero este silencio... Es cuando algo te preocupa.

—¿Hay silencios diferentes? —Jacob se echó para atrás, mirando a su amigo con atención, divertido por el comentario.

Agradecía esos momentos con él porque Josh siempre lo hacía reír.

—Claro que los hay. No es lo mismo el silencio de mi mujer que el de mi exmujer.

—¿Qué sentido tiene eso?

—No sé explicarlo, pero yo lo entiendo.

Jacob soltó una carcajada.

—Tú no te has entendido a ti mismo en la vida, como para entender a tu mujer.

—Exmujer.

—Exmujer —rectificó Jacob.

—Pero es que a ella no hay quien la entienda.

—¿Hay alguna a la que sí se entienda?

Josh lo meditó unos segundos antes de responder.

—No —dijo fervientemente.

Jacob terminó soltando otra carcajada.

—Ya en serio —dijo Josh—, ¿cuándo vas a contarme qué te pasa?

—Lo haría de pasarme algo —mintió, porque pasar le pasaba, pero eran tonterías y no se lo iba a contar. Terminó de tomarse la cerveza y se levantó—. Pero lo único que me pasa hoy es que quiero descansar. Ha sido una mañana pesada.

Y habían salido tarde del trabajo. Jacob quería llegar a casa, tomar una ducha y cerrar los ojos a ver si esa noche podía dormir de verdad.

Pudiendo quitarse a esa morena de la mente.

—Y mañana nos queda más. Solo es lunes... —le recordó Josh. Jacob fue a dejar un billete sobre la mesa del pub, pero su amigo negó con la cabeza—. Vete y descansa, hoy invito yo.

Tras asentir con la cabeza, Jacob fue a buscar su coche y un rato después, estaba en su apartamento, bajo el chorro del agua de la ducha, dejando que el frío desentumeciese sus músculos.

Dos jodidas semanas hacía que no dormía bien.

Dos jodidas semanas en las que no había cambiado las sábanas porque quería seguir oliéndola

allí.

Dos jodidas semanas desde esa fría despedida en el aeropuerto, en la que no se dijeron nada, solo se miraron sabiendo que entre ellos era así.

Que siempre sería así y que lo que ocurrió tenía que quedar atrás.

Pero él no había podido olvidar la primera vez que pasó con ella, como tampoco había podido olvidar las dos siguientes, pocos días atrás.

Y ahí la tenía, grabada a fuego en su mente.

Salió de la ducha al escuchar el móvil sonar. Lo había dejado sobre el lavabo. Chorreando aún, cogió la llamada, sin fijarse en quién era.

—¿De verdad vas a dejar que se case?

—¿De qué hablas? —la tensión en su voz, de repente.

—Joder, no me digas que no sabes nada.

—Creo que es evidente que no.

—Samantha se casa el próximo fin de semana.

Jacob apretó la mandíbula.

—Ya veo.

—Pensé que...

—Ese es el jodido problema, que pensáis. ¡Siempre pensáis! —estalló.

Porque estaba enfadado con ella porque no se lo había contado.

Estaba enfadado con el novio, a quien creía su amigo, ¡porque no lo había invitado!

Y estaba enfadado con él mismo por enfadarse por algo que sabía que, tarde o temprano, iba a ocurrir.

Porque ese era el futuro de Brent y Sam. Ese era el paso que él siempre supo que iban a dar.

Solo que ahora dolía más que nunca.

Porque su casa olía a ella.

Porque donde mirara, la veía a ella. Allí. Con él.

Apretó los dientes con fuerza y no le importaba si se los partía.

—Creo que no quiere casarse, Jacob.

Jacob rio, irónico.

—¿Crees? ¿Qué significa eso?

—Que no me lo ha dicho, pero bueno, ya sabes que ella no suele decir las cosas. Pero tiene pesadillas.

—¿Y por eso llegas a esa conclusión? —escéptico.

Intentando odiarla por hacerle daño. Porque le estaba haciendo daño aunque ni ella misma lo supiera. Él se sentía dañado aunque en el fondo supiese que no tenía razón ninguna para ello.

—Porque te llama a ti mientras llora —el cuerpo de Jacob sí que se puso tenso en ese momento—. Sueña con que tú impides esa boda —la otra voz al lado del teléfono suspiró—. Es lo que tiene cuando se habla dormida, que los demás nos enteramos de todo.

—¿Y qué esperas que haga? Se va a casar porque quiere.

—O porque no sabe cómo no hacerlo.

—Joder.

—Yo no espero nada, Jacob. Solo pensé que tú... Olvidalo. Debía estar equivocada.

—¿Equivocada sobre qué?

—Equivocada sobre que ella te importa algo. A lo mejor siempre lo estuve, porque siempre creí eso. Pero bueno, la vida, hasta el momento, ha demostrado lo contrario.

—No me jodas con esas.

—No es mi intención. Yo solo quiero que ella sea feliz. Pensé que solo podría serlo contigo, pero a lo mejor lo será con Brent.

Y como había llamado, colgó.

—¡Mierda! —exclamó Jacob.

Fue hasta el dormitorio, tiró el móvil encima de la cama y se pasó las manos por el pelo mojado.

Se iba a casar. ¡Joder!

El teléfono volvió a sonar, lo cogió y apretó los dientes porque esa vez sí miró la pantalla.

—Brent.

Pues parecía ser que la noche seguía con más sorpresas.

—Me vas a matar, ¿verdad?

—¿Por qué?

¿Por casarte con ella?

¿Por no invitarme?

¿Por ser un mal amigo?

—Porque te aviso casi sin tiempo, pero con tanto trabajo se me fue. Soy lo peor, pero te necesito cerca.

—¿Cerca? —lo que le estaba costando hacerse el tonto.

—Me caso el próximo fin de semana —Jacob quería gritar—. Sé que debía haberte dicho con más tiempo, pero te juro que con tanto encima... Es mi boda, tío y quiero a mi mejor amigo cerca.

—Yo...

—Sé que debes de tener mucho trabajo y que esto es imperdonable, pero no me puedes dejar solo en ese día, Jacob. Ni a Sammy tampoco.

Sam, estuvo tentado de decirle. Es Sam. No Sammy.

Pero calló.

—¿Ella sabe que me llamaste?

—No —dijo Brent, sonando avergonzado—. Ella no quería molestarte, tu madre le dijo que tienes muchas cosas encima y...

—Entiendo.

Mala excusa, bruja, pensó.

—Pero sé que aunque siempre os estéis matando verbalmente, te considera parte de su vida. Te querrá aquí. Como te quiero yo.

—No sé...

—No puedes negarte. Así que dime, ¿cuento con uno de mis padrinos de boda?

La respuesta a esa pregunta provocó la borrachera de Jacob.

Capítulo 6

Días antes de la boda.

—Pues ya te digo yo que sí.

Samantha miró a la preciosa y joven morena que tenía frente a ella y resopló.

—No —repitió, llevándole la contraria de nuevo—. No pienso ir.

—Tienes que hacerlo, Sammy.

—¿Tengo? —la incredulidad en su voz.

—¡Claro! Porque me he gastado todos mis ahorros en el regalo.

¡Y ese era su problema!

—Nadie te lo ha pedido.

Jess la miró con ganas de querer ahorcarla.

—Eres una desagradecida, ¿lo sabes?

Samantha suspiró. No se trataba de eso, ¿es que no lo veía?

—Te agradezco mucho el regalo, Jess y tus buenas intenciones, pero...

—Pues no se nota, déjame que te diga —dijo con sarcasmo.

—Pues créeme, lo hago. No lo entiendo, pero te lo agradezco.

—Entonces ve.

Samantha iba a gritar. Jess estaba como una regadera si pensaba en algo así. ¿Cómo se le había ocurrido semejante locura?

—Me caso este fin de semana, Jess. ¿Cómo crees que me voy a marchar unos días antes de la boda a una casa en la playa? ¡Con todo el estrés que tengo! ¡Sola, además!

—Precisamente por eso. Porque necesitas estar sola y desestresarte.

Porque lo decía ella.

—Sí, necesito es paz y que nada, ni nadie—la miró de muy malos modos—, me estrese más. Pero aquí, en casa. No yéndome a días de la boda.

—Desestresarte es precisamente lo que intento, ¿no lo ves?

—Yo lo que veo es que me ¡estás sacando de quicio!

—¿Por querer ayudarte? —y estaba ella ofendida y todo.

Alucinante. Samantha no se lo podía creer ni entendía nada.

—Pero ¿ayudarme en qué? ¡Por el amor de Dios!

—¿Por qué tienes que meter a Dios en esto? —se quejó Jess, haciendo que su hermana resoplara de nuevo— Intento ayudarte con tus dudas.

—Que no hay dudas, Jess.

—Tus sueños no dicen lo mismo.

¿Sueños? Ellas más bien diría que eran pesadillas. Y bien merecidas que las tenía, por cierto.

—Solo fueron un par...

—Algunos más...

—... de sueños —continuó, ignorándola.

—Porque algo hay ahí que no va bien.

Dios, cómo la sacaba de quicio.

—O porque el cerebro juega malas pasadas cuando una está de los nervios.

Y es que las últimas noches había estado soñando con que, quizás...

—Los nervios, ya...

—Sí.

—Si alguien se opone a este matrimonio, que hable ahora o que calle para siempre.

—Oh, joder —suspiró Sammy al escuchar a su hermana.

¡Si es que no tenía que haberle contado nada!

Pero claro, había intentado ocultarlo hasta que ya Jess le dijo: “Hablas en sueños”. Y entonces se lo contó.

Pero para que no se preocupara y entendiese que solo eran pesadillas por los nervios de la boda, pero no. Jess se lo había llevado al otro extremo.

Al que Samantha intentaba no llegar.

Y así estaba su hermana en ese momento, con complejo de cura, hasta la voz le había salido igual que a la de un sacerdote.

Era lo que tenía el haber asistido cada domingo de su vida, sin importar si estaba enferma o no, a misa. Porque así era su madre, incluso si ellas tenían fiebre, iban. Porque ir a la iglesia seguro que las hacía sentirse mejor.

Aunque lo único que a Jess le había hecho sentirse más que bien fue crecer y mandar a la iglesia a la reverenda (muy apropiada la palabra aquí) mierda.

Su madre se persignaba cada vez que la escuchaba blasfemar al usar expresiones como “Me cago en Dios” o cosas así. Y Jess intentaba controlar su lengua delante de su progenitora, pero no solía tenerlas todas consigo.

Por fortuna, aunque al principio su madre creyó morir porque dramática era un rato y religiosa aún más...

Al final terminó por aceptar que su hija era una apóstata y que ella no podía hacer otra cosa.

Ya Dios, cuando llegase el momento, decidiría si perdonarla o no.

Mientras tanto...

Le quedaba, en ese sentido, Sammy. Su otra hija no es que fuera, tampoco, demasiado religiosa pero, al menos, aunque ya no la acompañase a misa, no blasfemaba e iba a casarse por la iglesia.

Como Dios mandaba.

Lo tendría más fácil con el ser supremo el día del juicio final.

Y de aquí partía todo.

De la boda. O de los sueños. O de las jodidas pesadillas en realidad.

Samantha le había contado a Jess lo que había estado soñando últimamente y la loca de su hermana se lo estaba llevando por donde no era.

Y mejor por ahí que por donde realmente iba la cosa, pero dejémoslo ahí por la paz mental de Samantha. Si es que lograba tenerla alguna vez más.

Sammy miró a Jess. Estaba frente a ella, su hermana pequeña mirando a su espalda, como esperando a que apareciese alguien y dijese ¡Yo! ¡Yo me opongo a esta boda!

Como había ocurrido en su mente mientras dormía.

Pero no. Eso no iba a ocurrir ni en ese momento ni el día del enlace porque ¿quién se iba a oponer a ello?

Nadie, ¿verdad? Porque ¡nadie tenía motivo para ello!

Joder, solo eran paranoias mentales, nada más. No había motivos para que esa boda no se celebrase.

Ninguno.

Ella se iba a casar porque quería hacerlo y no había nadie que no les desease lo mejor. Ni nadie que...

Que no, ¡joder!

Así que con todo aclarado...

Nada, que dos minutos más y las dos tontas seguían igual.

Entonces Jess pestañeó un par de veces y sonrió. Sammy fue a girarse al notar la emoción, ¿o fue felicidad? en la mirada de su hermana.

¿A quién había visto para poner esa cara? Ya le iba a poder la curiosidad.

—¿Y si me opongo yo? —Jess volvió a posar sus ojos en Sammy al hacer esa pregunta.

Samantha se quedó quieta, volvió a acomodarse y miró al cielo pidiendo ayuda divina.

—¿Crees que estoy buscando que alguien lo haga?

—No —menos mal que eso lo veía—. Al menos conscientemente —una mierda era lo que veía, ella seguía a lo suyo—. Por eso me puedo oponer yo.

—¿Y por qué ibas a oponerte tú a mi boda? —suspiró, bendita paciencia tenía.

—No sé, por darle un poco de emoción al asunto —sonrió su hermana pequeña—. ¿No es lo que necesitas? Ya, después, cuando mamá haya gritado con la mano en el pecho y antes de que se desmaye, digo que estaba de coña y me siento de nuevo.

—Que necesito paz, no emoción.

Y no pensar de más.

Ni en nadie más.

—Eso es lo que tú te crees. Sal, necesitas sal. Y pimienta —*no, créeme que no*, pensó Sammy—. Y piensa en ese momento en el que alguien grite y todos creyendo morir. Menos tú y yo, claro, porque sabíamos que iba a pasar.

—Al menos debo de agradecerte que me lo comentas a mí para que no sea yo la que se desmaye —rio Sammy.

Negó con la cabeza, su hermana estaba como una puta cabra, pero siempre la hacía reír.

—En verdad no creo que te desmayes, te haría hasta ilusión.

—¿Cómo demonios me va a hacer ilusión que te opongas a mi boda? —resopló.

—Porque sueñas con que alguien lo haga, entonces es porque lo necesitas.

Que no era la cosa exactamente así, joder. Pero a ver cómo se la explicaba sin explicarle una mierda.

Y sin recordar lo que la torturaba.

Y a quién la torturaba.

—Sueño con ello porque los nervios me pueden.

—Y entiendo que lo necesites —continuó Jess, ignorándola—, porque todo está siendo tan insulso que sé que te hace falta un poco de chispa en tu vida.

—¿Crees que mi boda es insulsa?

—En realidad creo que tu vida es insulsa.

Samantha pestañeó varias veces. No podía decirse que estuviese incrédula del todo porque sabía que Jess la consideraba algo, o muy, aburrida.

Pero ella no era nada de eso, solo se controlaba más que su hermana.

Y es que había tenido que hacerlo desde hacía unos años para ayudar a su madre. Pero Samantha también había tenido su época loca y complicada.

—Mi vida no es insulsa, mi vida es...

¿Normal? ¿Rutinaria? ¿Falta de emociones?

Samantha iba a gemir, la verdad es que, generalmente, muy emocionante no es que fuera.

Excepto por un par de detalles sin importancia que prefería guardarse para ella sola.

Y una noche que pasó con alguien.

Y un sexo perfecto.

Lo que la convertía en infiel.

Pero olvidando ese error, porque no fue más que un error...

—Sosa —Jess afirmó repetidamente con la cabeza.

Samantha carraspeó. Desde hacía años, su vida consistía en trabajar y en su familia.

Y en Brent, su mejor amigo y futuro marido. El mejor hombre sobre la faz de la tierra. El hombre más tranquilo del mundo.

Nada que ver con Jacob.

Ese que la sacaba de quicio y el culpable de que ella se encontrase en ese estado.

—Como cualquier vida, Jess. ¿Crees que la de los demás es o será muy diferente?

En realidad no, porque infieles son la mayoría.

Ahí estaba la mente de Samantha jugándole malas pasadas.

¡Ella no era infiel! ¡Solo fue un maldito error!

Y lo estaba pagando caro con las pesadillas y su conciencia, pero se llevaría ese error a la tumba y seguiría adelante con sus planes de vida.

—No, creo que no. Obvio la mía sí, pero los demás no me interesan. Me interesas tú, que eres mi hermana. Y quiero que llegues al día de la boda sin dudas y sabiendo que ese es el camino que quieres escoger. Y con ese hombre.

—¿Y qué te hace pensar que no lo es? Y no —levantó la mano—. No me digas que unos estúpidos sueños.

—No, no son los sueños.

—Bien —hasta que lo reconocía.

—Es a quién llamas en ellos.

Samantha gimió.

Ay, Dios, que no sea...

No, no podía ser. Como llamar, podía nombrar hasta a Brad Pitt.

Mierda, gimió mentalmente.

Ella estaba cansada, aburrída en casa sin trabajar, pero no volvería hasta después de la luna de miel. Había salido al jardín, se había servido una taza de té helado y quería despejar su mente al aire libre.

Y todo iba bien hasta que apareció la cabra loca y ¡a la mierda la tranquilidad! Y si seguía por ahí, iba a darle un jodido ataque al corazón. Porque su hermana no sabía nada, ¿verdad?

—¿De qué demonios estás hablando? —sí, Samantha también tenía una lengua algo ligera. Sobre todo cuando la ponían en situaciones como esa en la que se le ponían los ovarios como corbata.

Y en ese momento estaba así, acojonada de pensar que pudiese nombrar a ese error.

—Primero acepta mi regalo, después hablamos de lo que quieras. Solo serán un par de días. Si vuelves queriendo casarte...

—Pero qué pesada —refunfuñó—. Querré casarme. ¿Por qué no iba a querer casarme?

Eso se preguntaba ella cada noche, no tendría ningún sentido no querer hacerlo solo por haber metido la pata una vez.

Vale, otra vez, pero si no se había enterado de la primera, tampoco tendría que hacerlo de esta. Jacob no diría nada y ella...

Ella viviría con remordimiento de conciencia, pero sabía que con el tiempo se le pasaría,

como se le pasó lo de años atrás.

—¡Claro que quiero casarme! —insistió.

¿*No estás, más bien, intentando convencerte a ti misma?*, preguntó la maldita voz de su cabeza.

¿Es que no podía mantenerse calladita?

—Vale. Si tan segura estás, ¿por qué no lo aceptas?

—Porque no.

—¿A qué le temes?

—¡¿A qué mierda le voy a temer?! —exclamó, ya iba a perder el control.

Y si perdía el control, podría hablar más de la cuenta.

Y si eso pasaba...

Joder, qué miedo.

—Eso mismo me pregunto yo —a Jess le daba igual todo lo que su hermana pudiese gritar, ella sabía lo que estaba haciendo llevándola al límite.

—Joder, Jess. Solo no me apetece estar mis últimos días de soltera lejos, sola. Es que a cualquiera que se lo preguntes te dirá lo mismo que yo, que es una locura.

Sobre todo porque pensaría demasiado.

—En una casa en la playa.

Ya, eso era lo único tentador en todo aquello.

Samantha adoraba la playa. Para ella era vida. Pero...

—¿Por qué insistes tanto? —Sammy frunció el ceño— No lo entiendo. ¿No quieres que esta boda se celebre? Si es así, dímelo y déjate de tanta tontería.

Dime lo que sabes y terminamos antes, pensó.

—Sabes que ese no es el tema aquí. Yo seré feliz si tú eres feliz.

—Y yo seré feliz casada. ¿Entonces a qué viene tanta insistencia? Porque lo único que parece es que no quieres que me case.

—Para nada. Insisto porque sé que necesitas ese tiempo para ti. Es la emoción que te falta a tu vida. Después ya no podrá ser igual.

—Uy, sí. Emocionantísimo estar sola —resopló.

He tenido emoción para los próximos años, créeme, pensó.

—Con lo que te prepararé... Te aseguro que no te vas a aburrir.

—Mierda —gimió Sammy al ver la sonrisa pícaro de su hermana—. ¿Qué hiciste?

—Preparar lo que creo será un buen regalo.

—No quiero un boys —le advirtió.

—Oh, tranquila, no va por ahí la cosa. Lo prometo —dijo al ver la cara de su hermana, no la creía del todo.

—¿Entonces qué puede ser tan divertido?

—Ve, lo vives y ya me cuentas. Son solo dos días.

—Y medio.

—De dos días y medio nada, cuenta bien. No llega ni a dos —Jess puso los ojos en blanco—. Son casi —especificó— dos días de la que puede ser la mejor experiencia de tu vida.

—O la peor.

Y ya estaba servida de cosas de las que arrepentirse, no quería más.

—¿Crees que haría algo que pudiera hacerte mal? —preguntó, ofendida.

—No es eso, Jess —suspiró Sammy—. Pero entiende que todo esto parezca una locura.

—Claro, porque para alguien como tú lo es.

Sammy odiaba eso de “alguien como tú”. ¡Que ella no era una mojjigata!

¿Iba a tener que contarle un par de secretos para que dejara de pensar en ella como una monja?

—¿Qué me dices? ¿Te arriesgas? —insistió Jess.

Joder. Como si fuera tan fácil.

El lado positivo es que podría estar sola, pero sola de verdad y si lo conseguía, descansar la mente y el cuerpo. Dormir, disfrutar de la playa y llegar como nueva.

El lado negativo era que si no podía dejar de pensar, iba a estar comiéndose el coco todo el tiempo.

Entonces había que poner las cosas sobre la balanza.

¿Qué era peor?

¿Comerse el coco en su casa, donde vivía con su madre y con su hermana?

¿O comérselo, en caso de ser así, sola y alejada del mundo?

—No sé...

—Pero no dijiste que no, la curiosidad te puede.

—Mala hermana —suspiró, haciéndola reír.

Y era verdad, quizás debería de aceptar esos días lejos de todos y de todos, a ver si volvía mejor de sus nervios.

—Cuentas con el beneplácito de Brent, si es a lo que temes. Además, yo me encargaré de recoger el vestido de novia y lo que haya que hacer.

—¿Brent sabe de esto?

A Samantha ni le sorprendía, como era Brent... Incluso él mismo había hablado de eso, así que si Jess le había comido un poco el coco, pues blanco y en botella.

—Sí. Por esa parte puedes irte tranquila.

—Entiendo... ¿Pero por qué sola? ¿Por qué no vienes conmigo? Sería más divertido, ¿no?

No me dejarías tiempo a pensar en el caso de que mi mente no sepa evadirse.

—Porque este momento es solo para ti. Es mi regalo. Yo ya hice lo que se esperaba de mí en la despedida de soltera —Jess rio al ver la cara de Sammy.

Esa noche la había liado y bien. Pero mejor dejarlo en el olvido.

Por las dos, además.

Samantha se quedó mirando a su hermana. No entendía por qué insistía tanto, pero... Menos aún entendía por qué ella no era capaz de dar un no rotundo.

Y es que había algo ahí que la estaba haciendo dudar.

Un par de días para ella, lejos de todos, sola. Intentando borrar cosas de su mente.

Intentaría olvidarlo a él.

Porque sabía que allí, en su casa, con todo el estrés de la boda no podría pararse a pensar.

Quizás unos días lejos...

—Está bien —dijo finalmente, haciendo que Jess sonriera de oreja a oreja—. Aceptaré tu regalo.

—¡Sí!

—Pero que conste que no es porque tenga dudas sobre mi boda.

Que no las tengo, se repitió a sí misma.

—Vale.

—Solo es porque bueno, quizás me viene bien con mi nivel de estrés de las últimas semanas.

—Exacto.

—Ya sabes, nadar y todo eso.

—Eso —sonrió Jess. Cogió su vaso de limonada y lo levantó, esperando a que Sammy hiciera lo mismo para brindar—. Porque nades mucho.

Un choque de vasos con dos caras sonrientes. Una menos que la otra.

—Ahora que ya has conseguido de mí lo que querías, dime —Samantha carraspeó. Jess la miró, esperando su pregunta. A Samantha le daba miedo preguntar, pero tenía que hacerlo—. ¿A qué te refieres con eso de que llamo a alguien en sueños? Porque es un poco raro, no hablo en sueños que yo sepa. Aunque quizás lo haga y llamo a Brent, ¿no?

Por Dios, que sea así.

Sería normal, además, por el miedo a que algo fuera mal en la boda. Así que ella misma comenzó a mover la cabeza afirmativamente, esperando a que su hermana se lo confirmara.

Y la ayudase a relajarse.

Su hermana comenzó a moverla también afirmativamente.

—Sí.

Qué alivio, pensó.

—Normal, Brent...

—No, no me refiero a Brent.

—Ah... —Samantha se había perdido entonces.

—Me refiero a que sí hablas en sueños.

—Oh... —Samantha iba a agobiarse— Nada malo, espero.

Ni nada más de la cuenta.

—No.

—Bien.

—Tampoco tan bien.

—¿No?

—Pues no.

—¿Y por qué no?

—Porque llamas a otro.

Se desmayaba, seguro.

—¿A otro? —la voz más aguda no le podía haber salido— ¿Qué otro?

—Me llamas a mí, Sam —ella abrió los ojos de par en par, un escalofrío recorriéndole el cuerpo al sentir esa vez en su oído, ese calor...— Porque quieres que impida esa boda.

Samantha se levantó de un salto. El vaso con la limonada voló y Sammy se encontró, frente a frente, con el dueño de esa voz.

Y ahí estaban esos ojos verdes en un rostro que no podía borrar de su mente.

Y él tenía en frente a esa morena que lo había torturado las últimas semanas.

Y quería ahorcarla por haberle ocultado algo así.

—Jacob —ni siquiera sabía si había sido capaz de pronunciar su nombre o si solo lo había pensado.

—Vaya, pensé que las brujas no podían sorprenderse.

Hijo de...

—¿Qué demonios haces aquí?!

—¿Además de ser uno de los padrinos de tu boda?

—¿Qué? —ella no sabía nada de eso— Tú no... —no, él no estaba invitado.

—Tranquila, claro que será que no —se acercó más a ella y Samantha pensó que las piernas

no iban a sostenerla. Aquello no podía estar pasando—. Porque no te vas a casar —dijo con firmeza y mirándola fijamente a los ojos.

—¿Qué...?

Él se encogió de hombros.

—Es simple. Vengo a impedir esa boda.

Eso fue el último recuerdo que tiene Samantha de esa tarde en el jardín de su casa.

Capítulo 7

—Joder...

Exactamente esa era la palabra que se le había pasado por la mente a Jacob al volver a ver a Sam. Y no solo como palabrota, también la usó en su mente como verbo que era.

Y qué buen verbo si se usaba con ella y bien que lo sabía él.

Sabía que todo aquello era una locura, pero lo tenía que hacer. No importaba que no entendiera las razones, él solo sabía que tenía que evitar esa boda y punto.

Porque Sam no podía casarse con Brent. No tan fácilmente.

Sam bostezó exageradamente. Qué sueño tenía. Estiró su cuerpo y se encogió a la vez que abría los ojos cuando se asustó al tocar algo.

A alguien mejor dicho.

—¡Mierda! —exclamó al ver a Jacob sentado a su lado, en la cama— ¿Qué demonios haces aquí?

Volvió a bostezar, no pudo evitarlo.

—Le dije a tu hermana que no usara más de dos gotas —suspiró Jacob—. A ver si, después de lo que nos ha costado llegar hasta aquí, vas a pasarte todo el tiempo durmiendo.

Sam pestañeó, intentando entender lo que él le estaba diciendo.

—¿Me habéis drogado?! —exclamó cuando su cerebro procesó la información— Hijos de...

Fue a levantarse rápidamente de la cama, pero menos mal que Jacob la cogió y volvió a tumbarla al ver cómo se mareaba.

—Quieta, bruja —inmovilizó las dos manos de Sam con una de las suyas y puso su otra mano en la cadera, ejerciendo un poco de presión para que dejase de moverse.

—Déjame, imbécil —gruñó.

—Así solo vas a conseguir marearte más. ¿Quieres estarte quieta y que se te pasen los efectos del sedante? —pero ella se movió con más fuerza y él resopló.

—¡Que me dejes! ¡Suéltame!

—O paras —dijo con voz calmada pero firme— o me tumbo encima de ti para inmovilizarte. Y sabes en qué puede acabar eso, ¿verdad?

No necesitó nada más para que Sam se quedase completamente quieta y en silencio.

Abrió los ojos de nuevo y miró a Jacob.

—Suéltame —pidió esta vez más calmada.

Jacob emitió un sonoro suspiro.

—Casi hubiera preferido que siguieras comportándote como la fiera que eres. Me habría encantado tumbarme sobre ti. Estoy deseando hacerlo de nuevo.

Que tenía una voz sexy y varonil no podía negarlo.

Samantha tampoco podía negar que todo en ese hombre era jodidamente sexy. Desde ese perfecto pelo castaño engominado, esos ojos verdes con inmensas pestañas. Esa boca que joder, hacía maravillas.

Un gemido salió de la garganta de Sam mientras en su mente continuaba repasando su cuerpo. Que no es que lo conociera demasiado, pero lo suficiente para hacerla suspirar.

A ella y a medio planeta, por supuesto.

Una torcida sonrisa se formó en los labios de Jacob cuando oyó gemir a Sam. Ella maldijo, lo que le faltaba al engreído ese.

Y sí, podía decirse que Jacob era un creído, pero es que podía creerse lo que quisiera. Y él lo sabía.

Y él usaba eso cuando le interesaba. Porque el dicho de guapo y tonto no iba con él.

Satisfecho por la reacción de Sam hacia él, se acercó a ella, cada una de sus manos al lado de la cara de Sam y acercó la boca a su oído.

—No sabes las ganas que tengo de volver a hacerte gemir así —su voz, ronca, provocando escalofríos en Sam.

Pues iba a gemir de nuevo porque él, que no tenía un pelo de tonto y sabía usar bien las armas de seducción, estaba lamiendo el cuello de Sam en ese momento.

Menos mal que ella pareció salir de la neblina en la que se encontraba y lo empujó con todas sus fuerzas, quitándoselo de encima.

Fue a reprocharle qué hacía allí cuando se dio cuenta de que no conocía ese lugar. Esa no era su habitación, esa no era su casa.

—¿Dónde demonios estamos?! —gritó, histérica.

Y ahora sí que se levantó de un salto y no había peligro de que se marease, estaba bastante espabilada.

Jacob se acomodó mejor en la cama, cruzó sus brazos y la miró.

—En una casa en la playa. En Cannon Beach.

Sam pestañeó, intentando poner en orden toda la información que bailaba por su mente.

—¿Me has secuestrado? —no le llegó la mandíbula al suelo porque ella no era un dibujo animado, que si no...

—Técnicamente no.

—¿No?! —la indignación en su voz.

—Tú aceptaste venir.

—¿Pero no contigo!

Él se encogió de hombros.

—Yo solo te traje.

—¿Cuando estaba drogada!

—Sedada.

—¿Es lo mismo!

—No lo es. Solo se usó un poco de ayuda para que todo resultase más fácil.

—Mira, imbécil.

—Dime, bruja —la cortó él, haciendo que Sam se pusiese aún más roja por la furia.

—Allí, en aquella ciudad, no sé cómo llamaréis a esto. Pero en mi pueblo...

—Que también es el mío —le recordó.

—¿Esto es un secuestro! —gritó.

Jacob lo meditó. Frunció el ceño mientras lo pensaba.

Terminó negando con la cabeza.

—No, no lo es —acabó por decir.

Sam miró al cielo pidiendo... ¿Pidiendo qué a quién? Si quien fuera ya había permitido que la raptasen.

—Esto es una jodida locura —fue hasta la puerta del dormitorio y la abrió—. ¡Me voy a casa! —exclamó.

No tardó demasiado en bajar las escaleras que la conducían a la planta baja y en llegar hasta la puerta de entrada.

Fue a abrirla, pero Jacob la inmovilizó con su cuerpo antes de que lo hiciera.

Con movimientos rápidos y seguros, la hizo girarse, para inmovilizarla teniéndola cara a cara.

—No vas a ir a ningún lado —dijo él con seguridad.

—¡Porque tú lo digas!

Jacob rio, le encantaba esa mujer.

—No —negó con la cabeza. Hizo un poco de presión con sus caderas, su miembro erecto en todo momento por tenerla cerca, Sam no pudo evitar un movimiento involuntario de su cuerpo, acercándose más a él para sentirlo más. Otro logro para Jacob—. Te vas a quedar aquí porque quieres.

Sam rio, irónicamente pero lo hizo.

—Seguro que sí.

—Lo harás, Sam. Porque lo necesitas tanto como yo.

La miraba a los ojos fijamente. Jacob podía notar la desconfianza en esos enormes iris negros. La ira incluso. Pero no había miedo.

Nunca sentiría miedo con él, eso lo sabía.

Y por eso mismo siempre se comportaba como la bruja que era.

Una bruja hermosa, con su largo y ondulado pelo negro suelto, siempre rebelde. Como ella. Esos unos enormes labios que a él le gustaría ver, de nuevo, hinchados por sus besos.

Porque así era como tenía que haber sido siempre si él no hubiese sido tan imbécil.

Levantó una mano y acarició su labio inferior. Aún recordaba cómo sabía ella. No había podido borrar de su mente ninguno de los segundos que había pasado con ella.

Había sido una jodida tortura recordar su sabor, su olor, sus gemidos. El tacto de su piel.

—Aún recuerdo cómo sabes —dijo él con voz ronca—. Me sé de memoria el sabor de tu boca —dijo sobre sus labios, lamiéndolos con su lengua. Llevó su boca hasta el oído de Sam—. Aún puedo olerte y escucharte gritar.

Sam gimió. ¿Cómo no hacerlo?

Ella tampoco había podido olvidarlo. Estaba todo tan reciente que tenerlo ahí, de nuevo, tan cerca...

Jacob suspiró pesadamente, temiendo perder el control y apoyó su frente en la de ella.

Unos segundos más tarde, se separó de Sam.

Como había hecho esa noche en su apartamento.

Ella se quedó inmóvil, mirándolo. Su cuerpo aún temblaba por su cercanía.

—El coche tiene las llaves puestas —dijo él—. Puedes marcharte cuando quieras, no seré yo quien te lo impida.

Sam enarcó las cejas, ¿era una especie de truco o algo?

—¿Te quedas conmigo?

—No —dijo él con seriedad.

Metió sus manos en los bolsillos y continuó mirando a esa preciosa y despampanante mujer.

—A ver si yo me entero —comenzó Sam, sintiéndose un poco imbécil—. ¿Te has tomado todas estas molestias (con la ayuda de mi hermana, a quien ya mataré) para ahora dejarme ir como si nada?

—En ningún momento quise retenerte contra tu voluntad.

—Claro que no, por eso me drogaste... —él enarcó las cejas— Sedaste —ella puso los ojos en blanco al rectificar, porque para ella la palabra más acertada era la primera— para traerme hasta aquí.

—Ya te lo expliqué.

—¿Y me dejas marchar sin más?

—Sí.

Y Sam sabía que lo decía en serio. Porque lo veía en sus ojos, no estaba bromeando.

—Ah... —pero no entendía una mierda.

Jacob esperó unos segundos, observándola con atención. Después se dio la vuelta, necesitaba tomar algo.

—¿Por qué? —preguntó ella.

Jacob se paró, pero no se giró a mirarla.

Tampoco tenía que hacerlo como ella tampoco tenía que explicarse mucho más.

Se conocían, para fortuna o para desgracia, bastante bien.

—Porque no te quiero aquí forzada —¿no lo entendía? Porque para él era evidente—. Quizás no lo entiendas, pero si te quedas, quiero que sea porque lo desees.

—Esto es una locura, Jacob.

Eso él no podía negarlo. Porque con ella siempre lo era. Esa mujer conseguía lo que ninguna otra.

—Lo sé. Todo es una jodida locura.

Fue hasta la cocina, le vendría bien un trago.

Sam se quedó mirando cómo él desaparecía de su vista. ¿En serio la dejaba marchar?

Levantó una de sus manos y la puso sobre el picaporte de la puerta que tenía a su espalda. Esta se abrió.

Así, tan fácilmente.

Dudó unos segundos, pero terminó corriendo. Saliendo de esa casa y montándose en el coche cuando lo localizó. Jacob no le había mentado, las llaves estaban puestas.

Sin pensarlo más, arrancó y se marchó de allí mientras se ponía el cinturón de seguridad.

Tenía que volver a casa ya.

Jacob oyó cómo Sam arrancaba el coche y cómo derrapaba antes de escucharlo desaparecer en la lejanía. Bebió un largo trago de whisky y dejó el vaso, casi vacío, sobre la mesa.

Cerró los ojos con fuerza y dejó caer la cabeza hacia atrás.

Lo volvía loco, siempre lo había hecho. Solo que hasta hacía poco no fue consciente de que lo hacía en todos los sentidos.

Esa bruja lo tenía hechizado.

Supo, desde esa mañana en la que se despertó con la rubia de bote en su cama, que no era a esa mujer a quien quería allí. Ni a esa ni a ninguna otra que no fuera Sam.

Solo podía ser ella.

Y entonces el sueño cobró sentido. Tenía que impedir esa boda. Ella no podía casarse.

Joder, ellos merecían una oportunidad y ser algo más que un jodido error.

Y él... Él no podía perder siempre, ¿no?

No tardó demasiado en escuchar cómo ella volvía, el sonido del coche llamando su atención, sacándolo de sus pensamientos. Abrió los ojos y miró a la puerta, hasta verla aparecer.

Sam había estado luchando contra el impulso de volver un buen rato, pero le había sido imposible. Sobre todo porque tenía preguntas y necesitaba las respuestas.

Así que sin poder quitarse de la mente cómo la miraron esos ojos verdes mientras la tenía inmovilizada contra la puerta, sin poder olvidar el deseo que había visto en ellos, maldijo y tras golpear el volante y maldecir a ese guaperas una decena de veces, dio un giro de ciento ochenta

grados y volvió.

Ahora volvía a mirarlo. Ella esperaba una sonrisa de satisfacción o petulancia en el rostro de Jacob, pero no fue eso lo que encontró.

¿Era sorpresa?

Jacob os puede asegurar que en parte sí. Porque aunque una parte de él sabía que ella no podía marcharse, el miedo estaba ahí. Así que sí, un poco de sorpresa había. Y nada de engreimiento, solo alivio por verla de nuevo.

Y una parte de esperanza porque eso podía ser un triunfo para él.

—¿Por qué? —susurró ella.

Jacob lo meditó unos segundos, terminó de beberse lo que quedaba en su vaso y la miró.

—Porque es como debe ser.

—¿El qué, Jacob? ¿Que me fuerces a...?

—No te he forzado a volver —la interrumpió él.

Y en eso tenía razón. Estaba ahí porque ella lo había elegido.

—Solo volví porque necesito respuestas.

—Pregunta entonces.

—Me voy a casar —dijo ella, reconociéndoselo a él por primera vez.

Él apretó la mandíbula.

—Y no lo supe precisamente por ti —le dolía eso.

—¿Y para qué querías saberlo? No habría cambiado nada.

Y quizás ella tenía razón en eso. ¿O no?

Quizás él no la habría tocado de saberlo.

O quizás la habría tocado más, para que no se casase. Como quería hacer en ese momento.

—Tenías que habérmelo dicho tú —le reprochó él.

—¿Yo? ¿Qué obligación tengo yo contigo? —ella estaba alucinando— Solo dame las respuestas que necesito y me iré.

—Haz las preguntas.

—¿Por qué? —repitió.

—Porque tiene que ser, Sam.

Y dale con lo mismo, ¿pero qué clase de respuesta era esa?

—Joder, Jacob —resopló, agobiada—. Mejor déjalo así —porque para qué seguir dándole vueltas al asunto—, lo nuestro fue un error, yo me voy a casar.

—Eso no es una pregunta.

—Eso es una afirmación.

—Eso es una gilipollez —gruñó él.

Se levantó y se acercó lentamente a ella. El instinto de Sam, al ver su mirada, fue el de salir corriendo.

No por miedo, al menos no en ese sentido. Sí por temor a su cercanía, a caer de nuevo.

Bastantes pesadillas tenía ya con lo que había hecho.

Aun así, se quedó ahí, clavada en el sitio, intentando no temblar cuando se paró delante de ella, sus cuerpos casi rozándose, sus rostros muy cerca. Tanto que parecía que ella también había bebido alcohol.

—No te vas a casar —dijo él con seguridad.

—Ah, ¿no?

—No.

—¿Porque tú lo digas! —exclamó.

—No, bruja. Porque no lo quieres.

Ahí estaba, dicho simple y llanamente.

—Claro que quiero a Brent.

—Y yo quiero a Brent. Todos quieren al buenazo de Brent. Pero lo haces como todos, lo quieres como se quiere a un amigo —observó sus ojos negros.

—¿Qué demonios sabrás tú? —escupió ella.

—Te tuve entre mis brazos, Sam. ¿De verdad crees que no te conozco?

—No me jodas con eso. No tienes ni puta idea de nada.

—Te conozco —insistió él—. Y puedes mentirte a ti misma todo lo que quieras, pero conmigo no lo intentes. A mí no puedes mentirme.

—No miento.

—Lo haces. Te estás engañando y lo sabes.

—No me conoces tanto como crees.

—Te conozco lo suficiente para saber que si de verdad lo quisieras como se quiere a una pareja, no te habrías acostado conmigo.

—Soy humana, cometo errores, pero yo... —Sam tragó saliva, ahí sí que la había dejado sin palabras.

—Tú —suspiró él—. Tú eres un completo dolor de cabeza para mí, me vuelves loco —dijo como atormentado.

Sam frunció el ceño, sin saber a qué venía eso.

—¿Qué quieres de mí, Jacob?

—Pensé que ya lo habías entendido. Te quiero aquí, conmigo, un par de días.

—¿Pero por qué?

—Porque te quiero mía.

Ella negó con la cabeza, no se lo podía creer. ¿A qué venía todo aquello?

—Estás loco.

—¿Y tú no? Porque sigues aquí —le recordó él.

Ella apretó la mandíbula, sin gustarle que le recordase eso. Ella solo había ido a obtener las respuestas que necesitaba y ya.

—Yo tengo que irme —se giró y él no la paró.

Ella se quedó quieta entonces, pero la reacción de Jacob no llegaba.

Notó entonces el cuerpo de él pegado a su espalda y su cálido aliento en su oído.

—¿Por qué no lo haces? —susurró.

Ella sabía que tenía que irse, pero no podía. Cerró los ojos, torturada. Sabiendo que, en el fondo no quería marcharse.

Como sabía que no quería casarse, pero tenía que hacerlo. No podía hacerle ese daño a Brent.

—Joder —sentía que iba a llorar por la frustración.

¿Qué demonios le ocurría con ese hombre?

—¿Sabes por qué no lo haces, bruja? Porque me deseas tanto como yo a ti —susurró Jacob.

Moría por besarla en ese momento y volver a hacerla suya.

—¿Qué quieres de mí, Jacob? —la voz de Sam, atormentada, iba a llorar.

—Solo dos días de tu vida. Gírate —le ordenó y ella lo hizo, encontrándose con el rostro de Jacob que la miraba con deseo—. No te tocaré si no quieres, ni siquiera me acercaré. Te lo juro. Pero necesitamos esta tregua.

—No tiene sentido y lo sabes.

—Quizás no, pero ¿qué importa eso?

—Me voy a...

—No lo digas más —le advirtió él—. No mientras estés conmigo.

—Pero es lo que va a pasar, ¿no lo ves?

—Joder —resopló él y se separó de ella—. ¡Y me joderé si es así! —exclamó él— Incluso os desearé felicidad —dijo con rabia—. Pero si te quedas conmigo estos días, no quiero escuchar una palabra de esa maldita boda.

—¿Esperas que me quede aunque me case después?

Sam estaba alucinando, no entendía nada de lo que pasaba por la cabeza de ese hombre.

—Espero que te quedas porque deseas hacerlo. Porque necesitas hacerlo. Y si después de volver decides casarte, no seré yo quien te lo impida.

—¿Y qué sentido tiene todo esto?

—¡Que no he podido sacarte de mi cabeza estas putas semanas! —gritó, sorprendiéndola con esa revelación.

¿Eso era cierto? Ella pensó...

Bien, después de todo lo que pasó no podía dudar que deseo había, si no él no habría tenido nada con ella. Pero de ahí a todo lo que estaba haciendo...

Sam se iba a volver loca sin entender.

—No estás pensando bien.

—Mejor que nunca, créeme.

—Quieres que me quede contigo porque necesitas esos días.

—Sí.

—¿Para qué?

—Porque me estoy volviendo loco, Sam.

Ella también, no era el único.

—¿Y no me vas a tocar?

—No haré nada que no quieras.

—Todo esto es una locura.

—Lo sé, pero yo necesito estar cerca de ti —esa era la verdad—. Necesito saber por qué no te he podido sacar de mi mente desde ese día —ese día en el que los dos se dejaron llevar.

—Eso es egoísta.

—¿Eso crees? ¿Eso me dice quien me nombra en sueños?

—Eso es un golpe bajo —dijo ella, furiosa.

Mataría a Jess, eso lo tenía claro.

—No, Sam. Esa es la verdad. Eso me lo dice la mujer que tiembla cada vez que me tiene cerca.

—Creído —gruñó ella.

Pero era cierto, ese hombre la hacía temblar. Lo había hecho siempre, ella lo sabía muy bien.

—No, bruja. Contigo no he sido más que un perdedor.

Y un maldito cobarde, se dijo a sí mismo.

A Sam le dolió ese comentario y ver cómo lo decía de verdad, era eso lo él que sentía.

¿Perdedor? Ella quería reír. Él no tenía ni idea de lo que era sentirse así.

Y de lo que él había sido siempre para ella.

Sam no dejaba de pensar, parecía que su cabeza iba a comenzar a echar humor. Y aún sin

entenderlo...

—Si me quedo...—tragó saliva— ¿Respetarás mi decisión? ¿La de ahora y la de la boda?

Él levantó un poco las manos y las dejó caer en un gesto de ¿cansancio?

—¿Acaso no lo he hecho siempre? —sí, sí lo había hecho. Aun cuando no tenían la mejor relación del mundo, siempre había respetado lo que ella había elegido— Respetaré lo que decidas te quedes o no —juró.

Ella sabía lo que significaba eso. No la estaba coaccionando de ninguna manera. No era un chantaje. Él no quería que se quedara para asegurarse de que él no jodería su boda.

Él la quería ahí por propia voluntad.

Y ella debería olvidar todo, olvidarse de él y marcharse de ese lugar. Porque dos días con Jacob no iban a traerle más que problemas.

Y bastante jodida tenía su mente ya desde la última vez que lo vio.

Su mente y su cuerpo, porque sus nervios iban a acabar con ella.

Jacob casi era capaz de leer los pensamientos de Sam. La conocía mejor de lo que ella misma imaginaba.

Sabía que ella lo miraba a los ojos buscando la verdad. Y era lo que iba a encontrar.

—Supongo que será un secreto más añadido a nuestra lista —suspiró ella, sin fuerzas para marcharse.

Aceptando que era débil cuando de él se trataba.

Necesitando quedarse para averiguar qué era lo que él necesitaba de ella.

Entonces, al escuchar eso, fue cuando Jacob sonrió.

—Tenemos unos cuantos —y aún más tenía él que no le había contado.

—Sí —sus hermosos labios sonriendo, por fin. Su cuerpo abandonando la tensión.

—Me gusta verte sonreír —susurró él.

—Jacob...

—Te prometí no tocarte si no quieres, pero voy a prometer callarme lo que siento, Sam. Ya lo hice durante mucho tiempo—. ella no entendió esto último y él tampoco le dio oportunidad para preguntar—. ¿Te quedas?

No, Samantha, di que no.

—Dime que tenemos chocolate.

Jacob soltó una carcajada al ver su cara de desesperación. Más que nada por los nervios que él sentía, el miedo a que dijera que no.

Tenía dos días, solo dos días para aumentar las dudas en ella y para conseguir que no se casase.

Y habiendo prometido no tocarla, iba a ser difícil ganar.

Pero lo intentaría.

Si la vida le daba esa oportunidad, iba a aprovecharla al máximo.

—Con leche y almendras. Pero no recuerdo bien si es el que te gustaba —bromeó Jacob.

Sam gimió. Hacía tanto que no comía su chocolate favorito por no engordar y caber en el vestido de novia...

—Mierda —dijo Jacob al escucharla gemir así—. Necesito una ducha fría. Va a ser un jodido martirio —salió de la cocina, dejándola a ella allí.

Y Sam tenía, sin poder evitarlo, una sonrisa en la cara.

Era extraño, porque aunque nunca se habían soportado y siempre se habían llevado a matar, ahí estaban.

Con una tregua.

Sin sentido, pero una tregua.

Y en busca de respuestas a muchas preguntas que ella necesitaba tener.

Y, además, haciendo, de nuevo, algo prohibido los dos.

Juntos.

Debería huir, lo sabía.

Pero que Dios la perdonara porque no lo iba a hacer.

Capítulo 8

Era ya de noche cuando Sam bajó las escaleras. Después de que Jacob bajase duchado, era el turno de ella. Había tardado más de lo normal, pero al ver esa bañera no había podido resistirse y la había llenado de agua.

Tenía el cuerpo tenso.

Y la mente también. Pero esta era más difícil de relajar.

Todavía escuchaba voces en su cabeza que la instaban a seguir corriendo y, sin embargo, no quería hacerlo.

Quería estar cerca de él antes de que lo que fuera que ocurriese entre ellos se terminase para siempre.

Porque ella había soñado muchas veces con vivir algo así con él.

¿Cómo rechazarlo cuando la vida se lo ponía en bandeja?

Aunque fuese por un corto espacio de tiempo, se sentiría, por una vez, algo querida por él.

No odiada, como se había sentido siempre.

Era muy egoísta y lo sabía. Pero una vez que diera el “Sí, quiero”...

Tras un largo baño, bajó. Dio un paseo por la planta baja. Era una casa bonita. No demasiado grande, adornada un poco anticuada, pero preciosa.

No pudo evitar, mientras observaba cada rincón, imaginarla reformada y adornada a su gusto.

Abrió la puerta principal y se quedó en el porche, haciendo lo mismo. Una hamaca ahí, una mesa de madera allí...

Con una sonrisa, volvió a entrar y terminó saliendo por la puerta que daba a la parte trasera.

Y ahí estaba él.

Jacob había preparado la cena y la había dejado sobre la mesa del porche trasero. Había encendido un par de velas. Con eso y la luna, era suficiente.

—Dios mío...

Y es que Sam no solo se había quedado sorprendida por el detalle y por lo guapísimo que estaba él, sino por el paisaje que tenía frente a ella.

El mar.

—Es precioso, ¿verdad?

Aunque no tanto como tú, pensó él.

Llevaba un vestido blanco de tirantes, algo holgado, que lo había puesto, rápidamente, como una moto.

Ya iba a estar duro toda la noche.

Joder, refunfuñó en su mente.

—Yo... No me había dado cuenta que estábamos en primera línea de playa —la inocencia en ella. Algo que siempre le había gustado, aunque nunca se lo hubiese dicho.

—Estabas más centrada en salir corriendo —rio él.

—Y es lo que quiero hacer —dijo con seriedad.

Pero ambos sabían a qué se refería. Así que Jacob la miró y esperó a encontrarse con esos preciosos ojos.

—¿Y qué te lo impide? —él sabía que era ella misma la que se ponía esos tontos límites— Hazlo.

Sonó como si fuese una orden y es que en parte lo fue.

Sam hacía mucho que había dejado de hacer lo que ella necesitaba o quería por anteponer a los demás. Así que lo que le hacía falta en ese momento era alguien que le diese la seguridad que ella necesitaba.

La seguridad de saber que no tenía que pensar. Que podía actuar como sintiese.

Ser ella misma.

Y Jacob era el hombre indicado para eso.

Tan indicado que por él estaba ahí, cometiendo la mayor locura de su vida y convirtiéndose en la persona más infiel del mundo.

Porque era él.

Sin pensárselo, Sam se quitó los zapatos y bajó las escaleras del porche a toda prisa.

Jacob se sentó en el muro de madera que definía esa zona de la casa y la miró, sonriendo al verla correr por la arena y al escucharla gritar por la emoción.

Parecía una niña pequeña y él no podía dejar de sonreír al verla así.

Libre.

Así se sentía Samantha en ese momento y lo estaba disfrutando al máximo.

Llegó a la orilla y se mojó los pies. Saltó, mojando su ropa por las salpicaduras del agua. Terminó tirada en la arena, con los brazos y las piernas abiertas y mirando al cielo.

—Vamos, bruja, tengo hambre —Jacob apareció de pie, junto a ella. Con los brazos cruzados y sonriendo.

—¿Y si no quiero?

—No creo que digas que no a una pizza con pepperoni.

—Mierda —gimió Sam antes de levantarse de un salto y salir corriendo mientras Jacob la seguía, riendo a carcajadas.

Sam se acercó a la mesa y se fijó en la cena.

—Te estás asegurando de que no me case engordándome, ¿verdad? El vestido de novia no me va a entrar así.

Era una broma, pero notó cómo le cambió la cara a él de repente. Ya no había risas, ya no estaba el chico de hacía unos segundos.

Y ella sintió un déjà vu.

—Jacob...

—¿No tenías hambre? —él, cortante.

Ella maldiciéndose a sí misma por haber jodido ese momento.

Y no es que fuese especial, es que...

Joder, ni ella lo sabía ya.

—Sí, claro —tomó asiento y cogió la copa de vino cuando él se la ofreció.

—Llevo, desde el momento en que te vi, con ganas de desnudarte y de follarte, Sam —lo dijo con tanta intensidad que ella tosió, el líquido se le fue por mal sitio. Se limpió los labios y lo miró. Él estaba observando su copa—. Y te juro que no es fácil contenerme. Pero prometí que no usaría nada de eso para impedir tu boda. Y no lo haré. Pero no vuelvas a hablar de ello los días que estemos aquí —levantó la mirada hasta ella—. Porque como vuelvas a hacerlo, te callaré rompiendo mi palabra.

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Sam.

No podía evadir su mirada.

—¿Y cómo lo harías exactamente?

En parte lo retaba, en parte quería excitarlo.

Porque ella aún no creía que pudiese desearla, que todo aquello que él le decía fuese real. Como aún seguía sin creer que ya había sido suya antes.

Pero aquello fue un error. Siempre un error. Esto...

Esto era diferente.

Un error también, porque ella estaba fallando, pero ¿cómo explicar la adrenalina de sentirse deseada por él? Precisamente por él.

Por el mayor imposible de su vida.

No podía decirle que no a eso.

—Ponme a prueba y verás. Lo estoy deseando.

—Tú nunca romperías tu palabra —dijo ella, seria.

Él sintió algo extraño al escuchar la seguridad con la que decía esa frase.

Y era cierta, su palabra era sagrada para él. Pero... Era humano y se trataba de Sam.

Y él sabía buscarse muy bien las mañas.

—Mi palabra queda anulada cuando tú incumples tu promesa. En tus manos está.

Ahora era él quien la retaba.

Samantha tragó saliva. Con Jacob no se podía jugar porque saldría perdiendo.

—Pues sí que hay hambre, sí —dijo por cambiar el tema.

Jacob sonrió al verla coger la pizza y comer. La sonrisa se le borró de la cara cuando la vio cerrar los ojos y poner cara de puro placer.

Mierda, pensó. Todo eso iba a ser más difícil de lo que él imaginaba.

¿Para qué demonios había tenido que prometer nada? Tenía que estar follándosela hasta dejarla sin respiración para demostrarle que no podía casarse con otro.

Pero no, él tenía que hablar más de la cuenta.

Y convertir todo aquello en un jodido martirio.

Sam abrió los ojos y se quedó quieta, los ojos de Jacob echaban fuego mientras la miraban.

Tragó lo que tenía en la boca y se limpió con la servilleta.

De repente suspiró, sintió que todo aquello le quedaba grande.

Habían sido muchas noches malas, muchas horas de arrepentimiento.

—He pensado, en todo momento, que aquello que ocurrió entre nosotros solo fue un error —ella se limpió una solitaria lágrima que le cayó por la mejilla cuando la culpabilidad volvió a apoderarse de ella—. Que solo fue un momento de debilidad.

—En todo caso serían tres —le recordó él.

Ella asintió. Sí, los contaba bien.

—Tres —confirmó ella.

Jacob se bebió el vino de un trago y dejó la copa en la mesa. Se apoyó en la silla y la miró fijamente.

—Los errores han sido otros, Sam. No esos.

—¿Cuáles? —susurró ella.

Porque necesitaba entender qué ocurría de verdad allí.

—Para eso estamos aquí, para que los descubras.

—¿Tú los has descubierto?

—No sé si todos, pero algunos sí.

Ella asintió con la cabeza.

—Nos odiamos, eso sí es verdad —le recordó, intentando ponerle algo de lógica a todo aquello.

Porque siempre se habían llevado a matar. Nunca se habían podido ver.

Joder, ¡si se habían insultado desde que aún eran unos niños!

Y por eso no entendía cómo podían estar ahí en ese momento, sentados el uno frente al otro.

¿Cómo habían llegado a eso?

¿Por qué se había quedado ella allí?

—¿Me odiaste esas tres veces? —le preguntó él.

—Te odié después —aseguró ella, recordando la culpabilidad, las palabras hirientes. Incluso los silencios.

Jacob asintió, como si lo entendiera todo.

—Ahí tienes una de las respuestas.

Samantha frunció el ceño. ¿Qué respuesta? Si en su cabeza todo estaba más liado, si es que eso era posible.

Viendo que no lo entendía, Jacob se levantó lentamente. Se acercó a ella y se colocó detrás. Se agachó hasta que su boca quedó justo a la altura de la oreja de Sam.

—No me odiaste mientras, ¿verdad?

Un escalofrío recorrió su cuerpo, como ocurría siempre que lo tenía cerca.

—¿Mientras? —ella casi se ahogó con la palabra.

—Mientras te hacía mía.

No, no lo odió en esos momentos. En esos instantes solo podía pensar en él.

Él aspiró su aroma y ambos cerraron los ojos.

Jacob abrió los ojos. Maldita tortura se provocaba a sí mismo. Se enderezó y suspiró pesadamente.

—Hasta mañana, bruja.

—¿Te vas? —ella se giró y vio cómo él ya le daba la espalda.

—Estoy cansado y se me ha quitado el hambre —llegó hasta la puerta y se paró—. Yo nunca te odié, Sam —dijo él, sorprendiéndola—. Ni antes. Ni durante. Ni después —giró la cabeza y la miró de reojo—. No lo hice en el pasado. Y creo que no podré hacerlo nunca.

La dejó allí, sin entender la mitad de la conversación. Con esas últimas frases repitiéndose en su mente.

“Yo nunca te odié, Sam.”

“Ni antes.”

“Ni durante.”

“Ni después.”

Eso no era cierto, sí la había odiado. Joder, si le hablaba como si fuese lo peor.

“No lo hice en el pasado y creo que no podré hacerlo nunca.”

Mentira. Era una jodida mentira. Estaba jugando con ella, estaba segura de eso.

—Maldito imbécil —gruñó, enfadada.

¿De qué iba todo eso? ¿Era parte de su juego? ¿Era parte de su plan?

¡Claro que sí! ¿Qué más podía ser si no?

Pues si pensaba que después de soltar aquello iba a irse a dormir tan tranquilo creyendo que la muy imbécil, que era como él la veía a ella, iba a creerse semejante mentira...

¡Y una mierda!

Iba a enfrentarse a él como debía haberlo hecho horas atrás. Porque con ella no iba a jugar.

Capítulo 9

—¡No me jodas! —exclamó ella con rabia, abriendo la puerta del dormitorio de Jacob. Sin llamar. Y así se lo encontró. Medio desnudo y a ella casi le da allí un infarto al corazón. Jacob se había quitado la camisa azul que llevaba esa noche. Siempre le había sentado bien ese color, Sam siempre había pensado eso. Pero mejor le sentaba no llevarlo, la verdad.

Joder, Sam, con la mente calenturienta. ¡Para!, se regañó a sí misma.

Como si eso fuera posible mirando al pibonazo que tenía frente a ella, desnudo de torso para arriba, con el pantalón vaquero medio desabrochado...

Sí, así de desabrochado, exactamente como os lo estáis imaginando, con esa uve y todo.

Cómo se podía ser tan perfecto era algo que Sam no podía entender. A Jacob siempre le había gustado el deporte y bueno, siempre había tenido un buen físico, pero ¡es que ese hombre mejoraba con los días!

La madre que lo parió, qué buen trabajo hizo.

No os voy a decir que Jacob fuera el típico musculitos. No lo era. Pero estaba bien definido. Muuuuyyyy bien.

Y Sam... Sam no podía respirar.

Jacob esperó, satisfecho además, a que Sam terminara con el repaso al que estaba sometiendo a su cuerpo. Maldijo porque se iba a correr en los pantalones si ella seguía mirándolo así.

Qué triste, con esa mujer se convertía en un quinceañero inexperto.

Céntrate, Jacob. Que no se diga..., pensó.

Pero la mente de Jacob no funcionaba en ese momento. Y cómo hacerlo si tenía toda la sangre entre las piernas.

Sam carraspeó cuando se dio cuenta de ello y volvió a mirarlo a los ojos. Jacob estaba con una ceja enarcada, esperando a que ella siguiese hablando.

O eso pensó Sam.

Pero se equivocó, porque habló él. Además, picándola un poco más.

—Ya te dije que no iba a hacerlo, tranquila —bromeó para sacarla de quicio a ella y para relajarse él, que iba a estallar.

—No me toques el c... —se cayó cuando se dio cuenta, por la sonrisa de él, que con esa expresión iba a meter, aún más, la pata— ¡¿De qué vas?! —estalló.

—¿De qué voy? —él enarcó las cejas.

—Sí, ¡¿de qué vas?! No puedes decirme lo que me dijiste y ¡acostarte a dormir como si nada!

—¿Exactamente a qué te refieres?

—A que no me odiaste.

—No lo hice —le aseguró él, pero ella parecía no escucharlo porque siguió hablando atropelladamente.

—A que no me odias. ¡A que nunca podrás hacerlo! —gritó.

—Es la verdad, Sam.

—¿La verdad? —ella abrió los ojos de par en par— La verdad es que me has odiado siempre —dijo ella, enfadada, acercándose a él. Jacob no se movió—. La verdad es que me has tratado siempre ¡como a lo peor! —llegó hasta él y lo empujó. Jacob no se movió y dejó que ella sacase todo lo que necesitaba, lágrimas incluidas por la tensión de lo que vivía, por los remordimientos,

por todo—. La única verdad es que ¡nunca he sido suficiente para ti!— lo golpeó de nuevo, varias veces, hasta que cayeron los dos en la cama— Cualquiera lo era, ¡cualquiera menos yo!

Fue entonces cuando Jacob agarró sus manos y se colocó sobre ella, inmovilizándola. Esperaba que ella se resistiese, pero no lo hizo.

Solo lloró.

Tenía las manos de Sam agarradas con una suya, así que levantó la otra rápidamente y limpió sus lágrimas.

Ella cerró los ojos con fuerza, a ver si así dejaba de llorar. Pero no rechazaba las caricias de Jacob.

—Nunca te he odiado —juró él.

—Lo hiciste —lloró ella—. Siempre me tratabas tan mal...

—No, bruja, no llores —limpiaba sus lágrimas, arrepentido por eso.

—Yo quería a mi amigo —lloraba ella, soltando parte de lo que tenía dentro, como si no se diese cuenta de lo que decía—. Y él me dejó a un lado. ¿Tan poca cosa era? ¿Tan mierda era? — lo mismo que le había preguntado años atrás.

—Joder, Sam, no digas eso. No es así.

—¿Por qué ahora, Jacob? —lo miró a los ojos, los suyos brillantes y cargados de lágrimas.

—Quise odiarte —reconoció él—. He intentado hacerlo hasta esta misma noche. Pero nunca puedo —ella no entendía qué quería decir eso—. La única verdad aquí y ahora es que muero por besarte. Muero por hacerte mía.

—Jacob —no podía seguir por ahí, no podía acariciar su rostro así.

Esa no era la respuesta que ella necesitaba.

—La verdad es que daría todo solo por tener la oportunidad de vivir estos días contigo. Como si nada más existiese. Solos tú y yo cuando estamos juntos.

—¿Matándonos? —suspiró ella.

—De placer.

Dios... Eso sí que era una respuesta.

Sam no supo qué decir, ni siquiera sabía si podía respirar.

Jacob siguió limpiando sus mejillas de lágrimas y tras un suspiro, acercó su boca a la frente de Sam y la besó.

Se quedó ahí, con sus labios en ella unos largos segundos. Como había hecho aquel día tras el telón para calmarla.

Después de eso, se levantó.

—¿Adónde vas? —preguntó ella.

—A tomar un poco el aire —o iba a terminar haciendo algo que no debía, porque su cuerpo estaba al límite y estuvo a nada de besarla, pero en los labios.

Sabía que haciéndolo, las barreras de Sam se irían al traste, pero no era así como la quería.

Tenía que ir ella a él con las ideas muy claras.

Sam lo vio salir por la puerta y cerró los ojos, dejando que las lágrimas siguiesen saliendo sin control. Se puso de lado, agarró sus rodillas y se quedó así, como si fuera una niña pequeña, dejando salir todo lo que llevaba dentro.

La primera vez que estuvo con él, años atrás, había terminado de esa manera, en su cama, quedándose dormida mientras lloraba, entre otras cosas, porque Jacob fue el chico que la convirtió en mujer.

Ninguno de los dos esperaba eso, pero así ocurrió...

Capítulo 10

“Quince años atrás...

Jacob había pasado un rato con la pandilla y Sam no estaba allí. Pero él no podía preguntar porque de todos era bien sabido que no se podían ni ver, así que...

Aguantó lo que pudo y terminó por levantarse, dispuesto a poner una excusa para ir a buscarla. Fue entonces cuando la nombraron.

—¿Sabes algo de Sammy? —le preguntó Mary, una de las chicas, a Brent.

Brent ya era, desde hacía un tiempo, novio de Sam. Y desde ese momento, la relación de Jacob con ella había empeorado, se llevaban aún peor.

Y no les importaba Brent. A Jacob le daba igual que él fuese su mejor amigo, los problemas que él tenía con su novia eran de ellos dos.

Brent ya estaba acostumbrado, así que pasaba un poco del tema. Porque las veces que había intentado intervenir, salió perdiendo. Así que...

Los tres eran amigos, que arreglasen ellos sus diferencias, ¿no?

O mejor no, por él podían seguir matándose, más tranquilo se quedaba.

—Está en casa, descansando. Estuve con ella en el hospital y la dejé allí cuando su madre la obligó a que se marchara.

Un momento, ¿qué?

—¿Hospital? —Jacob frunció el ceño— ¿Qué ha pasado?

Él había pasado el fin de semana fuera, apenas había vuelto a casa hacía un par de horas.

—El padre de Sammy está ingresado desde ayer. Al parecer no hay esperanzas —le explicó Brent.

Joder.

—Dile de mi parte que lo siento y que espero que se recupere.

Brent suspiró y asintió con la cabeza.

Jacob puso como excusa lo cansado que estaba del viaje y que necesitaba descansar y se marchó.

Pero no hasta su casa, sino hasta la cueva.

Porque dudaba que Sam estuviese en su casa si vivía algo así. Claro que eso solo lo sabía él. Y no se equivocó.

Entró y la escuchó sollozar. Sintió que le estrujaban el corazón.

Y la única manera que él sabía que podía conseguir terminar con sus lágrimas, era sacándole la rabia. Y eso era lo que intentó hacer.

—Creía que las brujas no sabían llorar —dijo mientras entraba en la cueva.

Samantha apretó los dientes, los labios convertidos en una fina línea. Se limpió rápidamente las lágrimas que corrían por sus mejillas y levantó la cabeza, altanera, mientras ese idiota se sentaba a su lado.

Ni siquiera se miraron, ambos con la mirada al frente.

—Déjame en paz.

—¿O era que no podían?

—No creo que te interese dado que, al parecer, la única bruja que conoces soy yo.

—Mira, buen punto —sonrió él, forzándose a hacerlo aunque ella no lo supiese—. Pero nunca está de más aprender, aunque sea de alguien como tú.

—¿De alguien que no aporta nada, quieres decir? —una lágrima cayó de nuevo por la mejilla de Samantha y ella la limpió con rabia— ¿O de alguien tan mierda como yo?

—Sam —le advirtió él.

Habían discutido días antes, como siempre y a él se le había ido la lengua. Menos mal que estaban los dos solos en ese momento porque si no, se habría comido el puño de todos los demás.

Y a lo mejor debería de haber ocurrido algo así, se lo tendría merecido. Por gilipollas.

—Déjame, por favor —rogó ella, las lágrimas cayendo, de nuevo, por sus mejillas.

—Lo siento —era la primera vez que se disculpaba desde que dijo esas palabras—. De verdad que lo siento.

—¿A qué has venido, Jacob? Hoy no quiero discutir. ¿Puedes dejar el odio para otro momento?

Esa fue la primera vez que ella usó esa palabra.

—¿Crees que te odio?

—Qué más da.

Claro que daba, él no lo hacía. Él sentía rabia, algo que no podía explicar, pero no odio.

Joder, él se preocupaba por ella, ¿cómo ella no podía verlo?

Sam suspiró. No tenía ganas de nada. No sentía fuerzas para nada. Menos aún para aguantar a Jacob.

No quería ni verlo. Era a la última persona que necesitaba tener cerca.

Solo le haría más daño.

Suspiró pesadamente, quería largarse de allí. Ya ni en ese lugar podía esconderse.

—Hoy no estoy para tus estupideces —fue a levantarse, pero él la agarró de la muñeca con rapidez.

—Sam... Joder —apretó el agarre— Perdón —la miró a los ojos—. Por favor, lo siento, yo...

—Déjame —intentó librarse de su agarre.

Él suspiró. No quería que se fuera.

—Pero no te vayas.

¿Casi había sonado el por favor? ¿No era una orden?

Además, ¿qué demonios hacía él en ese lugar? No tenía que molestarla, no ahí. No en un momento como ese.

—Te lo han dicho —y Sam no sabía por qué, pero que la tratase con pena la hacía sentir aún peor.

Él tiró de ella y la hizo sentarse a su lado, de nuevo. Entonces la soltó.

—Sí.

Y se quedó allí, en silencio, mirando hacia el frente.

—¿Y no vas a decirme que todo irá bien? ¿No vas a mentirme como los demás?

—No —dijo él con seguridad—. No puedo decirte lo que no sé. Ni creo que necesites ese tipo de palabras.

—¿Qué crees que necesito?

Él la miró seriamente.

—Solo alguien que esté de verdad aquí. Contigo.

Fueron unos segundos, ver cómo ella lloraba de nuevo ante esas palabras y cómo Jacob no pudo soportarlo y limpió sus lágrimas antes de tapar el sollozo con sus labios.

Fue la primera vez que se besaron.

Fue la primera vez que ella se sintió mujer.

Después de eso y de que los dos se marcharan sin decirse nada el uno al otro, la relación entre ellos fue a peor.“

Capítulo 11

Sam abrió los ojos un rato después. Miró la hora en el pequeño reloj despertador de la mesilla de noche y bostezó.

Las dos de la mañana.

Se levantó de la cama de Jacob, dispuesta a buscarlo, miró en el dormitorio donde debía de dormir ella, pero él no se había acostado allí. Bajó las escaleras y echó un vistazo por la casa, extrañada y asustada al no verlo.

Salió fuera y suspiró de alivio cuando vio su silueta. Estaba sentado casi en la orilla, con los brazos alrededor de las rodillas y mirando al infinito y oscuro mar.

Fue entonces cuando supo que lo necesitaba cerca. Necesitaba sentirlo en ese momento.

Se abrazó a sí misma cuando el aire frío caló en sus huesos y caminó lentamente hasta él.

—Jacob —susurró ella cuando llegó a su lado.

Él negó con la cabeza. No tenía ganas de discutir más. Era suficiente.

Había intentado dormir y le era imposible.

—No quiero hablar más, suficiente por hoy —dijo él, agotado.

Y dolido por conocer lo que ella sentía. Asqueado con él mismo por haberla hecho creer que la odiaba.

Entre tantas otras cosas.

Ella asintió con la cabeza, aunque él no la veía. Lo entendía, ella tampoco quería más guerra.

Pero no había ido por eso.

—Soy egoísta —dijo.

Él no respondió, ni la miró. Ella, en un acto de valentía, levantó su pierna e hizo que él separa las suyas para sentarse entre ellas. Jacob se había quedado sin saber cómo reaccionar.

—¿Se puede saber qué haces?

Ahora fue ella quien no respondió. Se acomodó entre las piernas de Jacob, apoyó su cabeza en el pecho de él y suspiró.

—Necesito que te quedes aquí, conmigo —dijo recordando las palabras que él había pronunciado una vez, su primera vez—. Solo eso.

—No puedo hacer solo eso, Sam —la sinceridad en la voz de Jacob.

—Lo sé —dijo ella, como tampoco podría tenerlo cerca y no tocarlo.

Pero cogió las manos de él e hizo que la abrazara por la cintura.

Jacob suspiró pesadamente, torturado. Dejó caer su cabeza en el hombro de ella.

—Eres una dulce tortura —dijo él, atormentado.

Él la apretó un poco más, disfrutando de esa sensación. Algo tan tonto que podía haber hecho con tantas otras y que hasta ese momento no le había llenado tanto el alma.

Porque las otras no eran ella.

Sam se removió un poco y se giró. Se quedó de rodillas, entre las piernas de Jacob, mirándolo a los ojos.

—Nos queda poco más de un día aquí.

—Sí.

Jacob carraspeó, porque tenía a la altura de sus ojos los pechos de Sam. Y vale que era de noche y la iluminación era mala, pero...

Joder, él podía imaginarlos muy bien.

Sam levantó sus manos y las llevó hasta su escote. Comenzó a desabrochar los botones del vestido.

—Sam...

Jacob no sabía qué iba a decirle exactamente. Y menos mal que ella lo ignoró. Terminó de desabrochar el vestido y se quitó los tirantes, uno a uno, dejando que cayesen por sus brazos hasta que sus pechos quedaron libres.

—Dios —gimió él.

Los observó un poco. Ni demasiado grandes, ni tan pequeños. Justos para que cupieran en sus manos y pudiera apretarlos antes de lamerlos.

Eran como los recordaba.

Deseaba morderlos. Deseaba jugar con ellos horas y horas. Pero no haría nada de eso. Levantó la vista hasta encontrarse con los ojos de Sam y esperó.

—¿No me deseas? —preguntó ella, nerviosa al ver que él no hacía nada.

Y se acababa de poner en bandeja, ¿no era eso lo que él esperaba?

Fue a taparse, pero él fue más rápido y cogió la mano que Sam llevaba hasta sus pechos y la puso en su entrepierna.

—¿Suficiente respuesta? —la voz de él ronca y dura, temiendo perder el control.

—¿Entonces por qué no...?

—¿Por qué ahora, Sam?

Ella tragó saliva.

—Porque necesito sentir que no me odias. Necesito creer que no lo haces.

—¿Tengo que follarte para demostrarte eso?

—Lo siento, yo... —fue a taparse, avergonzada.

—No —él agarró su mano, otra vez, antes de que se tapara—. Mírame —cogió su barbilla y levantó su cabeza, haciendo que lo mirara a los ojos—. Piensa en cada vez que has estado entre mis brazos. ¿No te he demostrado ya cuánto te deseo? Porque si no es así, te juro que me dejaré la vida demostrándotelo. Hasta que lo creas.

—Jacob.

—Pídemelo, bruja. Conmigo es fácil. Solo tienes que pedírmelo y lo tendrás.

—¿Cuando quiera?

—Ahora... Y siempre —sonó a juramento.

Porque él lo sentía así. Sentía que nunca habría nadie como esa mujer para él y que a la mínima palabra que le dijera, él no podría resistirse a ella. No lo había conseguido en años.

—En realidad me tienes en tus manos —dijo él—. Soy yo quien suplica por tenerte. Es lo que vengo haciendo, ¿no lo ves?

—Jacob —Sam tragó saliva, emocionada por ello, entendiendo lo que él quería decir. Las veces anteriores ocurrió, sin más, pero esta...— Hazme tuya.

—Joder —rugió él antes de llegar hasta la boca de ella y devorarla como había venido queriendo hacer desde que la vio.

Y demonios, se iba a correr con un beso.

Dejó su boca y se levantó, la cogió en brazos e hizo que las piernas de Sam se entrelazasen en su cintura.

—Yo quiero aquí —dijo ella besando el cuello de Jacob cuando vio que la llevaba dentro de la casa.

—Y yo, bruja —esa vez no sonó mal, sonó cariñoso—. Pero hay que protegerse.

Y podía maldecir decenas de veces por no llevar un preservativo encima. ¿Pero cómo demonios se iba a imaginar eso a esa hora?

Aunque con Sam todo era así, imprevisible.

—¿Tú has...? —se calló, porque ella no tenía derecho a hacer esa pregunta y, además, tampoco estaba segura de querer saber la respuesta.

—¿Yo he qué? —ya subían las escaleras, él iba bastante rápido.

—Nada.

Pero a Jacob no le gustó la entonación de ese “Nada”.

Así que cuando llegó a su dormitorio y la tumbó en la cama donde había estado dormida hasta hacía poco, se tumbó a su lado y acarició su rostro con dulzura.

—¿Yo qué, Sam?

—Nada —ella fue a besarlo, lo hizo, pero él no dejó que ahondara el beso.

—No sé si sabes que te conozco. Así que dime qué es lo que quieres preguntarme y te ha puesto nerviosa. ¿Qué quieres saber que no te atreves a preguntar?

Pues sí que la conocía bien.

—Solo una tontería —él enarcó las cejas y Sam suspiró. Porque también lo conocía y sabía que no iba a dejar el tema hasta saberlo—. Solo iba a preguntar si desde que tú y yo...

—Desde que tú y yo... —viendo que ella no continuaba, repitió eso, insistiendo en que siguiese.

—Si te has acostado con alguien desde que nosotros... Bueno, ya sabes.

—¿Desde el mes pasado?

Sí, esa había sido la última vez que se habían visto. Cuando ocurrió las siguientes dos veces que estuvieron juntos.

Sam había viajado por un asunto de trabajo y la vida no tuvo otra que juntarlos en una situación algo extraña.

Caprichos del universo.

Terminaron juntos en la cama. Y después intentando olvidar lo que había ocurrido entre ellos.

Porque era así como creían que tenía que ser. Aunque Jacob se diera cuenta, tiempo después y al saber que podía perderla de verdad y para siempre, que era justo lo contrario.

—¿Por qué me preguntas eso?

—Por nada, ya te dije que era una tontería —Sam miró para otro lado, pero Jacob cogió su cara y lo hizo mirarlo—. ¿Por qué nunca dejas las cosas pasar?

—Porque así no se tiene éxito en nada.

—Hombre de negocios...

—¿Por qué me preguntas eso, Sam? —él la observó unos segundos y ella miró, de nuevo, para otro lado. Fue entonces cuando lo entendió— ¿Yo he sido el último? —ella cerró los ojos con fuerza, lo que le faltaba para su ego— ¿Y Brent? Sam —la advertencia en su voz.

Ella lo miró.

—Lo intenté, pero... Los nervios de la boda. Y ya sí puedo decir la palabra porque me vas a follar, ¿no? —dijo rápidamente al ver cómo él enarcaba las cejas al oír la palabra boda.

No las había enarcado precisamente por eso, sino porque estaba alucinando en ese momento.

—Los nervios de la boda —repitió él—. Y una mierda —entonces se abalanzó sobre ella y la devoró.

Se perdió en la humedad de su boca, saboreando cada rincón. Mordiendo esos perfectos labios.

Sam quería más. Más besos de esos labios firmes que la magullaban. Más mordiscos. Más lengua.

Más Jacob.

Estaba completamente perdida en las sensaciones, sin pensar, solo sintiendo cómo ese hombre la hacía temblar.

Los había desnudado a ambos en cuestión de segundos y estaba sobre el cuerpo de Sam, con el preservativo puesto.

—Te prometo que mañana te recompensaré todo el día —la voz de Jacob tomada por el deseo—, pero hoy no puedo esperar más.

—No lo hagas.

—Necesito follarte.

—Hazlo.

Porque ella también lo necesitaba ya. Dentro. Sentirlo suyo.

Entró en ella y los dos gritaron por la sensación que les provocó.

—Joder... —Jacob no podía ni respirar, se había quedado quieto, rezando para durar un poco más, pero le iba a costar la vida. Metió la cabeza entre el cuello y el hombros de Sam— Esto va a ser vergonzoso —suspiró.

Sam rio, no pudo evitarlo. Jacob levantó la cabeza y la miró cuando notó el movimiento de su pecho.

—Jacob —rio ella.

—Normal que te rías —dijo él—. Como me mueva, me corro. Tantas ganas te tengo —resopló.

Ella terminó sonriendo con dulzura y lo besó en los labios. Entonces movió sus caderas y los hizo gemir a los dos.

—Pues nos avergonzaremos juntos —y es que ella no estaba muy lejos de estallar en mil pedazos.

Besándola de nuevo, Jacob comenzó a moverse. Y vergonzoso no llegó a ser, el hombre tenía aguante, pero intenso como nunca para ninguno de los dos.

Cuando terminaron, ninguno podía respirar.

Jacob le dio un beso en la frente y se levantó.

Sam no sabía qué hacer en ese momento. Si levantarse e irse a su cama, si quedarse tumbada.

Jacob apareció rápidamente, andando como se fue, como Dios lo trajo al mundo. Había ido a deshacerse del plástico ese.

Se tumbó en la cama en el momento en el que Sam iba a levantarse.

—¿Vas al baño?

—No.

—¿Entonces se puede saber adónde vas? —preguntó él al ver que ella buscaba algo para taparse.

—A mi cama —Jacob resopló, tiró de ella y la tumbó de nuevo—. Yo pensé...

—No pienses tanto, bruja, no es lo tuyo.

—Oye —dijo ella ofendida, haciéndolo reír.

—Esta es tu cama, Sam. Y no hay más que hablar —los colocó en postura cucharita y besó la sien de ella—. Ha sido un día largo, descansa —la abrazó con fuerza.

Sam no necesitó mucho más para cerrar los ojos y sentirse de todo menos culpable. Porque lo que había vivido con Jacob, era especial.

¿Por qué, con él, siempre era todo diferente?
Tanto lo bueno como lo malo. Con él todo se vivía de forma única.
Y por eso era tan especial.

Capítulo 12

Sam estaba apoyada en el ventanal del salón que daba a la parte trasera de la casa. Tenía una taza de café en las manos y miraba, embobada, el amanecer.

Jacob había despertado y no de muy buen humor al no verla allí. Le entró un poco de pánico de que después de lo que ocurrió entre ellos, ella hubiese salido huyendo.

El alivio lo recorrió cuando la vio allí. Y maldijo cuando, además, vio más trasero del que debía.

Ella se había colocado su camisa, por eso él no la encontraba y se le había quedado subida por atrás.

Joder, si ya se había levantado con una erección pensando en ella... Iba a tener un problema si su miembro reaccionaba siempre así ante esa mujer. E iba a quedarse más imbécil de lo que ya era de por sí porque toda la sangre se le apelotonaba allí abajo.

Sam escuchó sus pasos y dejó la taza en el momento en que él pegó su pecho a la espalda de ella, agarrándola por la cintura para clavarle su miembro.

—Buenos días —gimió ella.

Escuchó cómo se rompía un plástico y ni tiempo le dio a nada cuando él la colocó y la penetró desde atrás.

—Ahora sí son buenos —gruñó él.

Joder y tanto, pensó ella.

Jacob salió y entró con lentitud. Levantó la camisa que Sam llevaba todo lo que pudo y se agachó para besar su espalda. Se dejó caer un poco sobre ella y besó su cuello.

Su oreja...

—Quiero que te corras —gimió en su oído.

Con la mano que no la agarraba, acarició su clítoris y comenzó a salir y a entrar de ella con más rapidez.

Sam estaba empapada, sentía que las piernas le temblaban y cómo no hacerlo con lo que estaba viviendo.

Era el mejor sexo de su vida.

—Jacob...

—Córrete, bruja. Dame lo que quiero —ordenó penetrándola con más fuerza.

Ella no iba a tardar mucho en hacerlo. Así que metió una mano entre los dos y acarició los duros testículos de él.

—Joder —exclamó Jacob cuando Sam apretó un poco por fuera y cuando los espasmos de su orgasmo lo apretaron desde dentro.

Terminó con un grito, mordiendo su hombro.

Se incorporó, se levantó el bóxer y la ayudó a levantarse a ella. La giró y la besó con dureza.

La miró a los ojos y acarició su labio inferior.

—No vuelvas a dejarme solo en la cama al despertar. No me gustó.

Ella sonrió. Había sonado a que lo suyo iría más allá de toda aquella locura. Pero tenían una vida lejos de ese lugar.

—¿Café?

A él no le pasó desapercibido que el comentario la había afectado y se maldijo a sí mismo por haber metido la pata.

—Pero yo lo preparo —le dio un beso en la frente—. El tuyo debe de estar frío, ¿quieres otro?

—Sí, con...

—Con leche y sin azúcar, lo sé —le guiñó un ojo y marchó a la cocina. Mientras preparaba el café, se aseó un poco, la ducha tendría que esperar.

No fue hasta ese momento cuando ella vio su bolso y recordó que los móviles existían. Hasta ese punto la dejaba atontada Jacob.

Corrió, cogió el bolso y rebuscó hasta sacar el dichoso aparato. Un par de llamadas perdidas de su hermana y tres de Brent.

Joder.

Entró en WhatsApp y leyó los mensajes de Jess.

“Espero que sea buena señal que no contestes, a no ser que os estéis matando los dos.”

“Sammy, sé que debes estar enfadada conmigo, pero sé que algún día entenderás por qué lo hice. Ahora, por favor, con que me digas que todo está bien me conformo.”

“Ni tú me coges las llamadas ni Jacob tampoco. No sé si alegrarme o preocuparme.”

“¡Que me llames, joder!”

Sam puso los ojos en blanco. Pues debería de dejarla así, por imbécil. Pero como ya le saldría que los mensajes estaban leídos...

En ese mismo momento, sonó el móvil. Era ella.

—Hombre, hasta que te dignas a responder.

—No debería de dirigirte la palabra, así que no te quejes tanto.

Jess se quedó en silencio al otro lado de la línea.

—¿Sammy?

—¿Qué?

—Estás con él, ¿verdad? —era una afirmación en toda regla.

Samantha suspiró pesadamente.

—Esto es una locura, Jess.

Fue en ese momento cuando Jacob entró en el salón y la escuchó. Dejó las tazas de café sobre la mesa, fue hasta Sam que no dejaba de mirar cómo ese cuerpo se movía de un lado para otro y ya necesitaba un babero, la cogió en brazos, haciéndola gritar y se acomodó en el sofá, con ella encima.

—¿Estás bien? —preguntó Jess.

—Sí —rio Sam y le dio un codazo a Jacob, quien rio.

—Ya veo —la risa había llegado hasta sus oídos—. ¿Entonces no me odias?

—Te lo diré mañana cuando vuelva.

—Vale. Pero Sammy —dijo antes de que esta colgara.

—¿Qué?

—Te quiero.

Sam sonrió.

—Y yo a ti, tonta.

Colgó la llamada.

—¿Asustada por tu reacción? —preguntó Jacob, le dio la taza de café y cogió la suya.

—Acojonada más bien y con razón.

—Ella no tiene la culpa, yo la convencí. Lo que sea, cárgalo contra mí.

No era del todo cierto, porque si no llega a ser por Jess, él no se entera de que podía perderla.

Ella asintió con la cabeza, aunque para ella su hermana tenía la misma parte de culpa. Era

cómplice.

—Brent me ha llamado —Sam notó la tensión en el cuerpo de Jacob, pero él sabía que ocurriría. Era su prometido, iban a casarse.

Si él no lograba evitarlo.

—¿Tienes que llamarlo?

—Sí.

Él asintió, apretando la mandíbula.

—Está bien —suspiró.

Samantha se levantó con el café en la mano y salió a la parte trasera para llamar a su futuro esposo mientras caminaba por la arena de la playa.

—Hola, cariño —dijo él al descolgar—. Me estaba preocupando que no contestases.

—Hola —sonrió ella—. Es que la cobertura aquí es malísima. Entre eso y que sigo con el cable del cargador malo y tengo que estar poniéndolo en la postura acertada para que cargue... Acabé desquiciada y pasando del móvil.

—Como siempre —rio él—. Dame un segundo. No, eso no es lo que te pedí, Tristán —suspiró—. Lo siento, aquí me tienen desquiciado.

—Ya veo —y lo dudaba, él nunca se estresaba y su tono de voz tampoco era de estrés, pero eso era estar desquiciado para Brent.

—Pero a ti te noto animada, ¿te lo estás pasando bien?

Joder y tan bien...

Miró a la casa y vio a Jacob asomado en la ventana.

—Estoy relajada, lo necesitaba —mintió.

—Sí, lo sé. Jess me lo dijo.

—Siento no haberte llamado antes de irme, es que todo me cogió tan de sorpresa...

—No te preocupes, con tu mensaje fue suficiente. Descansa que te queda solo un día y el de antes de la boda. Así que aprovecha y recarga pilas. ¿Vale, mi amor?

—Lo haré, gracias. ¿Tú estás bien?

—Con mucho trabajo, como siempre. Pero bien. Nos vemos pronto. Te quiero.

—Besos —dijo ella, porque no le nacía responderle lo mismo.

¿Mensaje? ¿Qué mensaje?

Entró en WhatsApp y leyó. Resopló, su hermana no dejaba nada al azar.

Volvió a mirar a la casa y ya Jacob no estaba en la ventana. Suspiró. Entre los remordimientos de conciencia, que no sabía qué era lo que iba a hacer y que no quería hacerle daño a ninguno de los dos...

¡Joder!

Se bebió el café mientras miraba al mar y reflexionaba. Aunque se fuese en ese mismo instante, ya nada cambiaría que con Jacob había vuelto a ocurrir.

Era una infiel de primera cuando de ese hombre se trataba.

Mala persona, ¡eso era!

Jacob salió por la puerta trasera y la vio dar vueltas y vueltas. Sabía que se estaba comiendo la cabeza, pero no lo iba a permitir. Les quedaba un día allí, juntos y él no sabía qué pasaría después.

Y no iba a ponerse en lo malo ni en lo bueno, así que lo único que le quedaba era disfrutar de esos momentos como si fueran únicos.

Porque lo eran.

Lo eligiese a él o no, cada momento con ella sería irrepetible.

Y no iba a permitir que se hiciese daño a sí misma culpándose. Porque sabía muy bien qué era lo que estaba haciendo.

Llegó hasta ella y la cogió.

—¡Jacob! —exclamó, asustada.

—Es hora de ducharse, estamos asquerosos.

Le quitó la taza vacía de las manos y la dejó en la mesa del porche.

—¿Me estás llamando cerda?

—No. Te dije asquerosa.

Sam rio, era un capullo. Pero cómo conseguía hacer que la tensión desapareciese de su cuerpo.

—La verdad es que olemos a rancio, sí —dijo entre risas.

—Eso lo arreglo yo pronto.

Y sin más, llegó al cuarto de baño, metió a Sam en la bañera con la ropa, él entró dentro y abrió el grifo.

—¡Me cago en Dios! —exclamó ella cuando el agua fría los empapó.

Pero ya estaba ahí la boca de Jacob para callarla.

Capítulo 13

—Ten una cita conmigo —dijo Jacob.

Sam miró a su izquierda. Jacob estaba tumbado a su lado, encima de una toalla en la arena mientras tomaban el sol. Ella haciendo topless y boca arriba.

Él boca abajo y mirando más sus tetas que el libro que suponía estaba leyendo en el móvil. Pero es que así no había quien se concentrara.

—Por más que te dé el sol, seguirás siendo blanca, no sé si ya te diste cuenta de ello o no, pero por si acaso te lo digo. Así que no es necesario que enseñes las tetas.

Ya le había cambiado el tema.

—¿Te contesto primero a la última gilipollez que dijiste o a la primera?

—Lo último no fue una gilipollez.

—Sí que lo fue. Porque no hay nadie. Estamos solos, ninguna casa cerquita. Así que ¿qué más da si enseño las tetas si solo las ves tú y ya las conoces?

—Que me desconcentro, joder —sonó desesperado.

—Oh, por el amor de Dios —rio ella.

Porque lo peor de todo es que no bromeaba. Lo decía muy en serio.

Y de verdad que Jacob lo estaba pasando mal, tenía una erección de caballo. ¿Es que con esa mujer nunca iba a tener suficiente? Porque en algún momento eso tendría que relajarse, ¿no?

Qué demonios sabré yo si es la primera vez que me pasa, pensó, refunfuñando en su mente.

Un poco agobiado porque ya le estaban doliendo las pelotas, cogió la parte de arriba del bikini y se la colocó a Sam por encima.

—Solo mientras me centro en la conversación —dijo él rápidamente cuando lo miró con ganas de asesinarlo.

—¿En qué conversación? Si la que teníamos era sobre mis tetas.

—Sobre la de la cita —menos mal que las neuronas no se las fundía, que si no...

—No entendí lo de la cita.

—Ten una cita conmigo.

—Eso es lo que no entiendo —ella se puso de lado y Jacob resopló, a la mierda el bikini. Cogió su camiseta y la tapó, haciéndola resoplar—. ¿Una cita?

—Sí, bueno. Mañana nos vamos y pase lo que pase, decidas lo que decidas... Nunca hemos tenido una cita de verdad. Es decir. Te he follado hasta la saciedad y seguiré haciéndolo todo el tiempo que me dejes, pero hay cosas que nunca hemos hecho y...

—¿Y qué es una cita de verdad? —preguntó ella cuando él dejó de hablar.

—Iremos a cenar y cosas así.

—Ah...

—Ahora soy yo el egoísta —dijo él, repitiendo la frase de ella de la noche anterior—. Soy yo quien necesita eso de ti.

Porque se sentía más inseguro que nunca. Porque tenía miedo.

Porque la llamada de Sam a Brent no le había gustado nada.

Y por razones que ni él mismo era capaz de entender aún.

Sam pestañeó varias veces, intentando entenderlo. En parte creía hacerlo.

Allí, en ese lugar, tampoco es que los conociera nadie, así que ¿por qué no? Sería la última noche con él. Al día siguiente volvería a casa y tendría que tomar una decisión.

—Una cita...

—Bueno, solo si te apetece —la inseguridad en él y a ella le resultó adorable. Porque Jacob era de todo menos inseguro—. Tampoco aceptes si te vas a sentir incómoda estando con gente alrededor y...

Ella lo calló con un beso.

—¿Adónde me vas a llevar a cenar?

Preguntó cuando el beso acabó.

Jacob sonrió ampliamente.

—Te juró que será una noche inolvidable —cogió la cara de Sam entre las manos y la besó—. No te vas a arrepentir.

Sí lo iba a hacer, ella lo sabía. Ambos se iban a arrepentir de lo que estaban haciendo porque sus vidas eran otras y no estaban juntos en la real.

Y ella estaba a punto de casarse y...

—No pienses, por favor —rogó él.

Sam pestañeó y lo miró, saliendo de sus pensamientos.

—Yo no...

—Te conozco, bruja. Sé que lo haces —le dio un beso en la nariz—. Y también sé lo que te cuesta no darle vueltas al coco. Pero nos queda un día. Pásalo solo conmigo.

—¿Ya pensaremos en el mañana, mañana?

—Sí, bueno. Mi frase sigue siendo más romántica, pero vale.

Sam soltó una carcajada al ver la cara de engreído de Jacob.

—Quédate conmigo hoy.

—Estoy solo contigo —dijo con seguridad un momento después.

Él sonrió, le dio un beso y se levantó.

—¿Adónde vas?

—Te recojo a las seis.

Sam pestañeó.

—¿Cómo es eso de que me recoges?

—Pues eso —él cogió su móvil, la toalla...— Te recojo a las seis.

—¿Pero adónde vas?

Jacob se agachó, le puso la camiseta otra vez a Sam por encima para que dejara de enseñar y marchó hacia la casa.

—A preparar una cita inolvidable.

Sam sonrió y negó con la cabeza. Se puso boca abajo y apoyó su barbilla en sus manos sobrepuestas. Miraba cómo Jacob se marchaba y no podía borrar la sonrisa de su cara.

No sabía cómo ni cuándo había cambiado todo con él, pero, sin embargo, era el mismo hombre que había conocido siempre.

Era todo muy extraño.

Se levantó y fue hacia el mar. De ahí a las seis tenía tiempo suficiente para nadar un poco. Unos largos le vendrían muy bien.

Jacob la vio entrando en el agua y sonrió. Cogió el móvil e hizo un par de llamadas. Quería que la noche con Sam fuese inolvidable para los dos.

Desde luego...

Quién te ha visto y quién te ve, como diría mi abuela, pensó.

Capítulo 14

Las seis en punto y Jacob esperaba en el hall de la casa a que Sam apareciera. Se habían tropezado al salir de la ducha y casi les fue imposible separarse después de lo que, en principio, él pensó que solo iba a ser un rápido beso.

Pero no, con Sam no había nada sexual rápido.

Al menos en ese sentido, porque en otro vergonzoso para él, sí que lo había, sí.

Dejando eso a un lado, caminaba de un lado para otro, a ver si aparecía de una vez.

Hasta que la escuchó. Se giró, la miró...

Y se le paró el corazón.

Llevaba un vestido corto y ajustado. Negro. Sin mangas y sin tirantes. De esos que van pegados al cuerpo por la parte del pecho y que él no tenía ni puta idea de cómo se llamaban porque la moda femenina no era lo suyo, pero todas me entendéis, seguro.

Jacob la miró de arriba abajo, esas piernas que ya se estaba imaginando apoyadas en sus hombros y...

—Joder —gruñó.

Se había recogido el pelo en una coleta alta y eso iba a ayudar mucho cuando la pusiera a cuatro patas.

Jacob, por el amor de Dios, ¡haz el jodido favor de centrarte!

—Estás preciosa —dijo cuando fue a su encuentro y paró frente a ella.

Preciosa era poco.

Él estaba guapísimo y Sam se había quedado anonadada. Con una camisa de botones gris y un pantalón negro bastante moderno. Su pelo engominado, perfecto para revolvérselo después.

Y esos ojos echando fuego cuando la miró.

—Gracias. Tú estás muy guapo también.

—Sí, lo sé, siempre lo estoy —dijo él para hacerla reír—. ¿Preparada?

Sam asintió con la cabeza y aceptó la mano de Jacob.

Ahí comenzaba la noche romántica que él había preparado.

El camino hasta el pueblo no fue demasiado largo. Jacob aparcó el coche.

Se acercó a Sam y cogió su mano, entrelazando sus dedos. Notó cómo ella se tensaba y le dio un beso en la frente.

—No nos conoce nadie aquí, relájate.

No estaba nerviosa por eso. En realidad lo estaba por ese gesto tan íntimo?

Y sí, habían follado como conejos, pero esas cosas de pareja ya eran como para ponerse nerviosa, ¿no?

—¿Prefieres que te suelte? —Jacob se había parado y la miraba a los ojos.

Ella negó con la cabeza. ¿Cómo explicarle que lo que quería era que la uniera más a él?

Sam apretó el agarre y le dio un beso en los labios.

—Estoy contigo —le recordó.

—Me alegro —sonrió él. Tiró de ella y caminaron un poco por el centro del pueblo—. Vamos a comer de allí —señaló un restaurante de comida mexicana que pintaba muy bien.

—¿De allí? Será allí.

—No, de allí —insistió él.

—¿Y eso qué significa?

—Ahora lo verás —llegaron hasta la puerta y él la miró—. Espérame aquí, no tardo.

Le dio un beso en la frente y entró en el local. Salió unos minutos después con un par de bolsas, haciendo que Sam riera.

—¿Y dónde nos vamos a comer todo eso?

Jacob volvió a coger la mano de Sam y la hizo pasear por el paseo marítimo. Hizo que se quitara los zapatos de tacón para pisar la arena y la llevó, para sorpresa de esta, hasta una cueva que estaba iluminada.

Había varias, eran como reservados del lugar.

—¿Y esto? —preguntó al entrar.

Estaba preparada hasta con cojines en el suelo, mesa, una cortina para darle intimidad.

Sam estaba alucinando.

—¿Te gusta?

—¿Que si me gusta? ¿Cómo has conseguido encontrar algo así?

Él se encogió de hombros.

—Hace años que conozco este lugar y he venido aquí un par de veces.

—Ah...

—Solo, Sam —Jacob había dejado las bolsas de comida en la mesa y se acercó a ella, la cogió por la cintura y la pegó a su cuerpo—. Siempre vine solo.

—¿Por qué?

—La primera vez que vine fue hace años, la encontré por casualidad. Me senté aquí y recordé nuestra primera vez. La segunda vez fue antes de ir a por ti. Yo... Yo quería traerte aquí.

—Jacob —ella estaba emocionada.

Él besó su frente y sonrió al limpiarle una lágrima.

—Esta noche no, bruja. Esta noche solo quiero verte feliz. Bueno y siempre, pero ya me entiendes —le guiñó un ojo.

Se separó de ella y comenzó a sacar las cosas de la bolsa. Sam cogió aire y lo ayudó. Media hora después, ninguno de los dos podía moverse de tanto como habían comido.

Miraban las estrellas y el mar desde la cueva y suspiraban, tumbados cómodamente.

—¿Cuándo encontraste mi lugar secreto? —preguntó ella, siempre había tenido curiosidad porque nadie, ni su hermana, conocía sobre él.

—¿La cueva?

—Sí.

—Desde siempre.

—Eso no es posible.

—Sí que lo es. La primera vez que entraste ahí fue cuando te peleaste con Mary porque ella decía que te gustaba yo y que tú no lo admitías. Ese día soltaste sapos y culebras por la boca y te fuiste del parque. Te seguí.

—¿Por qué? —preguntó ella, riendo.

—No sé, estabas tan alterada que quería saber si llegabas bien a casa. Y cuando vi que no ibas por el camino que debías...

—¿Por qué nunca me dijiste?

—Era tu lugar. Me quedé fuera muchas veces esperando a que dejaras de llorar.

—No me digas que eso es verdad, Jacob —ella alucinaba.

—Lo siento —dijo él, avergonzado—. Siempre me he preocupado por ti, no podía evitarlo.

—¿Entonces por qué me tratabas así? ¿Por qué cambiaste conmigo y te convertiste en lo peor?

—Por imbécil, supongo. Te empecé a mirar diferente. Ya no eras una niña a la que proteger. Tampoco es que lo hubieses sido nunca, te sabes defender sola —sonrió—. Pero ya era distinto. Yo... Yo no podía mirarte igual. Y Brent tampoco. Y lo elegiste a él.

Sam no podía estar creyendo que eso hubiese ocurrido así.

—Elegí a Brent porque mi mejor amigo, la persona que siempre estaba cerca... Tú... —negó con la cabeza, no queriendo demostrar cuánto le dolía recordar aquello— Dejé de importarte.

—No, nunca fue así —limpió la lágrima solitaria que caía por su mejilla—. Nunca dejaste de importarme, Sam.

—Pues no se notaba con tanta amiguita para aquí y para allá.

Jacob resopló.

—Cosas de la edad. Y me comporté con un capullo con la chica que me importaba algo.

—Por eso me dijiste que nunca me odiaste.

—Nunca lo hice —juró él—. Lo intenté cada vez que te veía con Brent, pero no podía. Y después de lo que ocurrió entre nosotros, después de la pérdida de tu padre, fui a buscarte. Él te estaba besando.

—Y por eso cambiaste aún más conmigo.

—Celos, sí. Simples y puros celos —reconoció por fin.

—¿Por eso me insultaste?

Los dos recordaron ese momento en que él, indirectamente, la llamó...

—Fui un imbécil.

—La verdad es que sí. Y yo tampoco me comporté como la amiga que debía ser. Tenía que haberme interesado más por ti.

—Te comportaste como la bruja que eres.

—¡Oye! —ella lo golpeó en el hombro y él rio.

Jacob se colocó sobre el cuerpo de Sam con una sonrisa en la cara.

—Eso era lo que más me jodía, ¿sabes? Que conmigo eras natural, lo soltabas todo. Pero con él no. Con él mides hasta si haces ruido al respirar.

—Eso no es así, Jacob.

—Ambos sabemos que lo es. Pero no es lo que importa ahora. Solo quiero que esta noche sea especial.

La besó dulcemente y terminó cogiendo su labio entre sus dientes, haciéndola gemir por el deseo.

Jacob se incorporó, cada una de sus rodillas al lado de las caderas de Sam, sin llegar a apoyarse en ella. La cogió de las axilas y la hizo sentarse. Se acercó lentamente a ella y bajó la cremallera trasera del vestido con lentitud. Su aliento, mientras, erizando la piel de Sam.

Ella suspiró y él, tras bajar su vestido, volvió a tumbarla. Se movió, lo suficiente para deshacerse de esa prenda sexy y se quedó a la altura de sus tobillos, contemplando ese conjunto de ropa interior que tapaba más bien poco.

—Yo nunca pensé que tú usases cosas así —Jacob tragó saliva.

—Ni yo, cosas de mi hermana —suspiró ella. Puso sus manos sobre sus pechos y los acarició—. Pero me gustan. Creo que desde hoy...

—No hace falta —dijo él rápidamente—. Si es por mí, te prefiero sin nada.

Jacob besó su tobillo y subió, con pequeños besos, por su pierna, por el interior de su muslo. Se paró unos segundos ahí cuando terminó con la segunda pierna, aspirando el aroma de su excitación.

—Jacob... —las caderas de Sam moviéndose, pidiendo.

Él le dio un rápido beso en su sexo y siguió subiendo por su cuerpo. Metió la lengua en su ombligo y le provocó un escalofrío. Su lengua siguió subiendo, con sus manos apretó sus pechos, lamió su cuello y llegó hasta su boca para devorarla de nuevo.

Samantha tenía los labios magullados, quería más. Había terminado de desabrochar la camisa de Jacob y, con su ayuda, se deshizo de ella. Lo abrazó y acarició su espalda, sintiendo su piel.

Cálida.

Ese pecho firme.

Entre besos y caricias, se habían quedado desnudos. Jacob entre las piernas abiertas de Sam, rozando su sexo con su miembro. Torturándolos a los dos.

—Jacob, te necesito —gimió ella, completamente desesperada.

Él levantó la cabeza, jugaba con sus pechos y la miró a los ojos. Estaba ciega de placer y él sonrió.

Iba a dárselo, pero de otra manera.

Con un movimiento rápido, bajó y se colocó entre sus piernas.

—¿Pero qué...?

Pero Sam ya solo pudo gritar y gemir porque la lengua de Jacob la estaba torturando.

Dios mío...

Jacob lamió y succionó hasta que los espasmos de Sam desaparecieron, dejándola completamente lacia.

Ese era su momento.

Con el preservativo puesto, se quedó de rodillas, la agarró por el trasero, las piernas de Sam apoyadas en sus hombros y entró en ella con un solo movimiento.

La hizo suya con fuerza. Agarrada de las caderas, la movía, acompasándola a sus movimientos para entrar más y más en ella. Miraba cómo sus pechos botaban. Cómo la cabeza de Sam, quien tenía los ojos cerrados, caía hacia atrás.

Era éxtasis puro lo que sentía con esa mujer.

Como lo había sentido esa noche un mes atrás, cuando se encontraron en la ciudad.

Entonces él pensó que tenía que ser suya porque nadie, nunca, lo había hecho sentirse así. Porque con ella todo era más.

Mucho más.

Con sus dedos tocó el clítoris de Sam, haciéndola estallar mientras él hacía lo mismo.

Cayó a su lado, apenas sin poder moverse. Abrazando a esa mujer que no quería volver a soltar nunca.

Ella se aferró a su cuerpo igual, como si quisiese meterse dentro de él. Y eso era exactamente lo que Sam quería.

Samantha escondió la cabeza entre el cuello de Jacob y su hombro y suspiró.

—Mary tenía razón, siempre te quise a ti —dijo, medio dormida—. Te elegí, pero tú a mí no.

Jacob se quedó sin poder moverse. La abrazó con fuerza y suspiró. Porque joder, él no se esperaba eso.

Y menos aún se esperaba el vuelco que le había dado el corazón al escucharla.

Y las ganas que tenía de decirle que...

Quería pedirle disculpas por haberlo hecho siempre mal, hasta esos días lo estaba haciendo mal.

No estaba siendo sincero con ella ni lo había sido con él mismo nunca.

Y fue entonces cuando se dio cuenta de todo.

Era un gilipollas, eso era. Era un tremendo imbécil y solo esperaba que todo aquello no le saliera mal.

Esa boda no podía celebrarse. Ella no podía casarse. Ella, ahora más que nunca, tenía que ser suya.

Capítulo 15

A la mañana siguiente, Sam estaba terminando de guardar la ropa en la maleta cuando se dio cuenta de la postura rígida de Jacob.

Estaba asomado a la ventana, con las manos en los bolsillos y completamente tieso.

Volvieron a la casa de madrugada y después de estar juntos de nuevo, ella se durmió entre sus brazos. Pero esa mañana todo era diferente.

Él estaba serio. silencioso. Tenso.

Y ella triste. Porque en ese lugar se quedaba una parte de ellos.

Sin poder evitarlo, se acercó a él y lo abrazó por la espalda.

—No quiero verte mal —dijo ella.

Él la agarró y la colocó delante de su cuerpo, cogiendo su cara entre sus manos.

—¿Has tomado una decisión?

—Jacob...

Él la besó con dulzura, agónico. Tenía miedo, más del que ella podía imaginar.

—No quiero que esto acabe —dijo él sobre sus labios.

—Pero esta no es nuestra vida.

—Podemos tener otra —él la miró a los ojos, ella intentando entender—. Aceptaré tu decisión y lo sabes, pero no dejaré de luchar por ti hasta el último momento.

—Jacob —estaba sorprendida.

Él interrumpió lo que fuera que fuese a decir con otro beso, esa vez más profundo. Dejando a Sam descentrada de nuevo.

Y cuando quiso darse cuenta, estaba desnuda, sobre la cama, con Jacob sobre ella.

Besándose como no lo habían hecho nunca. Quizás muy parecido a la despedida en la casa de él, pero diferente a la vez.

Y es que ninguno de los dos escondía los sentimientos que tenía por el otro.

—He sido un imbécil —dijo él de repente—. Lo he hecho todo mal, Sam —ella frunció el ceño al ver la preocupación en su rostro—. Pero necesito decirte algo y necesito que me creas.

—Vale —susurró, algo asustada por su tono.

Jacob la miró a los ojos, los suyos tan desnudos como su cuerpo. Diciendo por primera vez esa verdad en voz alta.

No solo se la decía a ella, se la reconocía a sí mismo.

—Te quiero.

—¿Qué? —la pregunta se le atascó a Sam en la garganta.

Relájate, pensó. No saques esas dos palabras de contexto.

—Te quiero, bruja —qué fácil resultaba decirle eso a ella—. Te he querido siempre.

—Jacob —ella lloró en ese momento, la emoción de escuchar lo que siempre había querido oír.

—No te cases —a él le cayó una lágrima—. Por favor, quédate conmigo. Por una vez, elígeme.

—Dios —Sam levantó la cabeza y lo besó.

¿Él no se daba cuenta de que siempre lo había elegido?

Quizás no, porque ni ella misma se había dado cuenta de que lo eligió en el mismo momento en que volvió con el coche a esa cabaña.

Como lo había elegido las otras veces que lo tuvo con ella.

Jacob fue a moverse para coger un preservativo cuando ella se lo impidió.

—Quiero sentirte —susurró ella.

Sabía que le pedía demasiado, pero lo necesitaba. Jacob la miró y comenzó a penetrarla. Las sensaciones al sentirla de esa manera los dejó a los dos sin aliento.

Todo era demasiado.

Todo era tan intenso que dolía.

Se movieron con lentitud, Jacob arriba, entrando y saliendo de ella sin prisa. Disfrutando de cada movimiento, de cada centímetro de su miembro en su calor.

Mirándose a los ojos, sin necesidad de palabras.

Los espasmos del orgasmo de Sam comenzaron, las contracciones de su vagina arrastrando a Jacob con ella.

—Jacob —gimió ella, dejándose caer por el precipicio.

Él gruñó y se derramó en su interior.

Y por si le quedaba alguna duda, que no era el caso, supo que no quería perder nunca a esa mujer.

—Sam —la llamó él. Ella abrió los ojos y lo miró. Una dulce sonrisa en los labios—. Te amo, bruja —dijo él, con el corazón en la mano.

Y Sam solo pudo llorar.

Capítulo 16

De vuelta en casa.

El día antes de la boda.

Samantha bajó la escalera un rato después de haber llegado a casa. Se había dado una ducha rápida, se había vestido y pensó en dar un paseo antes de ir a buscar a Brent. Y todo ignorando el vestido de novia que estaba bien tapado en su dormitorio.

La cuestión era que tenía que decirle que no iba a casarse con él.

Y es que ¿cómo hacerlo cuando estaba enamorada de otro?

Y él de ella. Eso era algo que aún Sam no se creía.

Bajó el último escalón de la escalera que la conducía a la planta baja y frunció el ceño al escuchar que nombraban a Jacob.

Él la había dejado en la puerta un rato antes y se había ido con el coche. Ella quedó en avisarlo más tarde para decirle qué había elegido.

Porque quería hacerlo bien. Hacerlo de una manera especial.

Y antes necesitaba romper con Brent.

—Relájate, ella va a elegirte —escuchó decir a Jess mientras se acercaba al porche trasero, donde parecían encontrarse.

No hablaba demasiado alto, pero Sam podía oírla bien. Pero a él no.

—Vamos, Jacob. ¿Y esa inseguridad? No puede ser de otra forma. Te quiere. Eso es lo único que importa. Lo demás... ¿Crees que después de todo no nos va a perdonar?

Sam se quedó parada justo antes de salir fuera. Pestañeó varias veces, no se lo podía creer. ¿En qué más, aparte de la jugarreta de Cannon Beach, la habían engañado?

—Lo de la casa de la playa no ha acabado tan mal, ¿no? Nos perdonará lo otro.

—¿Qué se supone que os tengo que perdonar?

—Mierda —gimió Jess al ver a su hermana.

Fue ahí, cuando salió fuera que Samantha se dio cuenta de que su hermana hablaba por el móvil.

—Sammy.

Samantha levantó las cejas y se sentó frente a su hermana.

—Te hablo luego —carraspeó Jess al móvil.

—¿Hablabas con Jacob?

—No —negó rápidamente, estando segura de que no había podido escuchar nada—, ¿por qué haría yo eso?

—No sé, eso me pregunto yo. Aunque supongo que debiste de hablar con él para organizar la encerrona de la playa, ¿no?

—Sí, claro. Pero fue por una buena causa, ¿no crees?

—Estupenda. Al menos pensé que lo era.

—Y lo es. O eso creía yo por lo que me dijiste. Pensé que estabais bien.

Samantha la observó unos segundos y suspiró.

—Esto no es un juego, Jess. Puedo hacerle mucho daño a una tercera persona y puedo hacerme mucho daño a mí misma.

—Lo sé.

—Entonces dime qué es lo que me estáis ocultando que no sé.

—¿Ya tienes una decisión? —preguntó Jess en su lugar.

—No me toques la moral, Jess. Y empieza a soltar por la boquita.

—Es una tontería, Sammy. Y no quiero que intervenga en la decisión que tomes.

—No te importó intervenir cuando te aliaste con Jacob. Así que dime qué mierdas es lo que no sé. Sabes que me gustan muy poco los enredos y menos aún las mentiras.

—Pero las mentiras piadosas por una buena causa están justificadas —dijo Jess tras carraspear. Samantha la miró de mala manera y Jess suspiró—. Pero que sepas que él no quería, yo lo convencí.

—¿Convenciste a quién de qué?

Jess tomó aire, a ver cómo le explicaba aquello para que ella no lo entendiese malamente.

—¿Recuerdas tu viaje a Nueva York?

—Claro.

—Bien... —carraspeó— ¿Recuerdas que el taxista te llevó a un barrio muy chungo?

—Muy chungo sí.

—Ya, pues verás. Es que no se equivocó.

Samantha enarcó las cejas.

—¿Qué significa que no se equivocó?

—Que, en realidad, te llevó adonde era. Aquel era tu hotel.

—Joder, Jess. No me jodas que me escogiste un cuchitril como ese.

Entonces Sam se calló observar la mueca que puso su hermana. De repente, todo comenzó a dar vueltas en su mente. Hasta que algunas piezas se colocaron donde debían y entendió que...

—¿Planeaste que me encontrara con Jacob?

Jess miró para todos lados menos a su hermana. Y es que joder, de verdad que era una tontería, sobre todo porque ella sabía cuánto se querían los dos, pero Samantha era como era y no lo iba a entender igual y podía joderse la vida para siempre.

En realidad se la jodería ella a su propia hermana y no se lo perdonaría nunca.

Porque todo lo que había hecho había sido de buena fe, intentando que no se equivocara y que fuera feliz.

—Jess —insistió Sammy.

—A ver, Sammy. Es que dicho así suena muy...

—Conspirador y malo.

—Eso —tragó saliva—. Y la cosa no es así.

—Ah, ¿no?

—No, no me estás entendiendo.

—¿Entonces cómo tengo que entender y tomarme la frase de “él no quería, yo lo convencí” en todo esto?

En ese momento Samantha suspiró, la tensión apoderándose de ella. Como si no tuviera ya bastante con todo, ahora algo más.

—Sammy, no.

Su hermana fue a acercarse para consolarla al verla a punto de llorar, pero Samantha puso la mano como barrera y negó con la cabeza.

—No es lo que crees.

—¿Entonces qué es, Jess?

—Él te quiere —dijo con seguridad.

—Me quiere tanto que lo tuviste que convencer de verme.

—Que no es...

—Dime una cosa —Sammy se levantó, ignorándola—. ¿También tuviste que convencerlo para que se acostara conmigo?

Jess abrió los ojos como platos al ver cómo estaba desvariando.

—Pero...

—Ahora mismo no quiero ni verte —la rabia creciendo en ella.

—Sammy, que no...

—¡Déjame en paz! —gritó esta mientras se largaba de allí a toda prisa.

Cuando su hermana pudo reaccionar, ya fue incapaz de alcanzarla.

—Mierda —gruñó.

Sabía que Sammy estaba temerosa. Angustiada. Con mucho miedo. Con remordimientos y decenas de sentimientos más. Y que los tenía todos a flor de piel.

Pero podía joder todo por un malentendido.

—Joder —dijo antes de dejarse caer en el césped—. Espero que no la jodas, Sammy.

Jess cogió el móvil y llamó a Jacob para avisarlo.

—Mierda —dijo de nuevo cuando le salió como apagado.

¡Qué oportuno!

Mientras, Samantha corrió, dispuesta a tener, a su manera, las respuestas que necesitaba.

Y sería Jacob quien se las diera.

Un rato después, cuando Jacob abrió la puerta de la casa de su madre y vio los ojos de Sam, supo que algo no iba bien.

Desde que la dejó en su casa estaba con ansiedad. Con un miedo horrible a que todos sus sueños, porque ya tenía muchos con ella aunque Sam no lo supiera, nunca se realizasen.

No sabía qué iba a hacer ella y la conocía. De ahí el miedo.

Porque Sam era capaz de joderse toda la vida con alguien que no quería por no hacerle daño. Sobre todo si ese alguien era Brent.

—Sam.

Ella negó con la cabeza, echándose para atrás cuando él intentó acercarse a ella.

—¿Podemos hablar? —preguntó muy seria.

Jacob tragó saliva y asintió con la cabeza.

—Claro, pasa —la dejó entrar y le señaló el salón—. Estoy solo, podemos hablar con tranquilidad.

Samantha entró en el salón y se giró para encarar a Jacob.

—Sam, joder, ¿estás bien?

Ella negó con la cabeza y rechazó su roce.

—Por favor, no me toques.

—Pero pequeña.

Pequeña... Bonita manera de nombrarla. Aunque el bruja no estaba nada mal.

Jacob no sabía qué era lo que estaba pasando y sentía un miedo horrible dentro. ¿Lo iba a rechazar? ¿Era eso?

Si era así, no podría soportarlo.

—Me prometiste que respetarías mi decisión, fuera cual fuera.

Él asintió con la cabeza.

—Lo haré —dijo con la voz ronca, intentando no romperse porque veía lo que sucedería a continuación.

Y por Dios que no quería escucharlo, no iba a poder soportarlo.

—Me voy a casar.

Y Jacob sintió que su corazón se rompía en mil pedazos.

Se dejó caer en el butacón, sintiendo que todas sus esperanzas se iban a la mierda.

Sam esperó una reacción, pero no llegaba nada. Él miraba al suelo.

Jacob no podía hablar. Lo intentó, pero tuvo que carraspear para poder hacerlo. Él le había prometido respetarla y había intentado, hasta el último momento, demostrarle lo que significaba para él.

Le había abierto su corazón, se lo había entregado en bandeja de plata. Y ella le estaba dando una patada, destrozándolo.

Podía importarle mucho Brent, pero estaba claro que él no. Porque de ser así, lo elegiría a él.

Pero nunca lo había hecho. Esa era la única verdad en todo aquello.

El elegido, por más que Jacob deseara lo contrario, siempre había sido otro.

En ese momento sentía que él nunca sería suficiente para ella. Ni amándola como lo hacía, ni demostrándoselo, sería suficiente.

Como bien dijo una vez, era el gran perdedor cuando de Samantha se trataba.

Y tenía que respetarlo.

Aunque sintiese que moría por dentro.

—¿Serás feliz?

Eso era lo único que a él le interesaba en ese momento, el único consuelo tonto que podía quedarle.

Sam estaba llorando. Limpiándose las lágrimas con rabia, viendo cómo él no hacía nada por impedirlo.

Ahí tenía la respuesta que necesitaba, ¿no?

—Seré feliz —mintió.

Entonces él levantó la cabeza y la miró a los ojos. Los labios de Sam temblaron mientras lo miraba, intentando evitar un sollozo.

Veía la tristeza en esos ojos verdes, pero nada más.

—Respetaré tu decisión —la voz de él sonó grave y segura—. Siempre lo haré.

—¿Eso es todo lo que tienes que decirme?

La iba a dejar marchar.

—Ya lo dije todo, Sam —él levantó las manos y las dejó caer en un acto de rendición—. Ya no me queda más.

Ella movió la cabeza repetidamente, limpió sus mejillas de lágrimas y cogió aire.

Se dio la vuelta para marcharse rápidamente de allí.

Pero él la atrapó antes de que abriera la puerta. Sam tembló al notar su cercanía, pensó que, quizás...

—Sé feliz, bruja —susurró él en su oído—. Eso es lo único que te pido.

Y se separó de ella.

Sam tembló, abrió la puerta y se marchó de allí.

Jacob cerró de un portazo y se dejó caer en el suelo. Y por primera vez en mucho tiempo, lloró.

Un par de minutos después, llamaron de nuevo a la puerta de la casa. Jacob se levantó de un salto y abrió rápidamente.

¿Y si Sam...?

—¿Qué demonios haces tú aquí? —preguntó al ver quién estaba al otro lado de la puerta.

Capítulo 17

—¡Sammy!

Brent exclamó al ver a su futura esposa al abrir la puerta de su casa.

—Hola —dijo ella, aun llorando.

—Mi amor, ¿qué pasa? —preguntó él, preocupado al verla así.

Samantha entró en casa del que mañana se convertiría en su esposo y se sentó en el sofá.

Había caminado mucho y estaba algo cansada, pero tenía que hablar con él.

—Sammy —susurró él, llamando de nuevo su atención—. ¿Estás bien? ¿Un poco de agua?

—Por favor —rogó ella.

Un minuto después, Samantha dejaba el vaso sobre la mesa. Le temblaban las manos por lo que iba a hacer, pero tenía que hacerlo.

—Soy una persona horrible —comenzó ella.

—Sammy, no digas eso.

—Déjame hablar, por favor —le rogó a Brent. Él asintió con la cabeza y tomó asiento frente a ella—. He hecho algo que no debía. Y me vas a odiar por ello.

—Lo dudo —sonrió él, intentando calmarla.

—Pero antes necesito entender algo. Nunca me preguntaste con quién había perdido la virginidad, teniendo en cuenta que contigo no fue.

Brent se apoyó en el respaldo del sofá y la miró seriamente.

—Sé que fue con Jacob. ¿O me equivoco?

—¿Cómo sabes?

—Os vi —dijo él—. No en ese momento, quiero decir. Pero sí os veía miraros, veía muchas cosas que dejaba pasar porque bueno, estabas conmigo. Até cabos, solo eso.

—¿Por qué nunca me dijiste?

—No importaba. Sabía a lo que me arriesgaba, Sammy. Sabía que con él siempre me arriesgaría. Asumí el riesgo.

Samantha hizo la siguiente pregunta sin pensar.

—¿Nunca has temido perder?

Brent rio.

—No —dijo con tranquilidad—. Porque nunca he ganado.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Tú siempre le has pertenecido a él.

Samantha no supo qué decir al escuchar algo así.

Era cierto y ella no podía ocultarlo más, que su corazón siempre le había pertenecido a Jacob.

—Brent, yo.

—Mientras estaba lejos, era un alivio. Sobre todo porque te alteraba mucho tenerlo cerca. Y yo siempre rezaba para que no ocurriese nada entre vosotros.

—Nunca hicimos nada, Brent.

—Pero ahora sí has estado con él, ¿verdad? —ella tragó saliva, no podía negarlo— Lo imaginé desde que volviste de tu viaje en Nueva York —sonrió con tristeza.

—No sé cómo ocurrió.

—¿Importa?

—Claro que sí, tenía que evitarlo.

—Tal vez no habrías podido. Puede que lo que sea que existe entre vosotros, no lo podéis evitar.

—¿Cómo puedes hablar de todo esto tan tranquilo?

Samantha alucinaba.

—¿Qué esperas que haga? ¿Armo un drama por algo que yo sabía que podía pasar?

—No sé. Insúltame. Insúltalo. ¡Haz algo! —exclamó.

—No soy ese tipo de hombre, Sammy, creía que ya lo sabías.

Samantha lo sabía, pero esperaba algún tipo de reacción aunque fuera por celos. Pero, al parecer, los hombres de su vida nunca reaccionarían así.

Eso solo pasaba en las novelas. Y su vida era una pero en otros sentidos.

—¿Qué tipo de hombre eres, Brent?

Él lo pensó un momento.

—Quien te diría que si aún quieres casarte con él, te esperaría mañana en la Iglesia y olvidaría todo el pasado con la promesa de un futuro.

—¿Harías eso? —preguntó, sin podérselo creer.

—Sí —dijo él con seguridad—. He estado a punto de hacerlo hasta que te vi aparecer por esa puerta —Sammy negó con la cabeza, ahora sí que no entendía nada—. Sabía, en el fondo, que vendrías a terminar con todo, sabía que no te ibas a casar. Te conozco, no podrías vivir con ello. Y no he fallado. Sabía que había ocurrido algo entre tú y él, era más que evidente. Aún sin pruebas lo habría hecho. Como lo ha sido siempre que entre vosotros dos hay algo, pero no iba a más. Y yo he estado en todo momento aquí, sin dejar de intentarlo. Iba a casarme mañana contigo sin hablar de ello. Pero porque pensaba que podía hacerte feliz, cosa que él no. Porque nunca se arriesgó, nunca lo intentó.

Eso no era cierto, Sammy lo sabía bien. Y fue ahí cuando se dio cuenta de ello.

Jacob se había arriesgado. Lo había hecho con lo de la playa, lo había hecho intentando impedir una boda.

Lo había hecho al decirle que la quería.

Porque eso era verdad. Ella lo había visto en sus ojos, no le mentiría en algo así.

Y joder, ¡ella había metido la pata hasta el fondo!

—Al ver cómo estás hoy... —continuó él, viéndola llorar— Te quiero ver feliz, Samantha. Y es evidente que tu felicidad no soy yo.

—Pero tampoco lo es él —porque ella lo hizo mal.

—¿Por qué no?

—Porque puede que, por imbécil, haya perdido la oportunidad de serlo —porque había metido la pata hasta el fondo.

—¿Y ya está? ¿Te conformas?

—¿No lo haces tú? —¿qué iba a hacer? ¿Volver y decirle que era una broma que se casaba? ¿Decirle que lo estaba poniendo a prueba?

¿Cómo explicarle?

—No es lo mismo, Sammy. Porque yo siempre he sabido que no era el amor de tu vida.

—¿Y qué crees? ¿Que soy el de la suya? —negó con la cabeza— Debe de estar odiándome ahora mismo.

—¿Crees que alguna vez te odió? —Brent rio con ironía— Ese imbécil nunca podría hacerlo. Mataría por ti. Y tú sabes que es así. Quizás es eso lo que me faltaba a mí. Carácter.

—Brent, no se trata de eso.

—O sí, Sammy. Te has amoldado a mí, he apagado tu llama. Con él cerca siempre sale la verdadera mujer que llevas dentro. Conmigo nunca te has mostrado así —Sam recordó el comentario de Jacob acerca de eso, ¿era realmente así? Sí, ella sabía que sí—. Y no, no creo que sea tu culpa. Tampoco mía. Solo que con él eres libre de otra manera.

—¿Me odias, Brent?

—¿Por arruinar mi boda y dejarme plantado en el altar?

—Sí —Sammy puso una mueca.

—No —rio él—. No estoy feliz, pero me esperaba esto. Ya te dije que aún sin pruebas, sabía que pasaría. Te conozco, Sammy. No tanto como él, porque vuestra conexión siempre fue extraña, pero algo te conozco después de tantos años.

—¿Qué pruebas?

Brent buscó algo en el móvil y se lo ofreció para que lo viera. Era una foto de ella y de Jacob, detrás del telón. Mientras él besaba su frente.

¿Pero cómo...?

—Pasa, hay más.

Pasó y encontró varias. Cuando la cogió en brazos, cuando le dio la mano y alguna de ellos separados, mirando al otro.

—¿Cómo tienes esto?

—Me llegó al día siguiente, un amigo indiscreto —resopló—. Te pregunté en el bar, con la esperanza de que me dijese y de poder arreglarlo, pero no lo hiciste.

—Lo siento.

—Desde ahí supe que esto terminaría mal. Y por eso, sin que supieras, lo invité a la boda. Quizás era ponerlos a prueba a los dos si ninguno daba el paso antes. Porque en realidad siempre supe que no terminaríamos juntos. Lo quieres a él.

—Dios, Brent. Lo siento —lloró ella.

—Ey, no —se acercó a ella y la abrazó—. No te odio, Sammy. Lo has intentado, pero no soy el hombre de tu vida.

—Ni yo la mujer de la tuya.

—Eso parece. ¿Crees que habrá alguien por ahí para mí?

—Eres una gran persona, Brent. Y muy especial. Lo tienes todo. Puedes tener a cualquiera.

—Menos a ti —ella agachó la mirada—. No te lo digo para hacerte sentir mal. Y no sé qué mierdas ha ocurrido entre el imbécil este y tú. Pero sea lo que sea, ¿merece la pena que no lo intentéis?

—Es imbécil —corroboró ella.

—Mucho.

—Me dejó marchar —moqueó.

Brent soltó una carcajada.

—Ya... ¿Durante cuánto tiempo?

—Me lo prometió.

—Vale, es más imbécil de lo que pensaba —resopló Brent, sabiendo lo que era una promesa para Jacob y haciendo reír a Sam.

—Gracias —dijo ella.

—Me hará feliz veros juntos —dijo de corazón—. Las dos personas que más quiero, además de mi familia, juntas. Me dolerá durante un tiempo, pero me alegraré por vosotros.

—Si lo ves... —ella lo dudaba.

—Si no lo veo es porque tú no quieres, Sammy. Porque te aseguro que él siempre hará lo que te haga feliz a ti.

Mierda.

¡Mierda!

Ahí estaba la gran metedura de pata.

Le había dicho que sería feliz con Brent. ¿Cómo demonios iba a luchar por ella después de eso y de la promesa que le había hecho?

Él nunca haría nada que le hiciera daño, por eso su promesa y por eso no mover un dedo, respetando su decisión.

Joder, cuán equivocada había estado pensando que esa era la prueba de que no le importaba, de que no luchaba por ella. Cuando, en realidad, era la mayor prueba de amor que podía darle.

—La he cagado —gimió.

Brent agarró su mano y le dio un apretón.

—Pues entonces te toca arreglarlo, ¿no crees?

Capítulo 18

—¡Sammy!

Jess se levantó corriendo del escalón del porche donde había estado sentada al ver llegar a su hermana. Era muy tarde y estaba preocupada por ella.

Ni siquiera se había atrevido a llamar a Jacob porque si estaba con él, tenía que dejarles hablar. Y si no... Él se volvería loco.

Y a Brent mucho menos iba a decirle que la novia no aparecía.

Así que cuando la vio aparecer, el alivio recorrió su cuerpo.

—Sammy, ¿estás bien? —preguntó, preocupada.

Su hermana sonrió como pudo y asintió con la cabeza. Después de haberse despedido de Brent, caminó y perdió la noción del tiempo.

Había estado tentada de buscar a Jacob y pedirle que la perdonara, pero no sabía cómo iba a reaccionar él cuando ya le había dicho que elegía a otro.

No era justo tampoco, pero algo tenía que hacer si no quería perderlo.

Y tenía que hacerlo bien.

Para ello necesitaba pensar.

Samantha se sentó en el escalón donde Jess la había estado esperando y dio unos golpecitos con la mano para que ella se sentase a su lado.

—Sammy, lo siento —Jess comenzó a llorar, lo había pasado muy mal imaginando que su hermana sufría o que podía haberla pasado algo.

Y sería su culpa.

—¿Por qué lo hiciste?

—¿El qué? —sorbió por la nariz, había hecho tantas cosas que ya ni ella sabía a qué se refería exactamente.

—Todo.

—Es largo de contar.

—No tengo prisa, no hay boda que celebrar mañana.

—¿Le dijiste a Brent?

—Sí.

—¿Y?

—Y perdí a Jacob también. Después te contaré todo. Ahora necesito entender, Jess. Porque si puede ayudarme a recuperarlo... —se calló, intentando no llorar.

—¿A Jacob? Tú nunca vas a perder a Jacob —dijo ella con seguridad.

—Jess... —suspiró Samantha.

—Siempre he sabido o imaginado lo que ocurría entre vosotros. Creo que lo sabía todo el mundo menos vosotros dos. Pero los años pasaban y cuando decidiste casarte, pues pensé que quizás podías ser feliz con Brent. No una vida como necesitas, una sin emoción, pero bueno. ¿Por qué no?

—Eres un caso —sonrió Samantha.

—Ya... Me mantuve al margen hasta que una noche te oí llorar. Era la noche en que te dijeron que te querían en Nueva York. Entré en tu dormitorio, alarmada y me di cuenta de que estabas soñando. Fue la primera vez que lo llamaste. Al menos que yo te escuchara. Supongo que saber dónde irías, te removió aquello que estaba dormido mientras él no aparecía. Y se me ocurrió

¿ayudar un pelín?

—¿Un pelín?

—Vale, me pasé, pero no quería verte infeliz.

—¿Y cómo lo obligaste?

—No lo obligué —Jess resopló—. Me entendiste mal. Solo tuve que insistir un poco porque él es como tú, huía de ti. No venía para no verte y no pasarlo mal. Así que tuve que ponerlo un poco de vuelta y media y decirle alguna que otra cosa para abrirle los ojos.

—¿Alguna que otra cosa?

—Un poco de chantaje emocional —Samantha enarcó las cejas, esperando.

—Le recordó que Brent ganó porque él siempre había sido un maldito cobarde.

—¡Mamá! —exclamaron las dos a la vez.

Además de por el susto que se llevaron al ver a su trilliza mayor allí, por la maldición que había soltado.

¿Después las regañaba a ellas por maldecir? ¿Qué había sido de la mujer religiosa extrema?

—No soy tan ñoña como pensáis —resopló su madre, haciéndolas reír—. Dejadme un hueco —sus hijas no dudaron en moverse cada una a un lado para que ella se acomodara entre las dos—. Ya has anulado la boda, supongo.

—¿Tú también lo sabías todo? —lo que le faltaba a Samantha.

—Yo siempre sé todo. Y aunque no lo hizo bien, el objetivo de Jess era bueno. Verte feliz.

Pero no se te ve así.

Sammy negó con la cabeza y suspiró.

—Creo que he metido la pata hasta el fondo. Me cegué por un momento y lo puse a prueba. Le dije que me iba a casar. Y teniendo en cuenta que prometió cumplir su promesa, ni siquiera intentó disuadirme.

—Es que a veces es imbécil, el cabeza de alcornoque —gruñó Jess.

—No —rio Sammy—. Solo quiere verme feliz.

Ya lo entendía todo. Ahora que lo había perdido.

—Siempre lo quiso —dijo su madre—. Un día, tendríais no sé, cinco o seis años, me llamó su madre porque llegó con los puños morados a casa. Le había pegado a un niño mayor porque te miró de mala manera —la mujer reía—. ¿Cuántas veces te habrá defendido así? —negó con la cabeza— Pero siempre en la sombra, sin querer que eso te condicionara nunca en nada.

—¿Por qué no me has contado esto antes? —preguntó ella, recordando otros momentos.

Recordó su conversación en la cueva.

Sus “Te quiero”.

La mirada con la que los decía.

¿Cómo había podido dudar?

Por el jodido miedo. Siempre el miedo.

Y, como él decía, por pensar demasiado.

—Porque yo no tengo que luchar, Sammy. Sois tú y él. Y habéis luchado, siempre, para manteneros alejados. Si no es por tu hermana, no os encontráis y puede que tú mañana te casaras.

Ella asintió con la cabeza.

—Brent es un buen hombre —dijo Sammy.

—Pero no para ti —dijo rápidamente Jess.

—Te gusta Jacob, ¿no? —preguntó su hermana.

—Pues sí.

—Ya... ¿En qué sentido? ¿Hasta qué punto?

Jess puso los ojos en blanco.

—Oh, vamos, no me jodas. ¿Celosa? Auch —se quejó cuando su madre le dio un cate en la cabeza.

—Habla bien —resopló la mujer, haciéndolas reír de nuevo— ¿Entonces qué harás?

—No sé, mamá. Por hoy descansar, siento que la cabeza me va a explotar —había caminado, había estado hasta en la cueva, pero nada, estaba muy cansada mentalmente—. Mañana tendré que pensar cómo ir a buscarlo y pedirle una oportunidad. No sé si después de todo me la querrá dar.

—Oh, por Dios, que es Jacob —resopló Jess—. Moriría por ti —lo mismo que había dicho Brent.

¿Cómo podían haber sentido eso y ninguno verlo?

—Pues sí —su madre pensaba igual—. La de años que podríais llevar ya juntos, ¿eh?

Pues sí. Y cómo habían perdido el tiempo por miedo y por ocultar sus emociones.

Esperaba que las cosas fuesen diferentes y que la vida les diese otra oportunidad.

Si era así, ella se encargaría de que eso durase para siempre.

Capítulo 19

Jacob no había podido dormir en toda la noche.

Como si él no tuviese suficiente con toda la tristeza que sentía, la cotorra no se había callado la boca en toda la jodida noche.

¿Por qué tenía él semejante cruz?

Su madre se había levantado temprano y había ido a la peluquería. A peinarse para la boda.

Ahí, poniendo más sal en la herida.

Pero claro, la pobre mujer no sabía nada.

Y no era porque la cotorra hablase en susurros, precisamente.

En fin...

Se estaba apretando las sienes y bebiendo su taza doble de café para poder mantenerse despierto. Porque lo de que no había dormido, era literal.

—¿Entonces qué? ¿Lo hacemos?

Jacob miró a Josh con ganas de asesinarlo. Ahí seguía, que parecía que le habían dado cuerda, sin cerrar el pico.

—No —no sabía la de veces que había utilizado esa palabra.

Josh puso los ojos en blanco. Ya no sabía qué decirle para convencerlo. Porque el muy imbécil seguía emperrado en el no.

—Mucho te quiero, perrito, pero pan poquito.

—¿Qué demonios es eso?

—Un refrán —dijo Josh.

—¿Un refrán de qué época? —y es que Jacob estaba de muy mal humor.

Y no le faltaban razones.

—Qué coño voy a saber yo la época. Pero mi exmujer lo decía mucho.

—Oh, señor —resopló Jacob.

—Sí, eso mismo decía yo cada vez que la escuchaba. Pero ahora me doy cuenta de que tiene su sentido.

—¿Y qué sentido tiene? —ya se estaba arrepintiendo de haberlo preguntado.

—Pues que eres mucho de bla, bla, bla y poco de hacer.

—¿Perdona?

—Que llevas llorando toda la noche porque la mujer que según tú, amas, se va a casar y tanto que la quieres y que viniste a por ella dispuesto a impedir una boda ¡y ahora vas a dejar que se case! —exclamó.

Y es que ya había perdido la paciencia.

—¿Y qué quieres que haga? Le prometí...

—¿Qué importa eso, Jacob? —resopló su amigo— Joder, ¿qué forma es esa de demostrarle nada?

—Ha elegido a otro, puedo joderle la vida apareciendo en esa Iglesia, ¿no lo entiendes?! No quiero hacerle daño.

Su amigo suspiró, hasta ahí lo entendía.

—Pero hay otras formas.

—No voy a secuestrarla —dijo Jacob rápidamente, recordando la idea que le había dado esa noche.

—Bueno, tampoco te indignes tanto, ya lo hiciste una vez.

—No era un secuestro, tenía su consentimiento.

—Técnicamente sabemos que no, a mí no me intentes vender la moto.

—¿Qué moto?

—Es otro refrán.

Joder con los refranes, pensó Jacob.

—Te ha marcado de por vida, ¿eh? —se refería a su exmujer.

—No lo sabes bien —resopló Josh—. Pero bueno, hoy se trata de ti. ¿Vas a hacer algo o voy a tener que darte de hostias para que reacciones?

—Claro que voy a hacer. Desaparecer de aquí lo más pronto posible. Así que prepárate, nos vamos en el primer vuelo que haya disponible.

—Jacob.

—Josh —su amigo lo miró con toda la sinceridad del mundo—. No me quiere —los ojos se le anegaron de lágrimas y no le importaba si lo veía de nuevo así, ya lo había visto más de una vez esa noche—. ¿Es que no lo entiendes? La quiero, pero no puedo obligarla a que sienta lo mismo. A lo mejor llegué tarde, no lo sé. Pero no puedo demostrarle más lo que ella significa para mí, no me ha dado más oportunidades. Solo puedo desearle la felicidad que no está en mi mano brindarle.

—Ella te quiere —Josh estaba seguro de eso.

Jacob rio con ironía.

—Me desea, eso no puede negarlo. Quizás me quiere. Pero sigo sin ser suficiente para ella. Porque de ser así, me habría elegido. Y eligió a otro. Siempre ha elegido a otro.

Y fue a prepararse para marcharse.

Nada de aquello le estaba resultando fácil, pero tenía que hacerlo. No podía hacer una locura que pudiera hacerla a ella infeliz.

No se lo perdonaría nunca.

Ella había elegido a otro hombre, él lo respetaría. Y se marcharía, rezando por no volver a verla nunca más y por olvidarse de ella pronto.

Capítulo 20

Jacob no sabía qué hora era cuando abrió los ojos.

La verdad es que ni siquiera tenía idea de dónde se encontraba. Le costó un poco de trabajo recordar lo que había ocurrido la noche anterior.

Hacía dos días que había llegado a casa. La primera noche fue horrible, porque aún cansado, no podía dejar de pensar en ella.

En su apartamento, mirase dónde mirase, ahí estaba ella.

Seguía oliendo a ella. Increíble, ¿verdad?

Pero cierto.

La cuestión es que era una jodida locura y había terminado llamando a Josh para acabar en un pub, emborrachándose.

Mejor llamarlo que acabar como la otra vez, con otra rubia de bote. Ni de coña, qué miedo.

Aunque no sabía qué era peor, porque aguantar a la cotorra era, también, un suplicio.

Y la segunda noche fue algo rara. Él pensaba que estaba bien, pero las cosas no debían de haber ido muy bien si él no recordaba nada, ¿no?

Lo último que tenía en la mente, si se esforzaba un poco, era la imagen de Josh apareciendo con la cena y una botella de vino.

Y echándole la bronca porque tampoco había ido a trabajar ese día. Pero tenía una resaca monumental, así que pasó del tema.

La cuestión era que no sabía por qué no recordaba nada más, ¿tanto bebió?

Pestañeó varias veces, ya sabiendo que se encontraba en su cama. Que joder, ¿cada vez olía todo más a ella?

Estaba malditamente obsesionado, eso era lo que ocurría.

Gruñendo, tras ir al baño y lavarse bien la cara para espabilarse, fue hasta la cocina. Iba a necesitar café inyectado directamente en vena.

Entró en el salón con dirección a la cocina cuando se quedó, de repente, paralizado.

A ver... Si no me acuerdo de lo que pasó. Y si además tengo alucinaciones o visiones o lo que mierda sea esto, ¿eso quiere decir que me drogué?, pensó.

Pero drogarse con qué, si él ni porros fumaba desde su época de chico rebelde en el instituto.

Pero algo raro estaba ocurriendo ahí y a él le daba miedo fijarse bien en esa silueta que tenía a su derecha.

Porque no podía ser ella. No podía ser quien creyó ver. No podía ser a quien olía.

Cogiendo aire y llenando sus pulmones, Jacob giró la cabeza lentamente y a punto estuvo de que las piernas le fallasen.

Samantha intentaba aparentar seguridad. Esa que no sentía en absoluto. Porque él podía rechazarla después de todo.

Y no importaba que su amigo le dijera cuánto la quería o lo que la echaba de menos. Ella también lo quería y por imbécil, había estado a punto de perderlo.

Además, él tenía muchos motivos para no querer ni verla. Todo jugaba en contra de Samantha.

—Le dije a Josh que con un par de gotas sería suficiente, pero creo que se le fue la mano —le temblaba la voz, eso sí que no podía controlarlo.

—¿Sam?

Jacob pestañeó, se refregó los ojos y volvió a mirarla. Estaba ahí.

—Hola —susurró ella, acercándose un poco más a él.

Estaba delante de la cristalera del salón, algo lejos.

—Me estoy volviendo loco —dijo él, pensando que era así. Ella debía de estar ya viajando para su luna de miel.

—No —sonrió ella, con miedo—. Soy real —ella se paró a unos centímetros de él y lo miró a los ojos—. Puedes tocarme si quieres.

Yo estoy deseando que lo hagas, pensó ella.

Jacob levantó una mano, pero le temblaba todo. La dejó caer y se pasó ambas por el pelo.

—¿Qué haces aquí?

—Necesito hablar contigo.

—¿Y Brent?

—No lo sé.

—¿Qué quiere decir eso?

—No me casé.

—Mierda —Jacob no sabía qué hacer.

Todo eso era un sueño. Seguro que estaba soñando y que si la tocaba, desaparecía y...

Se pellizcó con fuerza.

¡Joder!

Pues era real, ¿eh?

Agobiado porque entonces la razón fuese que se estuviera volviendo loco, fue rápidamente hasta la cocina, se preparó un café rápido y se lo tomó. Doble. No sin antes ponerle uno a ella en la isla de la cocina.

Si es que era real, claro, porque seguía dudando que ella estuviese allí.

—¿Cómo demonios has entrado aquí?

—Josh.

—Josh... —entonces, ya despertando de los efectos del sedante, comenzó a hilar— ¡¿Me habéis drogado?!

—Sedado —ella enarcó las cejas.

Era lo mismo que él le había dicho en Cannon Beach, ¿no?

Lentamente, Jacob se acercó a ella. Ya más despierto. Levantó una mano y, casi con miedo de que desapareciese, tocó el rostro de Sam.

Ella cerró los ojos, las lágrimas cayendo por sus mejillas.

—Estás aquí —susurró él.

Ella lo miró, una sonrisa temblorosa en sus labios.

—Sí.

—No te casaste.

Ella negó con la cabeza, llorando.

—No.

—¿Por qué?

Porque te quiero, pensó ella.

Pero tenía miedo de decirle algo así y que él la rechazase. Porque estaba dolido, lo sabía.

—No podía mentirle.

Él asintió con la cabeza. Las tontas esperanzas creciendo en él.

Joder, cómo no hacerlo si ella estaba en su casa. ¡En su casa!

Es decir, eso significaba algo, ¿no? Que hasta lo había drogado...

Sedado, quiero decir.

—¿Y qué haces aquí? —miedo, miedo tenía de la respuesta a esa pregunta.

Miedo a sufrir otra vez.

—Tampoco podía mentirte a ti.

—¿Me mentiste?

Ella asintió con la cabeza.

—Y lo siento —dijo llorando.

—¿En qué me mentiste, Sam? —la pregunta de él, dura.

Temeroso.

—¿Mejor nos sentamos? —le temblaban las piernas.

Jacob asintió y llegaron hasta el sofá. Cada uno en una esquina, la situación era de lo más extraña.

—Malinterpreté las cosas y te puse a prueba —comenzó ella, él frunció el ceño, no entendía nada—. Yo... Yo volví de Cannon Beach sabiendo que no iba a casarme —Jacob no era capaz de pronunciar palabra y eso ponía nerviosa a Sam—. Pero escuché cómo mi hermana hablaba contigo y me enteré de algunas cosas que no me gustaron y...

—¿Y? —insistió él cuando ella no continuó.

—Pensé que todo fue un juego para ti, algo a lo que ella te obligó de alguna manera.

Necesitaba que me demostraras si me querías de verdad —ella comenzó a llorar—. Y cuando te busqué y te dije que me iba a casar...

—Siendo mentira.

—Sí, pero me dejaste marchar.

Claro que lo hizo, le había hecho una promesa y jamás haría nada que la hiciera infeliz.

—Y pensaste que ahí tenías la prueba de lo poco que me importabas.

Jacob comenzaba a entender.

—Me duró poco, lo entendí. Entendí la verdadera razón por la que no hacías nada. Pero no sabía si querías verme o escucharme. No sabía cómo hacerlo. No sabía cómo acercarme a ti — las lágrimas caían sin control y Jacob intentaba asimilar y entender todo—. Lo siento, perdóname —sollozó—. Pero te quiero tanto que da miedo —el corazón de Jacob se paró unos segundos—. Tengo miedo a sufrir, Jacob. Y tú podrías destrozarme.

Jacob se quedó mirándola unos segundos. Viendo cómo, nerviosa, intentaba limpiar todas las lágrimas que caían por sus mejillas.

Veía el dolor en sus ojos. Pero sobre todo el miedo. Y su alma desnuda.

“Te quiero tanto que da miedo”, eso le había dicho. Él sabía lo que significaba eso porque a él también le ocurría eso. Y no había sido fácil.

Y ella... ¿Tenía miedo a sufrir? ¿Porque él podría destrozarla?

Se habían estado destrozando los dos estando separados, nunca mientras estaban juntos.

—Joder, eres idiota —y la besó.

La besó porque no podía soportar más tiempo el tenerla cerca y no hacerlo.

La besó para castigarla por lo tonta que había sido, para castigarla, con ese duro beso, por cuánto había sufrido estos días.

La besó porque lo necesitaba.

La besó porque la quería con él por sobre todas las cosas.

—Jacob —lloró ella cuando él separó sus labios.

—Yo no tengo miedo, Sam. No a querernos. Pero sé muy bien lo que es perderte y te aseguro

que eso sí puede destrozarme —a ver si lo entendía—. Te quiero, pero para que esto funcione tenemos que dejar de huir el uno del otro.

—No quiero irme. No quiero separarme de ti nunca.

—Nunca es mucho tiempo —sonrió él, emocionado.

Ella se encogió de hombros, levantó una mano y la colocó sobre la mejilla de Jacob.

—Quédate conmigo —le rogó, como él hizo aquella vez en la casa de la playa—. Por favor, elígeme.

Jacob sonrió de nuevo.

—Siempre lo hice, bruja, nunca tuve otra opción.

Ella alargó el brazo y cogió su bolso, que estaba sobre la mesa. Sacó algo y se lo entregó.

Era una foto de ella de hacía unos años. Jacob la tenía guardada y la miraba de vez en cuando.

Más de lo que quería admitir.

—¿Cómo encontraste esto?

—Josh.

Jacob puso los ojos en blanco. El capullo de su amigo tenía que ser. Amigo al que iba a matar, por cierto, ¡por drogarlo! Aunque no lo torturaría mucho si ayudó a la mujer de su vida a llegar hasta él.

Además, lo había ayudado en todo. Con el trabajo, organizando lo de la casa de la playa.

Era un gran amigo, esa era la verdad.

—¿Desde cuándo conoces a Josh?

—Me llamó por teléfono el día de la boda.

—¿Para qué? —Jacob frunció el ceño.

Sam carraspeó.

—Me dijo que eras idiota por no impedir esa boda. Y no me dio tiempo a decirle que no habría boda cuando me llamó idiota a mí por dejarte marchar.

—Lo mataré —gruñó él.

Tras sonreír, Sam sacó de su bolso el móvil y se lo entregó a Jacob para que viera las fotos.

—Se las mandaron a Brent. Pero aún así iba a callarse y a casarse. Te invitó para “forzarnos”.

De no ser así...

En fin, para qué explicar más si Jacob la entendía.

Jacob observó esas imágenes, en ellas se podía ver lo que realmente existía entre ellos. Y ninguno se había dado cuenta antes de lo que sentía el otro.

—Te quiere, eso siempre lo supimos.

—Pero yo a él no —Jacob levantó la mirada hasta ella—. Para mí siempre fuiste tú.

Él sonrió, puso el sobre en la mesa, la cogió y la colocó sobre sus piernas. Cada rodilla de Sam a un lado de sus caderas.

—Y no habrá nadie más —juró él.

Le quitó la camiseta y la dejó en sujetador.

—¿Esto significa que estamos juntos?

Él la miró con las cejas enarcadas.

—Lo hemos estado siempre, aunque no lo supiéramos.

—Eso es muy bonito.

—Hmmm... —él le había quitado el sujetador y había dejado sus pechos al aire— Sí lo son —los acarició un poco y se apoyó en el respaldar del sofá—. Cásate conmigo.

Sam pestañeó.

—¿Qué?

No podía haberlo escuchado bien.

—Cásate conmigo.

—¿Me estás pidiendo matrimonio?

—Sí.

—Joder, Jacob.

—¿Qué tiene de malo? —él frunció el ceño— Ibas a casarte con Brent, ¿cómo no vas a hacerlo con el amor de tu vida? Porque eso soy yo, reconócelo ya.

Al suelo, la mandíbula le llegaba a Sam al suelo.

—No me lo puedo creer. ¿Nos hemos reconciliado y ya vamos a pelear?

—Yo no voy a pelear.

—¡Pues yo sí!

Jacob resopló, pues empezaban bien. Cogió la camisa de Sam y se la puso por encima de sus pechos, para tapparlos. Necesitaba concentrarse. Pero la camisa se caía, joder.

Sam puso los ojos en blanco, maldito neandertal.

—Me quieres, no puedes pelear conmigo.

—Oh, ya te digo yo que sí puedo, capullo.

Él sonrió, una sonrisa torcida y picarona.

—Vale, inténtalo —él intentaría otra estrategia. La cogió por las nalgas y la hizo moverse, rozándose con él, haciéndola gemir.

—Eso es trampa —dijo ella, gimiendo.

—Puede —agachó un poco la cabeza y besó su pecho. Luego el otro.

—Jacob...

—Ya peleamos más tarde si eso —él lamió su cuello, su mandíbula y llegó hasta sus labios.

—Vale —ella aceptó el beso—. Pero no puedes pedirme matrimonio así.

—¿Por qué no? —mordió su cuello.

—Porque no es especial.

Él sonrió sobre la piel de su hombro.

—Tendrás la pedida más especial del mundo, bruja —la miró a los ojos—. Es para que te vayas haciendo a la idea de que no podrás librarte de mí.

Ella sonrió.

—No quiero hacerlo.

—Bien, porque no dejaré que ocurra. Y ahora, ¿podemos dejarnos de tanta charla y follar de una vez?

—Joder, Jacob —ella rio—. Eres la personificación del romanticismo.

—Hay momentos para ser románticos, bruja —la agarró del trasero y se levantó con ella en peso—. Pero vendrán después. Porque si no te follo ya, perderé la cabeza.

—Bruto —reía ella, pero le encantaba que fuera así.

—Un poco sí, soy animal en el fondo, necesito marcarte.

Sam soltó una carcajada que se le cortó cuando él la dejó caer en la cama.

Jacob se tumbó a su lado y la miró.

—Creo que esto va a ser vergonzoso.

Sam soltó otra carcajada. Porque era verdad, para ella también iba a serlo. Sería tocarla y...

Capítulo 21

Jacob estaba cruzado de brazos, con un hombro apoyado en la pared, observándola. Ella ni se movía, estaba quieta, en silencio, mirando cómo amanecía.

Llevaba puesta la ropa interior de abajo y su camiseta arrugada.

Jodidamente sexy, su erección podía dar fe de ello.

Sam se abrazó a sí misma con fuerza cuando un escalofrío le recorrió el cuerpo. Sabía por qué. O por quién.

—Me gusta este lugar —dijo ella—. Podría acostumbrarme.

Jacob sonrió y se acercó a ella, la abrazó por la espalda y besó su hombro para después dejar la cabeza apoyada en él.

—Si quieres vivir en Oregón, iré. No me importa eso, Sam. No me importa dónde mientras estemos juntos.

—No tengo intención de separarme de ti —le repitió.

Como si Jacob lo fuera a permitir. Ahora que la vida les había dado una verdadera oportunidad y habían dejado de hacer el imbécil, nadie le iba a quitar a la mujer de su vida.

—Ni yo de ti —besó su cuello—. Y me refiero a desde ya.

—¿Qué quieres decir?

—Que aquí o en Oregón, no pasaré un día ni una noche sin ti. Vivirás conmigo.

—Ah —ella sonrió, como si fuera a negarse... Se giró entre sus brazos y lo miró a los ojos—. Creo que ya es hora de mirar por mí. Quiero quedarme aquí, buscar trabajo.

—Pues decidido.

—¿Así? ¿Tan simple?

—¿Por qué complicar las cosas más? —la giró y la puso de nuevo como estaba, mirando por esa cristalera—Tú solo observa y siente. Será esto lo que veas cada mañana cuando despiertes, deberías acostumbrarte.

Jacob subió una mano y agarró uno de sus pechos, haciéndola gemir. Con la otra, levantó la camiseta. Metió la mano por dentro de las braguitas y tocó su sexo.

—Jacob.

—Me encantas así de mojada —mordió el lóbulo de su oreja y pellizcó su pezón por encima de la camisa—. Vamos a empezar el día con buen pie —dijo antes de meter dos dedos en ella y hacerla gritar.

Jacob jugó con su sexo, sus dedos entrando y saliendo. Tocando su clítoris. Dejó su pecho para agarrarla por la cintura al notar que le temblaban las piernas.

—No puedo —decía ella.

No iba a aguantar, la estaba masturbando a conciencia.

—¿No puedes darme lo que quiero? —la voz sexy de Jacob en su oído.

—No puedo aguantar —se le entrecortaba la voz, el orgasmo llegando.

—No quiero que lo hagas nunca, bruja —movió sus dedos con más rapidez—. Córrete —le ordenó.

Y lo hizo. Joder si lo hizo.

Gritó y sintió que caía por un precipicio. Las piernas dejaron de sostenerla y Jacob sacó los dedos de ella para cogerla en brazos.

—¿También tengo que acostumbrarme a esto? —preguntó ella, aún en una nube por el

orgasmo.

Jacob rio.

—Solo si quieres, nunca haría nada que no quisieras.

—Contigo lo quiero todo —se abrazó a su cuello con fuerza, emocionándolo con esas palabras.

La dejó caer en la cama, se tumbó a su lado y los colocó para que pudieran mirarse a los ojos.

—Yo también lo hice mal.

Ella frunció el ceño, ¿a qué venía eso?

—Lo hicimos los dos.

—Siempre supe que te quise, pero fui un cobarde. Soñaba contigo. Te anhelaba tanto...

—Y yo a ti —sonrió ella.

—Nunca te odié, Sam. Siento haberme comportado como un gilipollas por no saber cómo hacerlo. No me perdonaré que pensaras que sentía eso por ti. Siempre fuiste lo más importante y te demostré lo contrario.

—Los dos lo hicimos mal. Supongo que no supimos manejarlo. Pero ahora es distinto.

—Lo es.

—Me siento libre contigo. No me callaré nada, no me guardaré nada. No cambiaré quién soy.

—No quiero que lo hagas.

—Lo sé. Como yo tampoco quiero que lo hagas tú. Puede que siempre hayamos sido el uno para el otro, pero a veces las cosas necesitan su tiempo.

—Puede ser.

—Dejémoslo atrás. Si vamos a comenzar algo juntos, ¿por qué no olvidando lo malo?

—Lo que te haga feliz.

—Lo que nos haga felices a los dos. Mi felicidad eres tú, aunque no te soporte muchas veces —bromeó.

—No me puedo creer que te tenga aquí. Me siento ganador.

Sam recordó la conversación que había tenido con Brent, cuando le preguntó si no había temido perder y la respuesta que él le había dado a esa pregunta.

—Siempre ganaste, porque siempre te pertenecí. ¿No lo entiendes?

Jacob la besó cuando dijo eso, emocionado al escucharla.

—Te quiero mucho, bruja.

Ella sonrió.

—Pues demuéstremelo.

—Hmmm... ¿Cómo? —la pegó a su cuerpo, excitado de nuevo.

—Casándote conmigo.

Jacob se quedó quieto y la miró, enarcando las cejas al ver su sonrisa juguetona.

—¿Qué mierda de manera es esa de pedirme matrimonio, Sam?

—La misma que tuviste tú —le recordó ella.

—No, la mía fue más romántica.

—Y una mierda —rio ella—. Fue igual de mala o más.

Él la miró de mala manera.

—Vale, pero yo digo sí quiero. Ahora solo falta que lo digas tú.

Sam soltó una carcajada.

—Cuando tenga la pedida de mis sueños —se acercó a él y susurró—. O cuando me folles hasta que acepte.

Jacob sonrió con picardía.

—Buen reto, bruja.

Y la besó, comenzando a hacer lo que le pedía.

Epílogo

Un año después.

—Buenos días —saludó la madre de Sam y Jess cuando Jacob entró en la cocina.

—Ni tan buenos —refunfuñó él cuando vio que tampoco estaba allí.

Y no es que sonara desagradable, pero tanto Jess como su madre arquearon las cejas.

Desde que se reconciliaron, Sam vivía en Nueva York con Jacob. Los dos habían ido hasta Oregón para recoger las cosas de ella, darle la noticia a la familia y renunciar a su trabajo.

A Sam no le había costado nada de tiempo encontrar trabajo en Nueva York, ni siquiera había tenido que hacerlo porque el trabajo la encontró a ella. Un par de días en su nuevo apartamento, antes de ir a por sus cosas y la llamaron de la universidad donde dio la conferencia ofreciéndole un puesto como coordinadora.

Alucinante, así fue.

Como alucinante era lo bien que se habían adaptado los dos a vivir juntos. Como si fuese lo más natural del mundo.

Eso sí, los piques verbales no desaparecerían nunca al parecer.

Como no desaparecería la maldita costumbre que tenía esa mujer de sacarlo de sus casillas.

Y era lo que estaba haciendo en ese momento.

—Gracias, suegra —Jacob aceptó la taza de café que le ofreció y es que aunque aún no se habían casado porque decidieron organizar la boda con calma, total, no se iban a separar nunca jamás el uno del otro, con papel o sin él, vivían como si estuviesen casados y consideraban a la familia del otro como propia. Jacob le dio un sorbo y miró a esas dos morenas que parecían clones de su amor. Pero no eran Sam, nadie era Sam. Solo Sam podía ser Sam—. ¿Dónde está?

Madre e hija se miraron.

—Pensábamos que aún dormía —dijo su madre.

No, no lo hacía, Jacob daba fe de ello.

Habían venido de visita y se quedaron la noche anterior en casa de la madre de Sam. Quizás esa noche se quedarían en casa de la suya. No tenían problema en ese sentido.

El único maldito problema era que Jacob se había despertado y ella no estaba.

Y en su apartamento lo podía soportar, porque sabía que estaría por la casa o viendo el amanecer. Pero se ponía nervioso sin saber sobre su paradero, no podía evitarlo.

—Me voy a quedar viudo antes de casarme —refunfuñó. Se bebió el café de un sorbo y fue hasta la puerta principal, haciendo reír a las otras dos.

Para él no tenía gracia ninguna no saber dónde estaba su mujer. Porque casado o no, lo era.

Jacob abrió la puerta y se encontró con Josh. Lo que le faltaba...

—Buenos días a ti también, ¿eh? —dijo su amigo, socio y cuñado (sí, leéis bien, cuñado) mientras entraba.

Y menos mal que no tenía que ver a Brent, porque aunque amigo, no quería verlo sufrir por haber perdido a Sam. Y es que Brent había aceptado una oferta de empleo en Reino Unido. Tenía nuevos planes de vida allí.

Volviendo a lo que interesa...

—¿Has visto a Sam?

—Eh no —negó este, quien había viajado con ellos para recoger a Jess y sus cosas y volver todos juntos. Y es que desde que se conocieron, algo surgió entre ellos dos. Jacob casi se

desmaya, como si no fuera bastante grano en el culo ya, ahora, también, familia—. Alrededor de la casa no está. Vengo de comprar —le enseñó la bolsa del pan-y no la he visto.

—La voy a matar —gruñó, dejando a su amigo allí.

—¿Y a este qué le pasa? —preguntó Josh entrando en la cocina, le dio un beso a su chica y otro en la mejilla a su suegra, porque él era así de pelota.

Jess sonrió, ese rubio de ojos color chocolate algo mayor que ella la enamoró desde el primer momento. ¿Cómo no, con lo divertido que era?

—No encuentra a Sammy —dijo su novia.

—Ya, eso lo deduje. ¿Dónde está?

Las dos mujeres se encogieron de hombros. Seguramente paseando, tomando el aire. La habían notado algo rara la noche anterior, como fatigada. Pero tampoco era para preocuparse.

Pero Jacob era Jacob. Y tratándose de Sam...

Jacob estaba agobiado. Hacía días que sentía a Sam extraña y no le había gustado ver que la noche anterior se sintiera fatigada y que no quisiera comer.

Algún virus estomacal pensaron todos que podía ser.

Pues maldito virus, lo tenía muy nervioso. Él no soportaba verla mal. Y, para colmo, no sabía dónde estaba.

Caminó cerca de la casa, por si estaba paseando, pero nada, no la encontraba.

Hasta que la bombilla se le iluminó. Ya sabía dónde estaba.

Samantha se apoyó en la pared de la cueva y cerró los ojos. Caminar le había venido muy bien, pero se sentía cansada. Y si eso empezaba así... Miedo.

Sabía que Jacob estaba preocupado sin saber qué le ocurría.

Ella lo estaba por creer saberlo.

Se levantó esa mañana y necesitaba comprobar de una vez la razón de su malestar. Como necesitaba aire. Salió a caminar y terminó ahí, sin pensar en ello. Era el vínculo que tenía con ese lugar. Terminaba ahí consciente o no. Quisiera o no.

Jacob suspiró de alivio al verla allí, pero se preocupó de nuevo al ver su cara. Estaba un poco pálida.

Se sentó a su lado, ella no tuvo ni que abrir los ojos para saber que era él.

—Lo siento, necesitaba aire.

—Te mataré si vuelves a asustarme así —dijo él, serio.

Ella movió la cabeza, abrió los ojos y lo miró.

—Siempre sabes encontrarme —sonrió.

—¿Qué te pasa, pequeña? Me tienes preocupado.

Ella cogió aire.

—Es que esto puede ser algo difícil.

—¿El qué?

—Lo que se nos puede venir encima.

—Sigue asustándome —resopló él.

—Yo lo estoy, ¿sabes? Y ni siquiera sé si es lo que pienso —Sam suspiró, cogió algo que tenía a su lado y se lo entregó a Jacob-No lo he mirado, quería hacerlo contigo.

Jacob se quedó en blanco, completamente petrificado mirando el test de embarazo que ella le había dado.

—¿Pero qué...?

—No sé si es eso, pero tengo un retraso y por cómo me encuentro... Lo traía en la maleta por

si seguía igual aquí y lo hice. Sé que no es el momento perfecto, pero...

—No digas estupideces. ¿Ese es el miedo que tienes?

—Me da miedo todo, Jacob. Que no sepa hacerlo. Que tú no te sientas preparado. Que no... —comenzó a llorar, estaba asustada.

Y él lo entendió. Sabía que era miedo a todo en general.

Era cierto que no se habían planteado algo así, pero las cosas ocurrían. Y si estaba embarazada, Jacob sería el hombre más feliz del mundo.

Y ella la mujer más cuidada, lo tenía claro.

Porque si por un simple catarro no la dejaba ni ir al baño sola...

La cogió y la sentó sobre sus piernas, de lado. Cogió su cara y sonrió.

—¿Lo miramos?

Ella asintió con la cabeza y él le dio un beso en los labios.

—Sea lo que sea, seguiré queriéndote más cada día —juró él.

Y no dejaba de demostrárselo.

Jacob giró el chisme ese y los dos lo miraron.

—Dios...

Jacob la miró. ¿Qué significaban las dos rayas? No tuvo que preguntarlo, la cara de Sam lo decía todo.

Él no podía reaccionar, necesitaba un momento para asimilarlo.

Tan en shock quedó que no se dio cuenta de que ella se había levantado y salía de la cueva. Porque la reacción de Jacob la había puesto más nerviosa.

Cuando Jacob reaccionó y no la vio, casi le da un jodido infarto. Se levantó a toda prisa, guardó el test de embarazo en el bolsillo de su pantalón y salió corriendo de allí.

—¿Se puede saber qué haces? —la alcanzó rápidamente, parándola al cogerla del brazo.

—Yo...

—Tú vas a ser la mejor madre del mundo —sonrió él, una lágrima cayó de su mejilla.

—¿Por qué lloras?

—Porque te quiero, bruja. Porque soy feliz.

—¿De verdad?

—¿Lo dudas? —él cogió su cara entre sus manos y la besó—Tenemos que volver pronto, tienen que hacerte un examen médico completo y...

—Oh, mierda, no —gimió ella, pero él seguía a lo suyo.

Se pasó todo el camino de vuelta a casa de su madre hablando de qué tenía que comprar para el bebé, los cambios en la casa.

—Quizás mejor mudarnos, ese lugar no es seguro —terminó por decir.

Sam no pudo más que sonreír. Podía ser un capullo, como ella le decía, pero sabía cómo animarla.

Y le demostraba que siempre estaría ahí porque eran uno solo.

No tardaron demasiado en llegar a casa. Entraron en la cocina y allí estaban los cuatro, desayunando.

Cuatro porque la madre de Jacob se había apuntado también.

—Buenos días —sonrió Jacob alegremente.

—Se nota que la encontró —rio Josh al ver cómo le había cambiado el humor.

—Tenemos una noticia que daros.

Sam rio. ¿Tenemos? ¡Ella aún no pensaba decir nada! Lo iba a matar.

—Jacob, mi amor. Tampoco hace falta que sea ya.

—¿Por qué no? —él frunció el ceño.

Iba a ser padre, estaba feliz y quería que todos lo supieran.

—Porque podemos esperar un poco más —carraspeó ella, intentando que solo él la escuchara. Algo imposible cuando había cuatro pares de oídos más pendiente a cada palabra.

—No hace falta, es buen momento —insistió él.

Sam puso los ojos en blanco. Tendría que cambiar el tema.

—Tengo una pregunta. Una duda que me reconcome desde hace mucho tiempo —soltó de repente.

—¿Qué? —preguntaron todos a la vez.

Todos menos Jacob, que sabía muy bien lo que estaba haciendo. Como sabía que iba a salir corriendo al soltar la pregunta para librarse de dar la noticia.

Si no la conocía él...

—He estado por hacerla alguna vez y se me pasa —dijo Sam.

—Dispara —dijo su hermana.

—Cuando hablamos del tema del taxista, de que me llevó a la dirección que era porque vosotros sois unos zumbados de primera...

—Sí —sonrió Jess.

—¿El taxista también estaba compinchado?

Todos la miraron extrañados por preguntar eso y antes de que contestasen, Sam aprovechó para intentar largarse. Porque en realidad es que eso le daba hasta igual, ella solo quería librarse de dar la noticia en ese momento porque ¡estaba muy nerviosa aún!

—¿Adónde vas, bruja? —Jacob la cogió al vuelo.

—Suéltame, loco.

—No.

—Tienes que hacerlo, ¡le vas a hacer daño al bebé! —exclamó, usando eso por primera vez como chantaje.

Jacob la soltó, sonreía.

—Mierda —dijo ella.

Se la había jugado bien.

Miró a todos los demás, nadie le quitaba el ojo de encima.

—Vamos a ser papás —dijo Jacob, orgulloso.

Sam puso los ojos en blanco, siempre conseguía lo que quería.

Pero eso no era malo, ¿no? No cuando es la persona que más te quiere en la vida.

Cuando es la persona correcta. El amor de tu vida.